

ENSAYO

"EL COMIENZO DEL FIN" Y "EPÍLOGO"*

François Furet

¿Por qué se desmorona la Unión soviética? François Furet plantea en estas páginas cómo la sucesión de Stalin da inicio al ocaso de la idea comunista. Kruschev, al denunciar los crímenes de Stalin, pondrá de manifiesto la principal contradicción del bolchevismo: el rol asignado a la "voluntad" no es coherente con el papel reservado a las leyes de la historia. La desestalinización emprendida por Kruschev puso en duda, así, los dos principales recursos del régimen soviético: la ideología y el terror. Comienza la desintegración del bloque y el fin del mito soviético. El mundo comunista queda más dividido sin dejar de estar fundado sobre una mentira. Tras la progresiva deslegitimación del régimen, llegada la hora de Gorvatchev, quien desea renovar el régimen sin traicionar, éste "no dispone de otras ideas que las que toma prestadas de la tradición occidental, ni de otros medios que los que mendiga a las democracias capitalistas". El comunismo soviético muere, entonces, por descomposición interna.

FRANÇOIS FURET. Especialista en la Revolución Francesa, en sus obras recientes se ha dedicado a desentrañar sus repercusiones y devenir. Entre otros libros, es autor de *Les orateurs de la Révolution*, T. 1: *Les Constituants* (con Ran Halévi) (París: Gallimard, 1989); *La République de Centre* (en colaboración con Jacques Julliard y Pierre Rosanvallon) (París: Calmann-Lévy, 1988); *Marx et la Révolution française* (París: Flammarion, 1986); *Penser la Révolution française* (París: Gallimard, 1978); *La Révolution française* (con Denis Richet) (París: Hachette, 2 vol., 1965).

* Capítulo 12 y Epílogo del libro de François Furet, *Le passé d'une illusion. Essai sur l' idée communiste au XX siècle*. © Editions Robert Laffont, S. A., París, 1995. Traducción al castellano del Centro de Estudios Públicos, con autorización del Fondo de Cultura Económica.

Raymond Abellio convirtió la muerte de Stalin en un acontecimiento de índole astral. En *La Fosse de Babel* escribe: "La muerte de Stalin se produjo en marzo de 1953, bajo la conjunción de Saturno y Neptuno. Con esta muerte, Rusia perdía mucho más que un líder hierático: abandonaba el sacerdocio oculto que había ejercido hasta entonces sobre las masas en marcha. E igual como en otros tiempos, en las Indias, las viudas y los servidores del rey eran lanzados en holocausto a la pira fúnebre, los cadáveres de los obreros de Berlín Oriental, descuartizados el 17 de junio siguiente por los tanques rusos, acompañaron el féretro del último dictador de Europa, para marcar el fin del reino y la escisión de los tiempos"¹.

¿La escisión de los tiempos?, no exageremos, la Unión Soviética sobrevivirá a Stalin. Pero el fin de una era, eso sí. La muerte del Líder pone de manifiesto, una vez más, la paradoja de un sistema supuestamente inscrito en las leyes del desarrollo social y en el cual todo depende tanto de un solo hombre que, al desaparecer éste, el sistema pierde algo que le era intrínseco. En la suerte de pánico colectivo que acompaña a sus exequias en Moscú y que deja varios centenares de muertos, se puede adivinar la doble angustia que existe sobre el pasado y el futuro. Porque la muerte de Stalin no es la muerte de Hitler. El dictador alemán, que se inventó a sí mismo junto con su régimen, se suicidó al verse derrotado, dejando sólo ruinas detrás de él. Por el contrario, Stalin fue un heredero, un vencedor, el fundador de un Imperio; murió más poderoso que nunca algunos años después de haber sido ensalzado, con motivo de la celebración de sus setenta años de edad, como un genio universal.

Al sucesor de Lenin lo cubría la gloria de su famoso predecesor. Stalin no había sido el único pretendiente a esta filiación, pero al conquistarla por la astucia y la fuerza se hizo acreedor de un título casi indiscutible a ella, eclipsando a sus rivales con su formidable poder antes de reducirlos ya sea mediante el asesinato o el exilio, o mediante ambos a la vez, como en el caso de Trostki. Además, su derecho a la sucesión descansaba sobre una base sólida. El partido único, la ideología bolchevique, el terror, la policía política, son legados leninistas. Stalin los reunió en un sistema de gobierno "asiático", al que corona con el exterminio del campesinado, por "burgués": aun cuando él puede invocar, igualmente bien que otros, la idea original. Igualmente bien, y quizá mejor aún: porque su principal atributo fue haber hecho durar tanto tiempo un régimen tan poco apto para perdurar; de haber

¹ Raymond Abellio, *La fosse de Babel* (Gallimard, 1962), p. 15, reedición colección L'Imaginaire.

prolongado, e incluso relanzado, la ilusión revolucionaria, convirtiéndola en una cadena de autoridad primitiva, pero obedecida. Trotski, demasiado hombre de letras para ser terrorista, seguramente habría naufragado. El amable Boukharine habría dilapidado la fortuna de su familia en un tibio regreso al capitalismo. Stalin, en cambio, hizo fructificar el legado, agregándole su propio talento político, domeñando el uno con el otro.

Enseguida, Stalin ganó la guerra, transformó la Unión Soviética en Imperio y en superpotencia, y le impartió a la idea comunista un brillo sin precedentes. Su gobierno consiguió la respetabilidad que proporcionan la victoria y la fuerza; su persona fue objeto de reverencia universal, temida por todos, incluso por aquellos que la idolatraban. El Estado soviético encontró una base más regular. No es que fuera menos arbitrario o menos despótico, no es que se hubieran acabado las represiones masivas, por el contrario: con todo, en la tribuna del Kremlin se verán las mismas autoridades en cada aniversario de Octubre y la maquinaria burocrática estará dotada de un barniz "moderno", que antes de la guerra no tenía, un partido todopoderoso y no obstante diezmado sistemáticamente por un grupo de cómplices cambiantes alrededor de un cabecilla imprevisible.

De modo que todo hacía pensar que el día que desapareciera Stalin la transmisión del poder soviético ocurriría de una manera mucho menos dramática y menos conflictiva que tras la muerte de Lenin. Por otro lado, la situación externa de la URSS comprometía a los sucesores. Pero Stalin no se inquieta. En los últimos años de su régimen no hay el menor indicio de una preocupación suya por organizar su sucesión. Su única obsesión era conservar el poder y ante todo su vida, haciendo fracasar todos los complots que su desconfianza paranoica le hacían imaginar. En su ancianidad de potentado conservó sus costumbres de conspirador y aventurero, reforzadas por las del poder absoluto: vivía rodeado de guardias y soldados, dejó de hablar en público casi por completo², cambiaba de residencias e itinerarios, hacía que otros probaran los platos que salían de su propia cocina, antes de comer. Ni las personas más cercanas que lo rodeaban, incluso las más antiguas, ya fueran políticos o familiares, escapaban a sus sospechas³. El más fiel de los fieles, Molotov, cuya mujer ya había sido detenida, aparece como la próxima víctima. La denuncia del complot de

² Sólo hizo una breve intervención en el XIX Congreso del P.C.U.S —el primero desde 1939—en octubre de 1952.

³ Svetlana Alliluyeva, *Twenty Letters to a Friend* (Londres: 1967).

los médicos judíos⁴, en enero de 1953, ilustra la persistencia de los recursos del régimen: la ideología y el terror.

Por lo tanto, no basta con señalar que Stalin nunca pensó en organizar su sucesión. El actuó deliberadamente como si esa sucesión no se abriría jamás, dedicándole a la vida pública una pasión que es común en la vejez, o, más aún, como si su inevitable muerte debiera cerrar, por obligación, una era. Los grandes monstruos de la historia, como no pueden ser inmortales, deben conformarse con no tener continuadores. A su muerte Stalin dejaba, necesariamente, un vacío enorme en el mundo: había ganado la guerra contra Hitler y era el líder mundial del comunismo; pero, además, tenía que asegurarse de que nadie heredaría su rol ni su poder, ya que por definición no había nadie digno de ello. Yo sospecho que si no hizo un "testamento", como Lenin, no fue sólo porque conocía de primera mano la vanidad de este tipo de disposición en materia política, sino, sobre todo, porque él se imaginaba que nadie más que él "podía hacer época". Lo cual, por lo demás, refleja muy bien aquello que diferencia a los dos sucesivos jefes y a los dos períodos de bolchevismo.

De hecho, la muerte de Stalin produjo en su momento una emoción universal, donde se mezclan los recuerdos de guerra y los temores por el futuro: curiosamente, la opinión no comunista rindió homenaje no sólo al mariscal vencedor, sino también a la prudencia y moderación de su política exterior⁵. Mientras la Guerra de Corea se eterniza, la desaparición de Stalin genera una enorme ansiedad por la paz del mundo: es el precio de cambiar lo conocido por lo desconocido en una Unión Soviética donde el poder no

⁴ Jean-Jacques Marie, *Les derniers complots de Staline. L'affaire des blouses blanches* (Bruselas: Complexe, 1993). El "complot" llamado de los "delantales blancos" fue montado por el Ministerio de la Seguridad del Estado, y el *affaire* fue seguido de cerca por Stalin. Nueve eminentes médicos soviéticos —de ellos 6 judíos—, encargados de cuidar a los más altos dirigentes del Estado, fueron detenidos bajo la acusación de complot con el fin de asesinar a aquellos que estaban bajo sus cuidados médicos. Todos confesaron de inmediato, inclusive el asesinato de Jdanov en 1948. El "complot" fue dado a conocer a la opinión pública el 13 de enero de 1953 y dio lugar a una agitación antisemita a la cual es muy probable que Stalin, si hubiese vivido, le habría querido dar una gran amplitud. Los médicos fueron liberados y rehabilitados un mes después de su muerte.

⁵ A la muerte de Stalin, las autoridades de los países democráticos alaban al dictador recordando la victoria soviética sobre el nazismo. Por ejemplo, Edouard Heriot declara en la tribuna de la Asamblea Nacional: "Es un recuerdo del cual no nos podemos liberar, es decir, el rol que jugó Stalin en el fin de la guerra y la preparación de la victoria. Uno se da cuenta en las ruinas de Stalingrado o estudiando esta batalla de Moscú [dirigida, en verdad, por el General Joukov (F.F.)] dónde estalla el genio militar de Stalin de manera evidente". El Quai d'Orsay hace una declaración en la que atribuye a Stalin una sorprendente moderación en política exterior: "Si el gobierno soviético había asumido la responsabilidad de un cierto número de empresas peligrosas por la paz, no se podía perder de vista el hecho que Stalin había aparecido deseoso de limitar el alcance de estas empresas cuando ellas amenazaban con crear lo irreparable".

tiene límites. Pero la verdad —un asomo de verdad— sobre la "era" de Stalin no vendrá de Occidente, sino de ahí donde se vivió: del mundo comunista en general y del Partido Comunista de la Unión Soviética en particular. La primera definición del período estalinista nace de la dialéctica interna de una "sucesión" imposible.

Los detalles de esta lucha no tienen importancia para mis propósitos y, por lo demás, aún no se ha escrito realmente su historia: es una tarea para el futuro. Lo que me interesa es lo que ella reveló, en pocos años, del comunismo soviético: es decir, cómo éste logró convencer a millones de hombres de una manera tal que ni las obras críticas mejor documentadas ni los testimonios más fidedignos hubieran conseguido destruirles su creencia. La primera víctima de la batalla por la sucesión de Stalin es la mitología soviética.

Esto es así, sencillamente, porque ella es la causa. Porque una de las seducciones del totalitarismo es la de un orden perfecto. El régimen estalinista lo fue, formado por una pirámide de equivalencias: una economía planificada conforme a la razón social, una sociedad sin antagonismos de clase, un Partido único que la guiaba y la representaba a la vez, un Presidium de dicho Partido y un Secretario General. La condición política del hombre se extingue en la mentira omnipresente de la ideología. Ahora bien, el cuerpo de Stalin aún no se había enfriado cuando la política renace en un círculo muy estrecho, bajo su forma más primitiva: la pequeña oligarquía de herederos no espera ni un minuto para entrar en esta lucha precoz por el poder. Se reedita lo que comenzó con la primera parálisis de Lenin, en 1922, y que había terminado con el triunfo de Stalin sobre sus rivales, entre 1927 y 1929. Pero el sistema soviético, en esa época, se encontraba todavía en su infancia, próximo a la enorme anarquía que había constituido su cuna; el futuro de la revolución, es decir de la sociedad nueva, ofrecía un tema natural para los desacuerdos políticos de los compañeros de Lenin. En 1953, una generación después, el mundo soviético cuenta con una base social y un gobierno proclamados *urbi et orbi* como las dos caras de una misma razón histórica. De ahí en adelante, ¿sobre qué pueden enfrentarse los compañeros de Stalin?

Los textos públicos lo revelan de inmediato: sobre la política económica y, más aún, sobre el terror. Es decir, dos problemas por los cuales ellos, implícitamente, ponen en duda al hombre que acaba de morir y al que sirvieron con adulación. Los herederos de Lenin habían peleado entre sí para sucederlo, pero todos agazapados bajo la sombra del padre fundador y todos, por lo demás, incluso Stalin, en nombre de una interpretación defendible de lo que él habría, hecho si estuviese vivo. Por el contrario, los

herederos de Stalin se enfrentan en torno a una sucesión con beneficio de inventario, en nombre de una crítica al hombre que los precedió. Esta crítica, por razones obvias, es ante todo más soslayada que abierta. La figura de Stalin ocupó un lugar tan importante en la encarnación del comunismo, dentro y fuera de la Unión Soviética, que derribar su estatua implica grandes riesgos; y los Malenkov, los Beria, los Krushev y los demás no están en la mejor posición para emprender la tarea, puesto que fueron los grandes ejecutores de la política estalinista. No obstante, casi de inmediato se oyen algunas denuncias en contra del ex jerarca todopoderoso, expresadas en el lenguaje de las consignas del Partido (*langue de bois*), pero muy claras para quienes sabían escuchar. El acento que Malenkov coloca, desde mediados de marzo, en la "máxima" satisfacción de las necesidades del pueblo, constituye como un primer reconocimiento de la pobreza general, sobre todo en el campo. La consigna "dirección colectiva", acompañada de una primera distribución de las funciones⁶, suena como una ruptura con la práctica precedente. Luego, el 4 de abril, viene lo inesperado: un comunicado del Ministerio del Interior anuncia, sin comentarios, que el "complot" de los médicos, revelado en enero, sólo había sido una provocación montada por el ex Ministerio de Seguridad del Estado.

Fecha fundamental, me parece, la de este comunicado lacónico, no sólo porque es abiertamente anti-estalinista en sus implicaciones, sino sobre todo porque es señal de que entre los sucesores de Stalin se está produciendo un debate esencial. Entre ellos están, por un lado, los sobrevivientes de la vieja guardia, que ahora, a contar de 1949-1950, se ven amenazados, como Molotov y Vorochilov. Los otros —Malenkov, Krushev— habían sido adiestrados durante el gran terror de la segunda mitad de los años treinta e incorporados por Stalin a su cerrado círculo de poder absoluto, formado sobre las ruinas del antiguo Partido bolchevique. Después de la guerra, y habiendo comenzado ya la guerra fría, ellos temen que haya una reedición de la gran Purga, cuyos signos leen en la pesada atmósfera de sospecha y de represión que envuelve los últimos años de Stalin⁷. El mejor testimonio de esto lo dará el propio Krushev, un poco más tarde, en el famoso discurso que pronunció en el Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la Unión

⁶ Malenkov abandona el 14 de marzo sus funciones en la Secretaría del Comité Central del Partido para consagrarse a la presidencia del Consejo de Ministros; Krushev domina de ahí en adelante la Secretaría del Partido Central y se convierte, en septiembre, en Primer Secretario en propiedad.

⁷ Cf. M. Heller y A. Nekrich, *L'Utopie au pouvoir*, op.cit. capítulo 9, pp. 375-426, "Le crépuscule de l'ère stalinienne?".

Soviética. En ese clima, donde muchos de ellos temen que cualquier día pueden ser detenidos, el episodio de los médicos aparece como un indicio de lo que sospechan. De allí su apuro por declararlo nulo, como una señal de que no quieren tener más recelos. Pero, una vez hecho esto, necesariamente abren la vía no sólo a las esperanzas, sino a las revisiones del pasado: si los doctores del Kremlin eran inocentes, ¿qué hay de los millones de condenados que los precedieron?

Mutatis mutandis, los herederos de Stalin se encuentran en una situación "termidoriana". No tienen, como sus predecesores franceses, la fuerza o la voluntad de matar al tirano —incomparablemente más viejo, más poderoso, más sanguinario, más legítimo, más nacional que el pobre Robespierre. Tampoco tienen una independencia ideológica con respecto a él, incluso después de su muerte. Sin embargo, dos problemas los acercan a la situación francesa del verano de 1794: quieren abolir el terror, al menos entre ellos, como medio para solucionar sus querellas, y pretenden conservar el poder. No es fácil unir ambos objetivos, porque si se proscribiera el terror de las luchas por el poder es imposible, por una parte, impedir la condenación retrospectiva, en detrimento de la ideología, y se hace difícil conservar, por otra parte, la preeminencia frente a la sociedad y en beneficio de un partido único. De manera que lo que está en juego en esta situación es la amplitud y el ritmo del rompimiento con lo que precedió.

Los revolucionarios franceses de 1795 aceptaron en pocos meses la lógica del 9 de Termidor, ante la presión de la opinión pública⁸: ellos habían desmantelado la legislación terrorista, restaurado la libertad, sacrificado a los suyos que habían estado más comprometidos en el robespierismo —arriesgándose a falsear las elecciones para mantener su poder. Pero los sucesores de Stalin son bolcheviques; en su mayoría de segunda generación, pero bolcheviques al fin, amamantados con el odio de Termidor. El precedente francés de 1794 fue la pesadilla de Octubre de 1917: porque la revolución soviética siempre quiso conjurar la idea de que algún día podría terminar con la propia historia. El fantasma de Termidor la acompañó siempre: en el momento de Kronstadt, en el inicio de la N.E.P., en la luchas internas a raíz de la parálisis que siguió a la muerte de Lenin. Es más, Stalin venció a su último rival, Boukharine, en nombre de esta causa que no se desgasta, porque es consubstancial al proyecto revolucionario: la colectivización de los campos y la industrialización a marcha forzada vienen a renovar el tema. Después de él, sus sucesores, que recién habían temido por

⁸ Bronislaw Baczko, *Comment sortir de la Terreur: Thermidor et la Révolution* (Flamarion, 1989).

sus vidas, deben rechazar su tiranía junto con continuar su régimen. La importancia que se le dio a la "dirección colectiva" refleja un compromiso sobre la delicada dosificación entre los dos aspectos de esta gestión de sucesión. Expresa también el acuerdo momentáneo de una oligarquía sobre el carácter anónimo de esta gestión: porque nadie quiere que alguno de ellos se pueda aprovechar del "fin" del terror, lo que podría darle una ventaja quizá decisiva en la lucha por el poder. La "conspiración" contra Robespierre, en julio de 1794, también había obedecido, incluso después de la victoria y por las mismas razones, a esta necesidad absoluta de mantener el anonimato.

Sin embargo, hay una clara excepción a la regla: la eliminación de Beria. En realidad, este último asesinato en el seno del grupo dirigente sella la decisión de poner fin a los atentados recíprocos. A falta de testimonios y documentos las razones se mantienen oscuras hasta hoy día. Beria era el gran jefe de la N.K.V.D. desde 1939: debido a lo cual era temido por sus colegas y, a la vez, quizá más popular que ellos, ya que por su función parecía ser el inspirador natural del decreto que absolvía a los médicos del Kremlin, y de la disminución del terror que esa decisión, al parecer, simbolizaba. De hecho, ésta había estado precedida por la amnistía de un millón de prisioneros, preparada gracias a él, y estuvo seguida de un vuelco destinado a darles más espacio a los derechos de los no rusos en las repúblicas de otras nacionalidades," medidas que también llevaban su sello. En fin, si hemos de creer lo que dicen las investigaciones recientes⁹, las intenciones "liberales" de Beria se extendían a la política exterior: él habría sido el primero en proponer un encuentro secreto con Tito y habría redactado un documento, no menos secreto, tendiente a restablecer la empresa privada en la República Democrática Alemana, para preparar las condiciones de una negociación respecto de la reunificación de Alemania. Detenido en junio de 1953, fue eliminado en condiciones que no se conocen; así no sólo desaparecía de la dirección del Partido, sino de la historia soviética, según el procedimiento consagrado.

De modo que el último asesinato típicamente estaliniano golpeó, sin duda, al más activo de los desestalinizadores. Como este hombre había sido, además, uno de los más aduladores entre los sicofantas del Líder y el más feroz entre sus ejecutores, la operación se llevó a cabo sin que el exterminio del último estalinista produjera la menor congoja. En todo caso, con esto los órganos de seguridad volvían a quedar bajo el control del Partido, lo que

⁹ Amy Knight, *Beria, Staline's First Lieutenant* (Princeton University Press, 1993).

tranquilizaba a los conspiradores interinos de la dirección colectiva. Pero sobre todo ponía en evidencia la estrechez del canal en que Malenkov, Krushev y otros trataban de hacer avanzar la barca que contenía el legado del bolchevismo: los miembros de esta dirección colectiva sólo estaban obligados a tolerarse entre ellos por su debilidad y por el recuerdo de los crímenes que compartieron, que la sangre de Beria no puede exorcizar. Todos siguen siendo los hijos de Stalin en el momento en que se distancian de él con prudencia eclesiástica, incapaces de imaginar un universo político realmente distinto al suyo y condenados a marchar juntos so pena de perderlo todo, en circunstancias que cada uno sueña con obtenerlo todo para sí.

Con todo, la lógica de la desestalinización, junto a la de la sucesión, los empuja hacia adelante. Es su única línea divisoria. Para definirla, todos tienen gran cuidado en celebrar los fundamentos del régimen: legitimismo inscrito de todas formas en su naturaleza y en su funcionamiento, y aún más indispensable cuanto que se preparan a criticar sus modalidades. El segundo traspaso del poder bolchevique —después del que había conducido de Lenin a Stalin— opera entonces como el primero, en el marco de la veneración a Lenin, pero, a diferencia del primero, bajo el signo de un *regreso* al padre fundador. Implica la sospecha de que el Partido, bajo su segundo jefe histórico, pudo haberse equivocado, pudo desconocer las leyes de la historia. ¿En qué medida? ¿Cómo? ¿Por qué? Estas preguntas ya no salen de la boca de Trotski ni de Tito. Salen del recinto del templo sagrado, se debaten dentro de las murallas del Kremlin, inevitables pero vertiginosas.

Una vez planteadas, se filtran casi por todas partes, como fisuras en el universo totalitario: es el precio del rol que juega en él la ideología. La crítica a Stalin, implícita a partir de las medidas de marzo-abril, ¿no sería recogida como una pregunta angustiosa por los centenares de miles de prisioneros liberados del Goulag en el verano? Esta rehabilitación de los "delantales blancos" ¿no acarrearía la de esta multitud de ex enemigos del pueblo, condenados y ejecutados arbitraria y sumariamente? Los millones de *zeks* que quedaban en los campos, ¿aceptarían permanecer allí pasivamente, después de haber divisado la libertad?¹⁰ La desacralización de Stalin una vez muerto, que sucede tan rápidamente a la adulación de Stalin en

¹⁰ El episodio más importante de la revuelta del Goulag es la del campo que dependía de las minas de cobre de Kinguir, en la primavera de 1954. Fue relatada por Soljenitsyn en el *Archipiélago de Goulag*, *op. cit.*, volumen III, capítulo 12: "Los cuarenta días de Kinguir", pp. 214-269.

cf. M. Heller y A. Nekvich, *op. cit.*, Cap. 10, p. 433.

cf. Nicolás Werth y Gaël Moullee, *Rapports secrets soviétiques 1921-1991* (Gallimard, 1994), pp. 417-424.

vida, hace que la tarea de suavizar el régimen adquiera el carácter de una falla en el terreno. Estos artesanos, sin quererlo, se ven enfrentados a la desagradable alternativa de escoger entre volver hacia el pasado o huir hacia adelante.

En el exterior sucede lo mismo. Contrariamente a lo que pronostican tantos augurios del mundo occidental en los días siguientes a la muerte de Stalin, su desaparición pone fin al período más agudo de la guerra fría, lo que revela el rol esencial que él había jugado en ella. Aunque la U.R.S.S. post Stalin pudo firmar rápidamente un armisticio en Corea, porque desde un comienzo ella tenía las llaves del conflicto, la conmoción que provocan en su régimen interior las primeras medidas de la primavera de 1953 afecta a todo el comunismo internacional, comenzando por los satélites del Imperio: Europa Central y Oriental.

Los acontecimientos de ese año 1953 en el seno del mundo comunista prefiguran bastante bien, en una escala menor, el escenario del derrumbe del comunismo treinta y seis años más tarde. En el centro del sistema, en Moscú, el estado mayor político emprende la reforma del régimen construido por Stalin; intenta eliminar el terror en el interior del Partido y reducir las presiones militares para favorecer el consumo. Programa difícil de poner en marcha y prácticamente imposible si va acompañado de grandes expectativas. Por lo menos todo o casi todo ocurre en la cima, en el interior del aparato, conforme al espíritu del régimen. En los países satélites, por el contrario, las oligarquías comunistas se acaban de instalar y sólo dominan desde hace cinco o seis años; sin embargo, sometidas al riguroso control de Moscú, y en manos de los veteranos del Komintern, son lo suficientemente antiguas como para recibir el látigo de la crítica del stalinismo que les llega del Este y que las expone a la sublevación de la población. ¡Atrás quedan las grandes consignas de la industrialización acelerada y de la colectivización rural a cualquier precio! Ha llegado la hora de olvidar este plagio estalinista y de incorporarse a la escuela Malenkov-Kruschev, es decir, bajar el ritmo, entregar más para el consumo, reducir el miedo, liberar o rehabilitar a las víctimas del terror. En Europa Central y Oriental, ni las oligarquías estalinistas ni la propia idea comunista sobreviven fácilmente a esta cambio de rumbo.

Los primeros signos de la crisis se manifiestan en Checoslovaquia, a partir de junio. Éstos ya traslucen esa mezcla inestable de sentimientos populares anticomunistas que de ahí en adelante va a dominar a la opinión pública en esta parte de Europa: huelgas de los trabajadores contra los bajos sueldos, frustraciones nacionales provocadas por la dominación y ocupa-

ción rusa, reivindicaciones liberales y democráticas contra el sistema del partido único. Siempre en junio, exactamente los días 16 y 17, surge la primera gran revuelta popular contra el comunismo desde Kronstadt: la de los obreros de Berlín Oriental, que protestan contra el aumento de las normas de producción, exigen elecciones libres y abuchean al trío Ulbricht-Pieck-Grotewohl. El día 18, la intervención de los tanques soviéticos aplasta la insurrección; el día 19, diecinueve "agitadores" son condenados a muerte por tribunales militares soviéticos y ejecutados en el acto. Lo paradójico de todo este asunto es que los sucesores de Stalin en Moscú, ocupados de adueñarse cada uno de la crítica de Stalin, pese a ellos mismos refuerzan en Berlín a Ulbricht, el hombre de Stalin. Cuando eliminan a Beria, suprimen a la persona con que contaban los opositores al Secretario General en el interior del S.E.D.; al echarles encima los tanques a los manifestantes, le entregan una vez más todo el poder al más estalinista del Politburó. En 1933, el comunismo del "tercer período" había llegado a su término en Berlín. Veinticinco años después, en Berlín nuevamente, los hombres del nuevo régimen experimentan su primer fracaso. Esto demuestra la estrechez de los límites en que se inscribe su voluntad reformadora.

Sin embargo, el carácter ultra centralizado del sistema, junto a la función todopoderosa que juega la ideología, no puede impedir que los primeros signos de una "desestalinización" en Moscú pongan en peligro todo el orden comunista; primero en las repúblicas satélites, donde es más nuevo y donde las sociedades, pese al terror de los años 1948-1952, no han sido lo suficientemente "sovietizadas" como para soportar los cambios que se imponen desde arriba. De acuerdo con la tradición, los jefes de Moscú quieren instalar a sus hombres en todas partes. Le retiran la confianza a Rákosi, en Budapest, para sustituirlo por Imre Nagy; un poco después sacan a Gomulka de la cárcel, en Polonia. Pero, al hacer esto, se exponen a un doble peligro. Comprometen por adelantado el cambio que preconizan, dándole la forma de una orden de Moscú. Y al abrir la puerta a las denuncias de los "errores" del pasado, debilitan tanto las dictaduras de los partidos hermanos como la autoridad absoluta que ejercen sobre ellos.

El fin del terror convulsiona, entonces, todo el sistema comunista internacional. No es que esté amenazado desde el exterior; por el contrario, en ningún momento Occidente intenta aprovecharse de las circunstancias. El comunismo sufre el cuestionamiento de sus dos pasiones esenciales: el temor y la creencia. El debilitamiento del primero conduce a la crítica de los fundamentos de la segunda, porque libera la reflexión y obliga a dar marcha atrás sobre la necesidad del terror. Sin embargo, Kruschév decide avanzar sobre este terreno peligroso para encontrar en él la ocasión de eliminar a sus

rivales, antes de que se venzan los plazos. En febrero de 1955 consigue reemplazar al "liberal" Malenkov por Boulganine en el cargo de presidente del Consejo de Ministros; por otro lado humilla a Molotov —y a la vieja guardia de Stalin— yendo a presentar sus excusas públicas a Tito, en mayo, por la ruptura de 1948. Pero esto no basta. Su verdadera toma del poder se produce en el Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en febrero de 1956.

*

Para el historiador de la idea comunista, el discurso "secreto" de Krushev en el Vigésimo Congreso constituye, quizá, el texto más importante que se haya escrito en todo este siglo. Sin embargo, está muy lejos de ser el más profundo, el más completo o el más nuevo sobre el tema: pese al formidable secreto que rodeó al régimen soviético desde 1917, y la muralla de mentiras levantada para proteger la mitología, la historia de la Unión Soviética ha sido objeto de numerosos libros excelentes. Los mejores, como *Staline*, de Souvarine, han sido escritos por disidentes, por razones fáciles de comprender: sólo los excomunistas poseen tanto la experiencia interior del sistema como la posibilidad de analizarlo desde afuera. Este "desde afuera" debe entenderse en el doble sentido espiritual y material, porque la capacidad de conocer ha sido adquirida sólo al precio de la ruptura, y la de publicar está supeditada a una vida en el exterior de la Unión Soviética. Pero estos ex comunistas, convertidos en testigos de cargo de la causa que sirvieron, han pagado el gran precio de su conversión: ¿Cómo se les va a creer si antiguamente sostenían todo lo contrario? ¿Cómo no pensar que están equivocados en ambos casos, y que su juicio se encuentra extraviado por la pasión, tanto a la ida como a la vuelta? A esta sospecha intelectual hay que agregar la acusación moral de haberse cambiado de campo y de amigos: acusación gravísima, en un siglo donde las pasiones políticas han tenido tan a menudo el carácter de guerra civil. De modo que la literatura de los ex comunistas sobre la Unión Soviética nunca ha gozado de mucha credibilidad. En cuanto a la otra, la que se escribe en los centros universitarios, recién comienza en los años 50, primero en Estados Unidos, a raíz de la situación internacional de posguerra¹¹.

¹¹ Por ejemplo, Richard Pipes, *The Formation of the Soviet Russia* (Cambridge: Harvard University Press, 1954). Merle Fainsod, *How Russia is Ruled* (Cambridge: Harvard University Press, 1953): ediciones revisadas y terminadas en 1963 y 1979. Leonard Schapiro, *The Origins of the Communist Autocracy* (Harvard University Press, 1954).

Pues bien, el "informe secreto" de febrero de 1956, tan pronto se conoce, trastorna de golpe la situación de hecho de la idea comunista en el mundo. La voz que denuncia los crímenes de Stalin ya no viene de Occidente, sino de Moscú, y del templo de Moscú, el Kremlin. Ya no es la voz de un comunista excomulgado, sino del primer comunista del mundo, el jefe del Partido de la Unión Soviética. En vez de ser alcanzado por la desconfianza que golpea el discurso de los ex comunistas, está revestido de la autoridad suprema con que ha sido investido su jefe. Tiene una fuerza universal, tanto entre los comunistas como los no comunistas. Los primeros están acostumbrados desde hace mucho a creer a ciegas en sus líderes, y por lo demás la crítica a Stalin se la venían entregando en pequeñas dosis desde marzo de 1953. Los segundos no tienen ninguna razón para poner en duda las "revelaciones" del Primer Secretario del Comité Central. Si son hostiles al comunismo, ven confirmada su opinión, o lo que ya saben. Si desconfían del anticomunismo, ¿cómo rechazar el testimonio de un hombre que estuvo durante toda esa época al lado de Stalin, y que ha decidido libremente ensombrecer la causa a la que sirvió? El extraordinario poder que ejerce el "informe secreto" sobre las personas deriva del hecho que no hay contradictores. La noticia es tan impactante o molesta que durante algunas semanas el debate sólo se centra en su autenticidad¹². Pero, como nadie lo impugna, el contenido del texto pasa a formar parte, para todos, de la historia del comunismo, reuniendo alrededor de lo que revela, por primera vez desde 1917, a adversarios y partidarios del régimen soviético.

¿Por qué provocó Krushev esta peligrosa unanimidad en torno a la crítica de Stalin? ¿Por qué corrió el riesgo de debilitar todo el universo comunista? ¿Cómo no reflexionó más sobre los inevitables estragos que la denuncia de los crímenes de Stalin provocaría en un movimiento cuya ideología es su razón de ser y el culto de Stalin su religión unitaria? Más

¹² En la noche del 24 al 25 de febrero de 1956, Nikita Krushev da lectura a su informe sobre los crímenes de Stalin. La existencia del documento se comunica a los secretarios de delegaciones extranjeras que asisten al Vigésimo Congreso. El 16 de marzo, el *New York Times* entrega una primera información sobre el tema. El 4 de junio, el Departamento de Estado norteamericano lo publica. Éste llegó a sus manos por intermedio de Polonia, donde los comunistas lo difundieron ampliamente. El 6 de junio, el Partido Comunista norteamericano admite la autenticidad del informe. Por el contrario, Togliatti lo califica (en privado) de "chismes sin importancia"; Thorez y el Partido Comunista francés se atienen a la fórmula "informe atribuido al camarada Krushev", y defienden "la obra" de Stalin. Sin embargo, este informe es autenticado indirectamente por las actas del propio Vigésimo Congreso que hacen referencia a la reunión secreta de la famosa noche de febrero. En los estados comunistas, los comunistas polacos son los primeros que tienen la audacia de publicarlo íntegramente (*Polityka*, 27 de julio de 1988). Ver Branko Lazitch, *Le Rapport Krushev et son histoire* (Le Seuil, 1976).

tarde, en sus *Recuerdos*¹³, entrega sus propias respuestas a estas preguntas, y son creíbles. La atmósfera política que reina en el Presidium del Partido, como él la restituye, es muy parecida a la que existía después del Termidor. La eliminación de Beria no bastó para exorcizar el fantasma de Stalin, que todavía penaba a sus sucesores: Tito se mofó un poco de ellos en 1955, cuando quisieron echarle la culpa exclusivamente al ex jefe de la policía por la ruptura ruso-yugoslava de 1948. Dijeron mucho o demasiado poco. En cambio Krushev quiere ir más lejos, pese a la resistencia de los jefes de la víspera, Vorochilov, Molotov, Kaganovitch, y las reticencias de Malenkov¹⁴. Mikoian no se opone. Finalmente, deciden formar una comisión investigadora, dirigida por Pospelov, uno de los "teóricos" del Partido, Director del Instituto Marx-Engels-Lenin en los años 1949-1952. Pero, una vez constituido el expediente en contra del tirano muerto, ¿que hacer con él? ¿Cómo usarlo? Es más, ¿es necesario usarlo?

Éste es el verdadero problema del Vigésimo Congreso, pero se debate entre bambalinas. En apariencia, el típico ritual: un informe interminable, dirección colectiva, delegados unánimes. Pero Krushev desea ir más lejos, quiere entregarles a los camaradas la esencia del expediente reunido por la comisión Pospelov. Seguramente, entra en el capricho de los elementos políticos ligados a la lucha por el poder: afirmándose ante el Partido —una de las grandes víctimas de las purgas de 1936-1939—, así como a la cabeza de la "desestalinización", el Primer Secretario piensa consolidar su posición, tanto entre la vieja guardia como frente a su principal rival, ya en retirada, Malenkov. Esgrime un argumento excelente, imposible de refutar: de todas maneras los crímenes de Stalin no podrán mantenerse ocultos, porque van a regresar cientos de miles de prisioneros liberados del Goulag y van a contar lo que han vivido. Pese a las protestas de Molotov, Vorochilov, Kaganovitch, el Presidium cede a la lógica de lo que comenzó en 1953. Liberar a los prisioneros no es nada; todavía hay que prepararse para escucharlos y responderles.

En el traspaso del poder soviético, Krushev se encuentra entre dos generaciones de dirigentes¹⁵. Demasiado joven para haber servido cerca de Stalin en la guerra civil, como Kaganovitch o Molotov, y demasiado viejo para ser un producto puro del estalinismo, como Breshnev. Además, realizó la parte más importante de su carrera en el corazón mismo del aparato del

¹³ N. Krushev, *Souvenirs*, introducción, comentarios y notas de E. Crankshaw (Robert Laffont, 1970).

¹⁴ Yo sigo aquí los *Souvenirs* de Krushev, Capítulo 9, pp. 327-331.

¹⁵ Tomo esta observación prestada del libro de Martin Malia, *The Soviet Tragedy* (The Free Press, 1994), Capítulo 9, pp. 319-320.

Partido, no en Moscú, como su contemporáneo Malenkov, sino en terreno, en Ucrania. Estos aspectos de su vida no bastan para hacer creer, como él pretende en sus *Recuerdos*, que ignoraba totalmente las masacres cometidas bajo el régimen de Stalin. Pero pueden explicar que se haya sentido menos culpable que Molotov o Malenkov y que haya sido menos cínico que Breshnev. Habiendo adherido al Partido bolchevique algunos meses después del 17 de octubre, y habiendo sido soldado raso en la guerra civil, nació a la política en los tiempos heroicos del bolchevismo y como hijo de Lenin. Treinta y cinco años después, pareciera que esa pasión sigue ardiendo en él, pese a todas las catástrofes que provocó, y que el "regreso a Lenin", consigna casi obligatoria, más que un retroceso táctico del político es algo que está en su corazón: la expresión de una verdadera esperanza. La pasión dominante del bolchevismo estalinista en Rusia fue el miedo. Sin embargo, incluso en aquella época tardía, eso no le quitó a la ideología el respaldo de la creencia. Krushev cree en lo que dice. Es esto lo que le permite ser el primero en encarnar, y con tanta fuerza, el personaje que dominará de ahí en adelante las representaciones imaginarias del comunismo, el que se hará cargo del reestreno. Esto es también lo que le da a su personaje ese lado atractivo que mantuvo más allá del fracaso.

¿Qué dice en su famoso discurso? ¿Qué fue lo que ocurrió en esa noche del 24 al 25 de febrero de 1956 en la sala del Gran Palacio del Kremlin? Cuando el Primer Secretario sube a la tribuna, es imposible que no haya tenido el discurso escrito en su bolsillo: los jefes bolcheviques no tienen la costumbre de improvisar y el tema era tan delicado que no era el momento de hacerlo. Krushev contó en sus *Recuerdos* que Pospelov estaba encargado de corregir su informe para darle la forma de discurso¹⁶, pero el texto tuvo que ser mejorado por un pequeño comité, sin que se sepa hasta ahora cual fue la participación personal del orador, que yo pienso debe haber sido importante. La dificultad del ejercicio consistía en recortar lo que no convenía decir y dejar justo la parte de la verdad que se podía revelar, de manera de no descalificar ni a los sucesores de Stalin, ni al Partido, ni al régimen. Romper pero continuar, revelar pero ocultar, la clave del "informe secreto" está justamente en esta dosificación sutil en boca de un orador efectista.

El blanco del discurso es Stalin¹⁷. Malenkov también es citado una o dos veces, pero como ejecutor y sólo de pasada. A los miembros del Presidium, en forma colectiva, se les mantiene fuera del asunto, porque ninguno

¹⁶ N. Krushev, *op. cit.*, Capítulo 9, pp. 333.

¹⁷ N. Krushev, "Rapport", en A. Rossi, *Autopsie du stalinisme*, nota final de Denis de Rougemont (Ed. P. Horay, 1957), p. 128.

pesa sobre las decisiones. Beria pagó por todos ellos y figura nuevamente entre los íntimos de Stalin; el único malo en la distribución, calificado, por lo demás, de "agente de un servicio de espionaje extranjero": señal de que las costumbres del terrorismo subsisten en la voz que las denuncia. De hecho, el proceso postumo a Stalin es conducido de manera muy selectiva. Se apoya en el famoso testamento de Lenin, por fin reintegrado al patrimonio bolchevique, pero legitima la eliminación de Trotski y de Boukharine. Acusa al ex Secretario General de numerosas eliminaciones arbitrarias, pero no contiene una sola palabra sobre las atrocidades que se cometieron en la colectivización de la agricultura. Dos inquietudes lo explican. La primera es que el retorno a Lenin no condena en ningún momento la construcción del "socialismo en un solo país", del cual son hijos todos los dirigentes del Vigésimo Congreso. Se trata más bien de un regreso al espíritu de Lenin, dentro del régimen edificado por Stalin: la ambigüedad de esta fórmula traduce bastante bien la de la empresa. La segunda preocupación se deduce de la primera: a través de los delegados al Congreso, Kruschev se dirige al Partido y no a la sociedad. Es difícil imaginar que él pudo pensar que su discurso se mantendría en secreto; por lo demás, muy pronto hizo comunicar su tenor, o el texto, a las diferentes instancias diplomáticas soviéticas y a los partidos hermanos. Pero él lo concibió como un documento interno del movimiento comunista. En él no se acusa a Stalin de martirizar a los pueblos de la Unión Soviética, sino de haber aterrorizado, torturado y asesinado a sus camaradas, a partir del asesinato de Kirov, en 1934.

Sin embargo, en la segunda mitad del discurso, después de haber dicho tanta cosa horrible, delante de una sala petrificada, Kruschev rebasa el límite cuando comienza a criticar la actuación de Stalin durante la guerra. No le basta con derribar la imagen de Secretario General, sino que las emprende contra el Mariscal también: cuestiona su legitimidad no sólo en la oligarquía del Partido, sino en el orden de la nación también. Se niega a dejarle la página más gloriosa escrita por el régimen en la historia de Rusia. Cobardía, incompetencia, vanidad: estas son las "virtudes", según su sucesor, del famoso jefe militar que tanto se autocelebró, y que en la hora de la victoria se deshizo de todos los que podrían haberle hecho sombra. Peor aún: Stalin utilizó la coyuntura de la guerra para intensificar su tiranía. Hizo deportar en masa a las pequeñas naciones, sin ninguna justificación provocada por la situación militar. Kruschev no dijo nada de las masacres de los campesinos ucranianos en los años de la colectivización. Pero habla de la deportación, en 1943-1944, de los kalmouks, de los tchechenos y de los balkares; los ucranianos, agrega, medio en broma, medio trágico, se salvaron de este destino gracias a su número. Es el último hombre que puede

hablar de un poder totalitario. Sin embargo, al hacerlo evoca el espectro, como para arrancar del recuerdo de Stalin el período más memorable de su reinado: el tirano se aprovechó incluso de la gran guerra patriótica para forjar nuevas cadenas entre los pueblos de la Unión Soviética.

El principal interés del informe secreto radica precisamente en esta expansión de su objetivo inicial. Como los termidorianos franceses, Kruschev se resignó a sacrificar algunas cosas para no perderlo todo: una manera de solemnizar la renuncia al terror con su confesión. Pero amplió tanto esta parte que después no pudo cerrar las interrogantes que provocó: a los termidorianos les ocurrió lo mismo. Algún día la historia dirá, tal vez, si el intérprete se mantuvo fiel al libreto original o si se excedió. Sin embargo, el día que el informe secreto se hizo público, el mundo comunista perdió aún más su impronta en vez de entrar en una época nueva.

Kruschev bautizó el mal que denunció como el "culto a la personalidad". Pero la fórmula, puramente descriptiva, no explica en modo alguno la aparición de este mal inédito dentro de un partido cuyos militantes son, supuestamente, los servidores de una causa que los envuelve y los sobrepasa. El movimiento de la historia puede tener sus artesanos o sus adversarios, pero no sus usurpadores. A su manera un poco primitiva, el Primer Secretario puso el dedo en la principal contradicción del bolchevismo, ya bastante evidente en los tiempos de Lenin, y del todo manifiesta bajo Stalin: el lugar que el bolchevismo le asigna a la voluntad política no es coherente con el rol reservado a las leyes del desarrollo social; constituye, por el contrario, la cuna del "culto a la personalidad". Pero Kruschev, al no poder presentar el problema en otros términos que los del marxismo-leninismo, se lo deja a los militantes en su estado bruto y con su misterio intacto: cómo se puede concebir, al mismo tiempo, una sociedad "socialista" y el poder absoluto de un solo individuo, fundado en la policía y el terror.

La contradicción sería tolerable, sin duda, si se hubiese mantenido oculta. Pero el informe secreto le dio el brillo de una rotunda negación. Pues lo que él denunció con tanta violencia es justamente lo que se celebraba *urbi et orbi*. El hombre cuyos asesinatos, arbitrariedad e incompetencia enumera fue ensalzado como un genio incomparable por aquellos que hoy día lo acosan: los hechos mismos han cambiado de sentido. Y ahora hay que presentarlos con su nueva significación, sin haber recibido una verdadera explicación de los especialistas en su significación anterior. La manipulación de la historia, vieja técnica estalineana, encuentra sus límites cuando se aplica en sentido inverso, como un remedio para rejuvenecer: al tratar de recorrer la cadena de mentiras, ¿adonde se detendrá? Cuando se transforma en un criminal paranoico al hombre que ha sido celebrado como un genio

universal, ¿cómo hacerse creer? Stalin ocupó un lugar demasiado importante en el movimiento comunista para que pudiese ser objeto de una simple operación de descarga, ni siquiera pública. Sus herederos, compañeros o hijos desleales no lo pueden destruir sin dañarse a sí mismos.

*

El Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y el informe secreto, así pues, confirmaron con escándalo lo que se venía presintiendo desde 1953: que el problema de la "desestalinización", según la fórmula de la época, estaba en la médula de las luchas de sucesión en Moscú. La palabra implica una renuncia, al menos parcial, al terror, y los herederos juraron sobre el cadáver de Beria que no volverían a matarse entre sí, al tiempo que comenzarían a poner en libertad a cientos de miles de zeks. Pero esto significa también un "nuevo rumbo" económico, más favorable a los bienes de consumo. Finalmente y sobre todo, implica la revisión de un período muy largo de la historia de la Unión Soviética y del movimiento comunista internacional. En un cuarto de siglo, Stalin no sólo había inventado una sociedad y un régimen, sino que les había fijado también la genealogía y la doctrina canónicas. El comunismo, por definición privado de legalidad, había conservado a través de la figura histórica de su jefe un grado extraordinario de legitimidad: en el fondo, el principal misterio de la Rusia estalinista es cómo pudo prolongar, en favor de un territorio y de un Estado, encarnándolo en un hombre, el encanto poderoso pero fugaz de la idea revolucionaria.

Si se atacaba retrospectivamente a este hombre, ¿cómo no se iba a destruir el encanto? El problema se torna más inquietante mientras más extendido y variado es el movimiento. Este último siempre había sido internacional; pero antes de la guerra, fuera de la Unión Soviética sólo había comprendido a los partidos, cuyos dirigentes eran cuidadosamente escogidos en función de su fidelidad incondicional al "centro", cualesquiera fuesen los vaivenes de la política y de la ideología. A partir de 1945, abarca también a gobiernos extranjeros, mediante intercesores comunistas. Como se vio en 1948 en la escisión titista, éstos podían verse tentados por la independencia nacional. Y, más allá de ellos mismos, tenían que tener en cuenta a la opinión pública de esos países, que aún recuerda sus breves reencuentros, al término de la guerra, con la nación y la libertad. Los pueblos de la Unión Soviética, acostumbrados al yugo ruso y sin tradición liberal, estaban embriagados de despotismo desde hace muchos años, y allí el estalinismo tuvo larga vida. Cuando Stalin muere, los polacos, los checos,

los húngaros, herederos de una historia menos oriental, sólo habían conocido unos cinco o seis años de esclavitud.

Luego, al tiempo que aumenta el poder de los hombres del Kremlin comienza a disminuir su margen de maniobra. Porque la desestalinización, inscrita en las necesidades de la sucesión, afecta tanto a su legitimidad como a la de todo el sistema comunista. Si se empuja demasiado lejos y demasiado fuerte, se corre el riesgo de poner en peligro la unidad del movimiento, que está organizado como una arma ideológica, y más allá, la del Imperio soviético. En 1955, la ruptura con Tito fue agregada a la cuenta de las enfermizas sospechas de Stalin; pero el coro de los denunciantes de Tito, desde 1948, era tan unánime y vehemente que la reconciliación podía crear más tensiones antes que restablecer la unidad. Asimismo, la exportación brutal, al estilo antiguo, de la nueva línea política del Kremlin hacia los partidos comunistas crea disensiones internas inevitables, particularmente peligrosas cuando éstos están en el poder.

El sistema internacional está acostumbrado a los vuelcos y ha visto otros. Éste, sin embargo, es de un tipo diferente, porque no pone en duda la táctica ni la estrategia del movimiento, sino su mentira constitutiva; vuelve a encontrar los acentos de Trotski o de Souvarine, y tiene una nueva dirección, cuyos concededores no tienen dificultad en adivinar que está dividida. Antes de tener que asumir su responsabilidad en el terror estalinista, pueden verse tentados a hacerse los desentendidos y esperar tiempos mejores para su identidad política. Contar con Molotov para resistir a Malenkov; con Vorochilov para oponerse a Kruschev. Por último, el informe secreto, articulado por la más alta autoridad comunista de la Unión Soviética, invita más bien a los nostálgicos de Stalin a retirarse en orden antes que a formular un desmentido o lanzar una contraofensiva.

Por lo demás, en los países de Europa Central, donde los partidos comunistas son los dueños del poder desde 1947-1948, la liberalización prometida en Moscú a partir de la primavera de 1953 genera en la opinión pública esperanzas que van más allá de lo que ella permite abrigar. Se vio de inmediato en Alemania Oriental, donde los obreros hicieron manifestaciones en contra de las normas de producción del plan, pero también en contra de Ulbricht y en favor de las elecciones libres. Casi en todas partes, durante los años que median entre la muerte de Stalin y el Vigésimo Congreso, el "nuevo rumbo" ha encontrado sus símbolos en la superposición de nuevos dirigentes en el lugar de los antiguos; pero también ha suscitado movimientos de opinión que ya no ponen en duda las modalidades del régimen comunista sino sus fundamentos: los campesinos contra las cooperativas, los obreros contra los bajos salarios, los intelectuales contra la censura.

Esta coyuntura de incertidumbre e inestabilidad puede haber sido una de las razones que impulsaron a Krushev a cortar por lo sano en febrero de 1956; después del informe secreto, ya nadie se podía declarar partidario de Stalin. Sin embargo, uno no percibe que en ese momento el Primer Secretario haya podido temer el violento retorno de los fieles del dictador muerto; a no ser que haya pensado que la destitución de Malenkov, reemplazado el año anterior por Boulganine, hiciera necesario un golpe para el otro lado. Quizá, simplemente, haya tenido presente, ante todo, la situación soviética, como dice en sus *Recuerdos*. Los liberados de los campos de concentración iban a regresar y hablarían. Arrancar el culto de Stalin de la historia rusa parece una empresa mucho más difícil que criticar su rol dentro del comunismo internacional. Hacían falta métodos más radicales. Sin embargo, es en los países donde Stalin sólo gobernó indirectamente, y por poco tiempo, donde la denuncia de sus crímenes en el interior de la Unión Soviética provocará los efectos más inmediatos.

Allí —desde Polonia a Hungría— los pueblos acaban de conocer, en una escala bastante menor, lo inseparable que es la arbitrariedad y el terror del "culto a la personalidad". Ellos también vieron el retrato de Stalin en todas partes. Pero sus sociedades todavía no han sido "sovietizadas" y, por falta de tiempo, aún no se ha extinguido completamente la condición política del hombre. Todavía existe el campesinado, pese al avance forzado de la colectivización. Los obreros allí no han olvidado la tradición de la acción colectiva. Las antiguas clases dirigentes se esconden o se adaptan, no han sido exterminadas como en la Rusia de Lenin. El mundo antiguo no está lejos, y el de la preguerra aparece embellecido por la posguerra. Los polacos siguen estando orgullosos de haber salvado la frontera católica de Europa, frente a los rusos. Los húngaros, de haber sido los antiguos socios de los austríacos y de los alemanes contra los eslavos. Los checos tuvieron su época de esplendor en la Europa de Versalles. Todos guardan el recuerdo de haber sido independientes y de haber luchado tanto tiempo por serlo. La opresión rusa unifica momentáneamente contra ella los sentimientos colectivos.

Es por esto que la "desestalinización" se torna más dramática en estas márgenes recientes del imperio soviético que en la Unión Soviética. Allí desborda muy rápidamente las posturas internas del movimiento comunista. Allí plantea el problema del régimen y de la nación. Frente a los delegados del Vigésimo Congreso, a Krushev no le cuesta mucho hacer una distinción entre la construcción de la sociedad socialista y el terror, es decir, entre la acción benéfica y la acción nefasta de Stalin. Pero, ¿en

Varsovia? ¿En Budapest? Lo que el viejo jerarca ucraniano no ve es más o menos lo mismo que su futuro sucesor, Gorbachev, desconocerá un poco más de treinta años después: el poder de la opinión pública. Ambos servidores de un régimen donde este fenómeno no había tenido existencia autónoma no midieron su poder más allá, menos aún cuando este más allá estaba dentro de su feudo. En 1956, igual que en 1989, todo ocurre como si los dos grandes y únicos reformadores de la historia soviética, apenas habían ganado una batalla interna del Partido en casa, descubrieran en sus fronteras, pero aún dentro de su Imperio, otro paisaje: lo que ellos emprendieron en Moscú tranquilamente, en Varsovia, en Berlín o en Praga produce efectos subversivos si se deja cumplir la lógica. Resulta tanto más imposible reformar el régimen soviético mientras más reciente y más europeo es. La estructura imperial del sistema compromete en su periferia occidental su capacidad de evolución.

En todo caso, Kruschev se había asegurado de antemano la herencia territorial: en mayo de 1955, el llamado Pacto de Varsovia había sellado la unidad política y militar del bloque soviético, al extremo de hacer posible, en caso de necesidad, una ayuda mutua "fraterna". Pero su informe secreto actúa en sentido inverso. El Partido yugoslavo, que lo acogió calurosamente, lo interpreta en un sentido tan descentralizador que Kruschev, junto con proceder a la disolución del Kominform, en abril de 1956, debe reafirmar poco después el rol dirigente del Partido Comunista de la Unión Soviética¹⁸. Después de estas delicadezas formales, como plato de entrada viene la gran prueba del Kruschevismo, en dos olas: el asunto polaco y la revolución húngara. Otra vez enfrentamientos formales (aparentes), pero a los cuales los pueblos les asignan la importancia histórica que tuvieron.

Al principio, en efecto, lo que se observa es una crisis interna de los partidos comunistas, planteada desde 1953, por el cuestionamiento en Moscú de las detenciones arbitrarias, la liberación masiva de prisioneros, el inicio de las rehabilitaciones. Todas las repúblicas satélites conocieron en miniatura y por un período corto el terror político, ya sea pública o secretamente. Entonces, siguiendo el ejemplo de la Unión Soviética, todas deben dar explicaciones, rehabilitar a los muertos que estorban y liberar a aquellos

¹⁸ En respuesta a la entrevista de Togliatti publicada el 20 de junio de 1956 por la revista italiana *Nuovi Argumenti*, en la cual adelantaba la idea del "policentrismo" en el movimiento comunista, una declaración del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, publicada el 30 de junio en el *Pravda*, llama, por el contrario, a reforzar la unidad ideológica del comunismo internacional. Esta misma declaración reprocha a Togliatti el haber hablado de "degeneración de la sociedad soviética" como una de las causas del "culto a la personalidad".

que han sido detenidos por error, algunos de los cuales se convierten en candidatos recién llegados al poder. En Polonia no hubo grandes procesos públicos como los de Rajk o Slánsky. Pero el Secretario General del Partido, Gomulka, fue separado en 1948, expulsado del Partido en 1949 y luego enviado a la cárcel en 1951, acusado de desviación nacionalista de derecha: imputación que lo convierte en símbolo de un comunismo a la vez liberal y nacional cuando su liberación se hace inevitable, en 1954. Al no existir un sistema político pluralista, la presión de la sociedad se hace sentir en el interior del Partido Comunista. A partir de esa época, el "nuevo rumbo" saca a la luz los temas reprimidos o prohibidos, que van desde la exterminio de los jefes del Partido polaco en 1938¹⁹ hasta las torturas practicadas por los órganos de Seguridad del Estado en los prisioneros políticos. *Mutatis mutandis*, en Hungría ocurre lo mismo, donde después de junio de 1953, Rákosi, el devoto de Stalin que preparó el montaje del proceso Rajk, se vio obligado a compartir el poder con su rival Imre Nagy, quien era hostil a su política económica de extrema industrialización. El compromiso fue impuesto por Moscú: Rákosi logró mantenerse como jefe del Partido, mientras Nagy se convirtió en jefe de gobierno. De esta manera el Partido húngaro también pasa a ser la sede de dos políticas. La diferencia con Polonia es que Rákosi logró recuperar todos sus poderes en 1955 y postergar los plazos cuando éstos se vienen encima.

Al considerar el corto período que transcurrió entre la muerte de Stalin y el discurso secreto de Kruschev —menos de tres años—, el historiador experimenta una doble sensación. Por una parte, todo sigue igual que antes, en el sentido de que todo proviene de Moscú, tanto las decisiones políticas como la elección de los hombres. Pero, por otra parte, como Moscú ya no es Moscú, el mundo comunista flota, como un porvenir incierto. Con su muerte, Stalin demostró lo mismo que con su vida: una vez desaparecida su voluntad, el universo que él creó perdió algo fundamental. Sólo él era capaz, por el temor y la veneración que inspiraba, de llevar la pesada carga de mentiras y de terror que legó a sus sucesores. Éstos la heredan sin querer soportar el peso y los riesgos que acarrea, y sin poder liberarse totalmente de ella y menos aún repartírsela. De allí que los procesos, las purgas, el terror estén en el corazón de los años en que la identidad del comunismo tambalea. La amenaza ya no proviene del enemigo, lo que la hacía inofensiva, sino desde adentro y de los compañeros de Stalin, lo que le

¹⁹ Ellos serán "rehabilitados" por un comunicado de fecha 19 de febrero de 1956, publicado simultáneamente en Moscú y Varsovia.

imprime una fuerza incomparable: porque las víctimas de la locura estaliniana también eran comunistas.

En el Vigésimo Congreso, el sucesor más valiente y más inteligente de Stalin abrió el absceso. Quiso salvar lo que se podía, trazar la línea que separaba la herencia asumida de la herencia rechazada. Ejercicio que, intentado en pequeñas dosis desde 1953, no dio muy buenos resultados, y que, tomado esta vez como un gran cuadro de la historia, ya no surtió el efecto estabilizador.

El informe secreto no es un gran texto de análisis político: lo que muchos le reprocharán, especialmente los marxistas. Pero hay algo en él que se habría perdido si hubiese tenido un tono más filosófico: el tono de indignación y la claridad en el lenguaje que lo hacen un documento único en la literatura comunista. Ajeno al lenguaje de las consignas retóricas (*langue de bois*) y como si hubiese escapado por milagro de este planeta de mentiras, ejerce, por este contraste, un efecto universal que se extenderá mucho más allá de las circunstancias en que fue escrito; las circunstancias en que fue recibido lo permiten ver muy rápidamente.

En la historia del comunismo, la segunda parte del año 1956 pertenece a los polacos y a los húngaros. Es la experiencia de estos dos pueblos, sobre todo, la que pone punto final casi en toda Europa a la gran época de la mitología soviética. Yo no volveré a relatarla en detalle, ya que ha sido el tema de obras muy buenas²⁰. Lo que estas dos historias paralelas tienen de nuevo es que muestran la intervención de la opinión pública y de los pueblos en la política nacional, aunque esa opinión siga siendo monopolio del Partido. En ambos países la frustración después de la muerte de Stalin es visible y la agitación está latente. En 1955, los intelectuales —periodistas, escritores, profesores, estudiantes— forman núcleos de oposición organizada, usando, con frecuencia, las instituciones oficiales del régimen destinadas a agrupar a las organizaciones de escritores, las revistas literarias, los

²⁰ Acerca de los acontecimientos de Polonia y Hungría en 1956, se puede consultar: 1956, *Varsovie, Budapest. La deuxième révolution d'Octobre* (bajo la dirección de Pierre Kende y Krzysztof Pomian)(Le Seuil, 1978). Pierre Broué, Jean-Jacques Marie, Bela Nagy, *Pologne-Hongrie 1956* (E.D.I., 1966; reedición, 1980). Sobre Hungría: François Fejtő, 1956, *Budapest, l'insurrection* (Bruselas: Complexe, 1981); Miklos Molnar, *Victoire d'une défaite, Budapest 1956* (Fayard, 1968); *La Révolte de la Hongrie d'après les émissions des radios hongroises octobre-novembre, 1956* (P. Horay, 1957); *La Révolution hongroise. Histoire du soulèvement d'Octobre* (precedida de "Une révolution antitotalitaire" por R. Aron) (Plon, 1957). La révolte de Hongrie", *Les temps modernes*, enero de 1957. Sobre Polonia: André Babeau, *Les conseils ouvriers en Pologne* (Armand Colin, 1960); "Le socialisme polonais", *Les Temps modernes*, febrero-marzo 1957. Krzysztof Pomian, *Pologne: défi à l'impossible?* (Editions ouvrières, 1982); Terera Toranska, *Oni. Des Staliniens polonais s'expliquent* (Flammarion 1986).

periódicos, las escuelas, las asociaciones de estudiantes. Pronto nace una cantidad de clubes que hacen revivir las horas de 1848. En Budapest, el círculo Petöfi²¹ le hace la guerra a Rákosi. En Varsovia, la juventud opositora se reúne en torno al semanario *Pro Prostu*, antes de lograr formar, en abril de 1956, una federación nacional de clubes.

En esta multitud creciente de jóvenes que protestan en nombre de la libertad, había muchos que antes, por lo menos entre los más activos, habían sido partidarios de la dictadura del proletariado. Exigen la democratización del régimen después de haber condenado la democracia como una ilusión burguesa. En el bolchevismo vencedor, al final de la guerra, habían visto una esperanza nacional y una emancipación social; pero algunos años más tarde vieron en el bolchevismo gobernante a sus naciones sometidas por el Ejército Rojo y a sus sociedades vigiladas por la N.K.V.D. La desestalinización que se estaba llevando a cabo en Moscú ofrece una segunda oportunidad a sus países y a su fe, siempre y cuando ellos también supieran denunciar y sacar del partido a los hombres e instituciones que colaboraron con los agentes de Stalin. Por lo demás, la revolución no había tenido lugar en 1945 ni en 1947: había sido rescatada en 1956, adornada con los brillantes colores nacionales.

La revolución ilustra la resurrección —y la plasticidad— de un cierto optimismo revolucionario, una vez rota la fascinación o la fuerza que había hecho de ella un subproducto del marxismo leninismo. Los revolucionarios del verano de 1956 se criaron en esa mentira impuesta o aceptada. La desaparición de esa mentira viene a liberar más a los convencidos que a los que se habían doblegado, y el hábito de la militancia hace el resto, lo que le otorga a todo el episodio la alegría de un reencuentro con el discurso auténtico. Al levantarse contra la opresión soviética, en nombre de sus esperanzas frustradas o de sus libertades pisoteadas, estos jóvenes no quieren volver al pasado y restaurar cualquier cosa. Ellos quieren salvar la idea socialista del naufragio hacia donde la arrastra la historia de la Unión Soviética, y renovar el espíritu de Octubre contra la tiranía nacida en Octubre. Para estigmatizarlos, los burócratas que están en el poder sacaron de sus cajones un viejo término perteneciente al vocabulario de excomunión del socialismo marxista: los bautizaron "revisionistas".

²¹ El círculo Petöfi (por el nombre de Sandor Petöfi [1823-1849], poeta que levantó a la juventud húngara en 1848 para la independencia) reunía a escritores y periodistas. En las semanas anteriores a la sublevación de octubre, el círculo juega un rol importante en Budapest bajo la influencia de los acontecimientos polacos.

Revisionistas. El adjetivo fue acuñado a fines del siglo XIX y comienzos del XX, en la polémica entre Bernstein y Kautsky²², para condenar las tesis de Bernstein como contrarias al marxismo. Es más suave que "renegados", el término que usaría Lenin un poco después contra Kautsky²³: entre tanto, la terminología del desacuerdo se convirtió en insulto. Pero, incluso bajo su forma original, implica la noción de una interpretación nueva y falsa a la vez de la doctrina de Marx. El "revisionista" es un hereje que aparece en el seno de la creencia ortodoxa, de la cual él propone una versión inédita, diferente a las interpretaciones autorizadas. Sin embargo, en 1956, la palabra perdió ese sentido claro, tomado de la analogía con la religión. Designa un conjunto de ideas políticas que tienen en común el carácter de pertenecer más o menos a la tradición socialista, pero al cual sería muy difícil atribuirle un solo autor o incluso un mismo espíritu. El acento libertario de la revuelta constituye un desquite postumo de Rosa Luxemburgo con Lenin, pero el llamado al sentimiento nacional no pertenece ni al uno ni a la otra. El proceso del estalinismo hace que todos rechacen la "dictadura del proletariado", copia fiel de la del Partido; pero vuelve a poner al descubierto los dilemas del pluralismo democrático, que Lenin había escondido en vez de resolver. ¿Hay que tratar esos dilemas al estilo reformista, como los socialdemócratas de Occidente, o al estilo revolucionario, reinventando el futuro?

Aquí reaparece la idea de los "Consejos". Muerta desde Kronstadt, resurge en los escombros del bolchevismo polaco y húngaro para llenar de espanto a los descendientes del bolchevismo ruso. Ambos movimientos no sólo la toman de la tradición revolucionaria; ha surgido en algunas fábricas, primero en Varsovia, durante la primavera, y luego es retomada en Budapest, durante el otoño. Es menos sorprendente de lo que parece, porque después de todo ella habla a las dos únicas clases urbanas que el régimen ha dejado, si no en pie, al menos un poco conscientes de que existen: los obreros y los intelectuales. Lo cómico de la situación es que las dos alas militantes del comunismo —o supuestamente tales— se convirtieron en las dos alas militantes del movimiento contra la dictadura comunista, recuperando del régimen que quieren destruir su consigna fundadora. De hecho, estos nuevos "Consejos obreros" a la manera de 1956, se parecen muy poco a los Soviets de Petersburgo de 1917. Igual que sus predecesores, luchan por el pan y la justicia; pero, en Polonia, también luchan por la libertad de la

²² Cf. François Furet, *Le passé d'une illusion*, Capítulo 1, p. 41.

²³ Cf. François Furet, *Le passé d'une illusion*, Capítulo 1, p. 42.

Iglesia Católica y, en ambos países, por la libertad de la nación. Los himnos patrióticos se escuchan con mayor frecuencia que "La Internacional". Los profesores y los estudiantes festejan al pueblo de las fábricas no como la vanguardia de la lucha de clases sino como el soldado de la libertad y del renacimiento nacional.

En ambos países, la Unión Soviética aplasta la revuelta casi en la misma época, fines de octubre y principios de noviembre, pero por distintos medios. En Polonia, el Partido Comunista, dividido y privado de su líder estalinista que muere providencialmente en Moscú justo después del Vigésimo Congreso, no ha perdido todo el contacto, a través de sus elementos liberales, con la agitación democrática y nacional. Tiene de reserva a Gomulka, quien se revela como el hombre de la situación en el momento más álgido de la crisis: en las famosas jornadas del 19 y 20 de octubre de 1956, cuando Kruschev, Mikoïan, Molotov y Kaganovitch, acompañados del Mariscal Koniev y una pléyade de generales, deciden finalmente, como un mal menor y contra lo que les aseguran los militares y los diplomáticos, entregarle su confianza para canalizar el movimiento revolucionario. Al año siguiente queda demostrado que fue un riesgo bien calculado.

En Budapest, los rusos deciden intervenir militarmente. El Partido, bajo la dirección de Rákosi, el más detestado de los líderes estalinistas, estaba absolutamente separado de la opinión pública. El país no tenía las mismas razones históricas que Polonia para aceptar un compromiso con Rusia por temor a Alemania. En julio, la directiva soviética sólo encuentra para reemplazar a Rákosi a uno de sus pares, Ernö Gerö. Cambio que sirve precisamente para animar la agitación. Desde comienzos de octubre la situación se torna incontrolable, cuando todo Budapest asiste al funeral nacional de Rajk. En la segunda quincena del mes se agrava aún más cuando los Consejos obreros, los estudiantes, los clubes y todo tipo de organizaciones nacidas de la noche a la mañana se toman las calles, las multitudes destruyen el monumento de Stalin, ocupan la Radio y masacran a los agentes de la policía política. Es demasiado tarde, incluso para Imre Nagy, el Gomulka polaco, cautivo de la demagogia de las revoluciones: primero exigen un comunismo nacional y democratizado, en pocos días la insurrección pide la salida de los tropas rusas, luego quieren el fin del partido único y por último pasan a exigir el restablecimiento del pluralismo democrático, mientras Nagy, privado de todo poder material, negocia con dificultad con los soviéticos para ampliar los límites de lo que él puede hacer. Sin ningún ascendiente sobre los insurrectos, tampoco pesa frente a los rusos. Finalmente, son los tanques del Ejército Ruso los que aplastarán

la revolución popular a partir del 4 de noviembre, a pedido del Secretario General del Partido, Kádár, que sustituye a Gerö, el 24 de octubre. Al principio Kádár estuvo con Nagy, pero la mañana del 4 de noviembre se da vuelta totalmente, justo antes de partir en secreto a la Unión Soviética para formar un nuevo gobierno "obrero y campesino". La fábula de la historia podría haber sido concebida por Stalin: cuando "el orden" volvió a imponerse en Hungría, al precio de una represión metódica²⁴. Nagy cae en una emboscada de las tropas soviéticas; es detenido y conducido al Este, y luego es juzgado en secreto y ejecutado junto a tres compañeros suyos en junio de 1958²⁵.

Aplastada de esta manera, la revolución húngara parece un regreso a los días más oscuros del estalinismo. Para completar la impresión, la operación es envuelta en el más puro lenguaje orwelliano: ayuda fraterna a la clase obrera húngara para que pueda triunfar sobre la contrarrevolución. Sin embargo, el contraste es una falacia que aparentemente opone la solución "liberal" de la crisis polaca y el desenlace catastrófico de la insurrección húngara. No sólo porque en ambos casos se trata de un éxito de la geopolítica soviética: las fronteras del "campo del socialismo" están intactas. Sino, sobre todo, porque los dos regímenes comunistas que surgen de los acontecimientos de octubre de 1956 muy pronto pasarán a ser mucho más comparables entre sí de lo que uno se habría imaginado en un comienzo: Gomulka resulta ser menos liberal y Kádár menos estalinista que aquellos que los pusieron en el poder, respectivamente. Ambos son antiguos militantes formados en la dura escuela de la fidelidad incondicional a la Unión Soviética; encarcelados los dos (Kádár, incluso, torturado) por el

²⁴ Desatada el 2 de octubre de 1956, la revolución húngara llega a su paroxismo el 22 de octubre cuando los manifestantes reclaman un gobierno encabezado por Imre Nagy, que asume al día siguiente. A partir del 25, estallan los enfrentamientos entre las tropas soviéticas y "los combatientes de la libertad", una guardia nacional formada espontáneamente. El 28, el gobierno ordena un cese del fuego y los soviéticos se retiran a las afueras de Budapest. El 30, el Presidium del Partido Comunista de la Unión Soviética adopta una resolución y decide el aplastamiento militar de la revuelta. El 1 de noviembre, tres mil tanques soviéticos invaden Hungría. Nagy intenta negociar, pero, el día 3, el comandante de las fuerzas húngaras, el general Maleter, es secuestrado. El día 4, Budapest es bombardeado por la artillería. La resistencia capitula al cabo de tres días, pero continúa hasta el 14 de noviembre en las provincias. La represión deja miles de víctimas, y luego vienen miles de detenciones: doscientos mil húngaros emigran.

²⁵ Refugiado en la Embajada yugoslava el 4 de noviembre, con algunos compañeros, según Lukács, Nagy había aceptado abandonar su refugio a cambio de una promesa de impunidad hecha por Kádár. Su carro fue interceptado por oficiales soviéticos.

poder totalitario que ellos mismos habían ayudado a instaurar en sus respectivos países, salen de la prueba, después de la muerte de Stalin, sin haber cambiado en sus convicciones esenciales, pero practicantes de una "dictadura del proletariado" menos cruel para sus hijos. Ellos encarnan su nuevo estilo: autoritario, policial, siniestro, pero soportable, con la condición de que se tome el término en su sentido más elemental, es decir, la sociedad recupera un pequeño espacio de autonomía con respecto al Estado. Con tal que la sociedad no manifieste públicamente su hostilidad al Partido, ya no está obligada a creer lo que éste dice ni a aplaudir lo que hace. Tras haber desatado la crisis más grande de la historia del comunismo, la desestalinización revela a través de sus prosaicos vencedores los límites de sus ambiciones, conforme a los límites de sus posibilidades.

*

Las interrogantes que planteó la desestalinización, por lo demás, se deben más a las implicaciones del texto que al contenido literal, puramente descriptivo e histórico. Al agregar "el culto a la personalidad" al vocabulario del movimiento comunista, Krushev le puso una etiqueta más al repertorio de sus desviaciones; al ponerle un nombre, el hombre que manchó la acción de Stalin, por este mismo acto lo conjuró, según la buena regla. Pero en los hechos, este nominalismo no bastó para contener la historia revelada por el Primer Secretario. Su "informe" se vio dividido entre lo que él relataba y lo que él explicaba: Stalin jugó un rol demasiado importante en la historia del comunismo y fue demasiado celebrado como la encarnación de la historia universal para terminar simplemente, en la memoria revolucionaria, con los rasgos que le pintaron, a lo largo de su vida, sus peores enemigos.

Porque el culto a la personalidad, según Krushev, sólo se refiere a la locura específica de quien lo había convertido en un medio de dominación arbitraria. Se concentra así, en un solo hombre y en su psicología, todo lo que el régimen tuvo de inhumano. Al denunciar el estalinismo en términos estalinistas, se ahorra tanto la dificultad del análisis como el problema de la confesión. Claude Lefort lo dijo muy bien en esa época: "(...) La nueva dirección, al estigmatizar en forma enérgica el culto a la personalidad, ni siquiera se pregunta cómo se pudo desarrollar; por lo general, el culto es obra de quienes lo practican, pero el culto estalinista se presenta como la obra del propio Stalin (...). Evidentemente, los actuales dirigentes, con esta explicación, no se han liberado del famoso culto, se podría decir que sólo han pasado del rito positivo al rito

negativo (...)"²⁶. Un paso que no sólo dispensa de todo esfuerzo de interpretación, sino que impide muy especialmente un análisis marxista. El informe de Krushev, junto con revelar como verdaderas, por boca de la más alta autoridad comunista, una enorme cantidad de acciones y episodios atroces que hasta entonces habían sido mantenidos en secreto o negados, no dice nada que permita repensar en forma novedosa el pasado del movimiento ni su porvenir. En cuanto al pasado, lo que confirma o revela basta para descalificar a todos los militantes o admiradores del comunismo en el mundo, sin ofrecerles ningún elemento explicativo: como si la Unión Soviética, supuesta patria de la clase obrera y tierra elegida de una ciencia de la historia, hubiese podido caer casi por azar bajo la autoridad asesina de un tirano. En cuanto al porvenir, el regreso a Lenin o incluso a los principios de Lenin es una fórmula que no tiene sentido y es simplemente engañadora; ésta, por lo demás, formó parte del repertorio de Stalin. No define política alguna.

En realidad, la suerte del Vigésimo Congreso y del informe secreto no se juega con respecto al legado de Lenin, sino con respecto a la gestión del universo heredado de Stalin. Ningún texto de Lenin, y con justa razón, puede servir de guía para gobernar el Imperio Soviético. Porque, a pesar de las apariencias, el propio Imperio obedeció a una lógica posterior y ajena al leninismo, la del "socialismo en un solo país". En efecto, fue totalmente concebido y organizado como una vasta fortificación alrededor de la Unión Soviética, formada por países dotados de regímenes idénticos al suyo y sometidos estrechamente a su autoridad, incluso en materia de política interior. Jamás la excesiva centralización del movimiento comunista fue más implacable que durante esos años de posguerra, cuando el "socialismo"

²⁶ C. Lefort, "El totalitarismo sin Stalin", en *Socialisme ou Barbarie*, N° 14, julio-septiembre 1956. Artículo publicado de nuevo en *Elements d'une critique de la bureaucratie* (Gallimard, coll. Tel., 1979) pp. 155-235. La cita se encuentra en la página 168. Cabe notar, en contraste con estas líneas de Lefort, la prudencia casi clerical de Sartre, comentando también el informe Krushev, al día siguiente del desastre húngaro: "Sí, había que saber qué se quería, hasta dónde se quería llegar, emprender reformas sin anunciarlas antes, y hacerlas progresivamente. Desde este punto de vista, quizá el error más grande haya sido el informe Krushev, porque, en mi opinión, la denuncia pública y solemne, la exposición detallada de todos los crímenes de un personaje sagrado que ha representado durante tanto tiempo al régimen, es una locura cuando no se le ha dado antes un nivel más alto y más importante de vida a la población que permita una franqueza de esa naturaleza (...). El resultado fue descubrir la verdad por las masas que no estaban preparadas para recibirla. Cuando uno ve hasta que punto aquí, en Francia, el informe ha sacudido a los intelectuales y a los obreros comunistas, uno se da cuenta cuan poco preparados estaban los húngaros, por ejemplo, para comprender este espantoso relato de crímenes y de dudas, sin una explicación, sin un análisis histórico, sin prudencia (...)", *L'Express*, noviembre de 1956 (citado por Brank Lazitch en *Le Rapport Krushev et son histoire* (Le Seuil, 1976).

se extendió a varios países, pero en todas partes como una repetición del sistema soviético y una prolongación de su preponderancia militar. En este cuadro, la U.R.S.S. aparece a la vez como fortaleza asediada y superpotencia mundial, jugando más que nunca sobre los dos campos de la debilidad y la fuerza.

La espectacular autocrítica de Krushev en Belgrado, en mayo de 1955, seguida del informe secreto (donde Tito es "rehabilitado" una vez más), la disolución del Kominform y la declaración conjunta soviético-yugoslava de junio de 1956²⁷, ponen de manifiesto la voluntad de renunciar a los lazos de dependencia de los partidos y de los países comunistas con respecto a Moscú. A tal extremo que Togliatti, como ya se ha visto²⁸, habla ya de "policentrismo", en una entrevista que aparece el mismo día que el texto firmado en Moscú por Tito y Krushev. Pero, una semana más tarde, sin duda bajo la presión de noticias inquietantes provenientes de Polonia²⁹, se dio marcha atrás: Togliatti es criticado por el *Pravda*, que vuelve a hablar del "rol dirigente" de la Unión Soviética en el movimiento comunista.

El episodio es elocuente en cuanto a las ambigüedades o la incertidumbre de la desestalinización en materia de organización del sistema comunista internacional. Ilustra el poder de desmembramiento, más que de remodelación, que tuvo en esa ocasión la intervención de Krushev en el Vigésimo Congreso. Por una parte, Togliatti se apoya en el reencuentro con Tito para tratar de formar un polo relativamente independiente de Moscú. Por otra, los partidos más reticentes frente al informe secreto temen, más bien, un debilitamiento o un estallido del mundo comunista: Thorez y Ulbricht a la cabeza, presionan a Krushev para que éste no abandone tan pronto las prerrogativas internacionales de Stalin. Paradójicamente, sin embargo, la desestalinización, que ellos no desean, les da mucho más fuerza a sus consejos que antes. Porque al relajarse la centralización del universo comunista internacional, los partidos más o menos nostálgicos de la gran época pudieron también pesar más fuerte en los cónclaves o las consultas internas. En el mismo momento en que éstos echan de menos la disciplina

²⁷ La declaración firmada en común por Krushev y Tito el 20 de junio de 1956, con motivo del viaje del Jefe de Estado yugoslavo a Moscú, habla de la autonomía para cada país socialista de sus vías de desarrollo, y de la indispensable igualdad en el intercambio de opiniones entre ellos.

²⁸ *Cf. supra*, p. 367.

²⁹ El 28 de junio tuvo lugar la gran emancipación obrera de Poznan, que el ejército polaco logró aplastar, pero que a partir de las reivindicaciones salariales provocó consignas antisoviéticas.

del Komintern o del Kominform, se benefician a su vez de la influencia que han adquirido por esta relajación.

Finalmente, gracias a los acontecimientos del Vigésimo Congreso, el Partido chino pasó a ocupar un lugar esencial en el dispositivo comunista internacional. Lugar que le prometía a China, a un mismo tiempo, gravitar más en el mundo, gozar de la autonomía de la victoria revolucionaria de 1949 y hacer brillar la personalidad de Mao Tse-Tung. Pues Stalin, en aquella época, había acaparado para sí toda la gloria de estar al mando del movimiento. No obstante, el Partido Comunista chino no está muy contento con la condenación al culto de la personalidad en el Vigésimo Congreso, porque Mao, bajo Stalin, tuvo su culto "secundario", como todos los líderes nacionales; y, después de Stalin, pensó que podía obtener el rol principal en el elenco. ¿Quién se lo podía disputar al jefe la "larga marcha"? Con el término de la guerra de Corea, en 1954, la dependencia de China frente a la Unión Soviética disminuyó. Y los jefes del Partido chino, con Mao y Chou En-Lai a la cabeza, pesan con mayor autoridad en las decisiones del movimiento. Krushev los fue a visitar en el otoño de 1954. Ellos alentaron la autonomía polaca, respaldaron a Gomulka en el otoño, pero al mismo tiempo presionaron para que los tanques soviéticos intervinieran en Budapest (junto con los partidos checo, rumano, búlgaro y germano-oriental, por lo demás). Hacia fines de 1954, hicieron publicar en el *Diario del Pueblo*, de fecha 29 de diciembre, con un título que refleja la ambición "teórica" del texto, "Las Nuevas consideraciones sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado". Se trata de una réplica al discurso de Tito, pronunciado el 11 de noviembre, en el cual el gobernante yugoslavo, junto con apoyar la triste necesidad de la intervención soviética en Hungría, lamenta que Kádár no haya brindado su respaldo a los "Consejos Obreros". A lo cual el diario chino responde que el "imperialismo" fue la causa fundamental de la insurrección húngara, y después procede a reducir la crítica a Stalin a proporciones controlables. Si bien es cierto que hubo de su parte una tendencia al "chauvinismo de gran potencia", por lo tanto a la dominación del vecino e incluso del hermano, no lo es menos que "si uno quiere hablar absolutamente de estalinismo, se puede decir que el estalinismo es, ante todo, el comunismo, es el marxismo-leninismo"³⁰.

Luego, tras la invasión soviética de Hungría se suscitan comentarios que llegarán a cuestionar, más o menos explícitamente, lo que dijo Krushev en el Vigésimo Congreso. Esto no sorprende en absoluto, porque la

³⁰ F. Fejtő, *op.cit.*, Tomo II, Capítulo 6, p. 143.

insurrección húngara había planteado finalmente, a todo el movimiento comunista, estalinista y anti-estalinista, un asunto de vida o muerte. Había desbordado su lecho, o más bien el lecho que le había asignado de antemano el Vigésimo Congreso: el de un comunismo regenerado. Porque ese comunismo tenía que seguir integrado al conjunto del campo, ya que que Nagy había terminado por evocar un estatuto de neutralidad. Y tenía aún que conservar el poder en manos del Partido Comunista o sus asociados, ya que Nagy había terminado por hacer resurgir el pluralismo político. Por primera vez desde 1917, había aparecido en Budapest el espectro de que el comunismo pudiera devenir en capitalismo³¹. Ni siquiera Tito, en 1948, excluido y expulsado del campo, había renunciado jamás al monopolio del Partido; ahora bien, Nagy había ilustrado este precedente, más temible aún que el comunismo nacional: el comunismo suicida.

Los acontecimientos de 1956 sirven entonces para demostrar cuan imposibilitados están Krushev y sus amigos para redefinir otra política en su propio campo a partir de las revelaciones hechas en el Vigésimo Congreso. La "desestalinización" no es ni una filosofía ni una estrategia, ni una idea ni un programa. La palabra no tiene ni tuvo más que un poder de disolución, un potencial de desorden. Comprendida como una revisión del pasado, puso en duda los dos recursos del régimen soviético: la ideología y el terror. El sistema expuso a la cólera de la opinión pública —de la poca que quedaba— a sus principales actores, formados en una difícil y larga escuela, en el momento en que se les concede a sus víctimas cierta libertad. Es una situación mucho más delicada que la de un régimen autoritario que trata de liberalizarse, puesto que aquél hace algo totalmente distinto: reniega de lo que veneró, y cede la palabra a aquellos que golpeó, con la condición de que éstos hagan una nueva promesa exclusiva al Partido del cual fueron víctimas. Esta cláusula, que implica la mantención de un mínimo de terror, les impide a los que critican a Stalin renovar el repertorio del movimiento comunista. La insurrección de Budapest mostró el *impasse* y estrechó el camino. Mao Tse-Tung cerró el edicto.

El balance de este año crucial en la historia del comunismo es doble: comienza la desintegración del bloque y se acaba el mito de la unidad del cual era portador.

Krushev deseaba una expansión. Como premio a su reconciliación con Tito, había contemplado establecer relaciones más igualitarias e inter-

³¹ La idea es discutida por F. Fejtő, *Histoire des démocraties populaires, op. cit.*, Tomo II, Capítulos, p. 127.

cambios más sinceros entre los partidos comunistas; e incluso quería agregar al "campo de la paz y del socialismo", además de una Yugoslavia convertida en amiga nuevamente pero orgullosa de la originalidad de su régimen, una constelación de Estados del Tercer Mundo con un socialismo de una ortodoxia más que dudosa. Puesto que la desestalinización debía reforzar la autoridad moral de la Unión Soviética, la coexistencia pacífica haría de ella el centro de la dinámica de progreso, destinada a reducir aún más la parte del mundo que permanecía sometida todavía al yugo imperialista. Hipótesis doblemente ilusoria, puesto que con la denuncia a Stalin las sospechas sobre el acusado se extienden a sus acusadores, y el alejamiento de una amenaza de guerra tiende a quitarle a la centralización una de sus más grandes razones de ser, sin aportarle ninguna nueva.

A fines de 1956, estas lógicas asociadas dieron sus frutos. El mundo comunista se encuentra dividido entre los ultra y los adversarios de la desestalinización. Los primeros terminaron por cuestionar los cimientos mismos del régimen comunista, en Hungría. Los segundos, por su resistencia al nuevo rumbo que toma Moscú, comprometen esta tradición de centralismo externo, pero en secreto echan de menos la época y el inspirador. Las dos facciones abrieron juntas el surco del "policentrismo".

El creciente resplandor de la China revolucionaria y de la persona de Mao —el único comunista, junto con Tito, pero a otra escala, que después de Lenin haya conquistado el poder por sus propios medios— se injertó en este debilitamiento general de la autoridad de Moscú. Las otras Repúblicas satélites recibieron el poder de manos del Ejército Rojo. Tito lo había conquistado solo, antes del colapso de los nazis, y pese a Stalin³². Mao, a lo largo de toda su acción, había orientado la estrategia del Partido Comunista chino en forma independiente de Moscú: las dimensiones que tenía la China le daban a esta independencia un formidable potencial poder de separación. Los sucesores de Stalin lo comprendieron, pero no podrán conjurar la ame-

³² A la cabeza del Comité Antifacista de Liberación Nacional, Tito y sus partidarios escapan de la aniquilación gracias a la capitulación de los italianos en septiembre de 1943. En el otoño recibe el apoyo de los británicos que abandonan al monarquista Mihailovic y sus Tchetniks que se aprovecharon de los alemanes y los italianos. En cada comuna liberada, se instala un comité popular encargado de la administración, y cada región es dirigida por este consejo antifacista controlado por los comunistas. Esta estructura es reforzada por la de los comisarios que hacen de nexo entre el ejército de liberación y las autoridades civiles. Tito se convierte en el dueño del país con la llegada del Ejército Rojo que ayuda a los partisanos a tomarse Belgrado el 20 de octubre de 1944. La guerra continúa hasta mayo de 1945, el ejército popular se libra de una masacre en Eslovenia donde se refugiaban los croatas y los oustachi.

naza por mucho tiempo sin renunciar a su prerrogativa en el movimiento comunista internacional. Mao los apoyó en el problema húngaro, pero no sin algunas amonestaciones doctrinarias, lo que le dio a este apoyo un carácter implícitamente condicional. En todo caso China es demasiado grande, demasiado poblada, demasiado importante para ser un socio sometido a la política mundial de la U.R.S.S. La desestalinización a la manera de Khrushchev le proporcionará el espacio ideológico para su independencia como Estado.

Entonces, es el fin del "socialismo en un solo país". El sistema había sobrevivido, pese al cisma yugoslavo, a la absorción de los Estados nacionales de Europa Central y Oriental al interior de un Imperio casi tan centralizado como la propia Unión Soviética. Pero la desaparición de Stalin, seguida de la "desestalinización", abrió el campo a las fuerzas centrífugas, por el doble efecto del relajamiento del terror y de un cierto margen de juego en el interior de la ideología. Un movimiento que comienza, en forma bastante natural, en la periferia europea del Imperio y que muy pronto encuentra sus limitaciones allí, pero no su fin: las revueltas de 1953-1956 dejaron en esta parte del mundo comunista, incluso al interior de los partidos comunistas, recuerdos que no se olvidan. El sentimiento nacional, la exigencia de una democracia, el deseo de vivir mejor alimentarán casi en todas partes, en distintas dosis, fuerzas centrífugas que la Unión Soviética podrá contener pero no extinguir; tolerando mejor, por lo demás, los comunismos "nacionales" de tipo Ceausescu que los comunismos "liberales" de tipo Dubcek. Finalmente, la abierta disidencia de la China, encarnada también en Europa por la minúscula Albania, a partir de 1960, demuestra que incluso la hostilidad común hacia el "imperialismo" no basta para conservar la unidad de un partido que se dice no sólo de la misma doctrina sino que de la misma interpretación leninista de esa doctrina.

De esta manera se desmorona el mito soviético, atacado por ambos flancos del marxismo-leninismo, por los chinos y por los yugoslavos, por los albaneses y por los italianos; así retrocede la idea comunista, amenazada por la pluralidad. Trotski nunca logró darle vida política a un anti-estalinismo de izquierda. Después de los polacos y los húngaros, Tito y Mao, asociados por lo menos en el objeto de sus críticas, le dan cuerpo, pero sólo después de la muerte de Stalin, a un comunismo antisoviético. La idea comunista sigue siendo poderosa en el mundo, pero su encarnación territorial es desafiada. Roma ya no está en Roma.

Ha llegado la hora del "revisionismo": la de la palabra que expresa mejor el tambaleo de la estatua sobre su pedestal. Ella evoca el comienzo del fin del mito soviético, pero sin designar una figura para reemplazarlo: a

diferencia de su primer uso, cuyo objetivo era excluir a un disidente de la ortodoxia, de ahí en adelante está a disposición de todos un poco, dentro de una cadena de acusaciones recíprocas, como si hubiese desaparecido hasta la idea de un modelo. Kruschev tuvo mucho cuidado de no emplear la palabra, y prefirió la afirmación más tranquilizadora de un regreso al leninismo antes que la peligrosa idea de una "revisión, como si la única guía de la revolución hubiese sido la tradición. La incoherencia de su intención se debe a que, aunque él no lo quiera, es más sucesor que renovador. Es el heredero de un gigantesco legado que comprende una agricultura arruinada, la industrialización burocrática, una sociedad nueva, el Imperio Soviético extendido hasta Praga, la carrera armamentista y el movimiento comunista congelado por el servilismo. No tiene más posibilidades de volver a Lenin que las que tuvo Luis XVIII, en 1814, de restaurar el Antiguo Régimen. Al atacar a Stalin, sin saberlo y más aún sin quererlo, abrió el camino de la revisión.

Los primeros en embarcarse habían sido los yugoslavos, en 1948, y el viaje de reconciliación de 1955 les reconoció el derecho. Derecho que usaron con moderación, por lo demás, puesto que Djilas³³ y, después de él, Kardelj³⁴, fueron condenados por Tito por haber criticado el monopolio político del Partido. Al año siguiente, los acontecimientos polacos y más aún los húngaros demostraron la inconsistencia de una simple "corrección" de errores pasados. Más allá del terror, cuestionan la miseria de los obreros, la falta de democracia política, el sometimiento nacional. En Hungría, la "revisión" llegó a tal extremo que constituyó una amenaza para el propio régimen. En ambos casos su amplitud sólo se enfrenta con los imperativos de la geopolítica y la razón de Estado soviéticas. Gracias a esto, la idea de un socialismo reconciliado con la democracia y con el país sobrevive a su fracaso con tanto más fuerza cuanto que recibió un apoyo espectacular de los intelectuales y los obreros. Una idea que no cesará de agitar a las sociedades de Europa Central y Oriental hasta el interior mismo de sus partidos comunistas.

En sentido inverso, en los años siguientes, Mao y los comunistas chinos se dedican apasionadamente a conjurar esta amenaza constante a la

³³ Milovan Djilas puso de manifiesto, a partir de 1953, la contradicción que existe entre la idea de una autonomía en la gestión de una empresa y la administración y existencia de un partido único con disciplina leninista. Cf. *Anatomy of a Moral* (Nueva York: 1959).

³⁴ Edouard Kardelj, Vicepresidente del Estado Yugoslavo, recalcó la importancia de los "Consejos Obreros", que la revolución húngara reveló como los mejores instrumentos políticos de una sociedad socialista.

ideología del movimiento: primero, ayudando a los soviéticos a cerrar la brecha, en 1956-1957, y luego reivindicando para ellos mismos el privilegio de la ortodoxia. La unidad ya no está principalmente comprometida por los desbordamientos de los diques trazados por el Vigésimo Congreso. Es cañoneada por la crítica de los hombres del Vigésimo Congreso. He ahí a Krushev convertido, personalmente, en el "revisionista" por excelencia, en el sentido más clásico del término: sepultador del comunismo. El lanzamiento del Sputnik no borrará este comienzo de separación ideológica, lo cual no deja de tener su lado grotesco cuando Albania se constituye en polo europeo del marxismo-leninismo "ortodoxo". La idea comunista no sobrevivió intacta por mucho tiempo al Imperio Comunista y a la muerte de su fundador.

Finalmente, el efecto de la disociación provocada por el informe secreto también se puede observar en el comunismo occidental, con el ejemplo de sus dos grandes partidos, el italiano y el francés. Éstos, en verdad, jamás se tuvieron demasiado simpatía; pero desde el fin de la guerra tuvieron, en gran medida, vidas paralelas y políticas comparables, puesto que ambos obedecían al mismo centro, partidos hermanos más a la fuerza que por amor, libraron la misma batalla en la retaguardia del adversario.

Pero la muerte de Stalin creó una situación nueva³⁵. Es más, Thorez y Togliatti son veteranos del Komintern, jefes prestigiosos no sólo en casa sino en Moscú. Discípulos incondicionales de Stalin, no tienen las mismas razones para inclinar sus pasados delante de Malenkov o delante de Krushev. Conocen bastante bien el lenguaje oficial (*langue de bois*) para comprender lo que se está preparando en Moscú desde 1953, detrás de las consignas de la "dirección colectiva" y el acento en la coexistencia pacífica. El informe secreto de febrero de 1956 nombra al vencedor, al menos provisorio, de la batalla de la sucesión, y consagra el precio que hay que pagar para estar en su campo: la denuncia del culto a Stalin. El movimiento comunista se descentralizó *de facto* en el momento en que ofrece a sus grandes jerarcas la elección más difícil de su vida, puesto que se trata de su propia identidad.

Thorez y Togliatti conocieron muy pronto el informe secreto en Moscú. Ellos están a la cabeza de dos partidos demasiado poderosos, demasiado arraigados en sus países para que una revisión, incluso de esta magnitud, constituya una amenaza a su existencia, como fue el caso con lo que quedaba

³⁵ Marc Lazar, *Maisons rouges. Les partis communistes français et italien de la Libération a nos jours* (Aubier, 1992).

del comunismo norteamericano³⁶. Pero, ¿cómo maniobrar para minimizar los daños, junto con disociar sus cargos y sus personas de este "culto a la personalidad", del cual ellos fueron instrumentos e imitadores a la vez, además de sus beneficiarios? Como lo demostró Marc *Lazar*, ambos líderes adoptan durante dos meses, en la primavera de 1956, una táctica parecida, adelantándose a los hechos, porque el texto completo del informe secreto aún no se conoce, pero recordando también los méritos de Stalin en la construcción y la victoria del socialismo soviético. Ambos comparten un desprecio por el *amateurisme* de Krushev, que los expone, a ellos y a todo el movimiento, a un riesgo tan desconsiderado; sin embargo, a partir de junio, cuando las "revelaciones" del Primer Secretario, ya publicadas *in extenso*, han llegado al público, ambos toman caminos diferentes. Togliatti da su famosa entrevista al *Nuovi Argomenti*, que lo sitúa, al lado de Tito, en el ala "revisionista" del comunismo; esboza una interpretación del "culto a la personalidad" menos estrecha que la de Krushev, poniendo en el tapete una degeneración burocrática del régimen soviético; sostiene la idea de un "poli-centrismo" del movimiento³⁷. Thorez, en cambio, continúa hablando del informe "atribuido al camarada Krushev" y trata de cerrar el expediente Stalin, apenas abierto. Se apoya en la reacción negativa de la directiva soviética a la entrevista de Togliatti. Una delegación del Partido Francés, enviada en visita de información a Moscú, regresa portadora de la resolución soviética del 30 de junio³⁸, en retirada ya sobre el informe secreto en cuanto a los "errores" de Stalin y poniendo de relieve contra Togliatti el rol dirigente de la U.R.S.S. en el seno del comunismo internacional.

Ambos partidos, el italiano y el francés, aprobarán en noviembre la intervención de los tanques rusos en Budapest: el primero con resignación, el segundo con alivio. El segundo sólo vio en la insurrección húngara un complot del imperialismo; el primero culpa también a los comunistas húngaros. Ambos conocen la fronda de sus intelectuales; el primero le da mayor importancia al debate público, el segundo a las explicaciones de la autoridad respecto de los procedimientos de exclusión. En el fondo, las posiciones respectivas no son demasiado diferentes, puesto que Togliatti rechaza con tanta firmeza doctrinaria como Thorez la idea de las libertades "burguesas" y celebra con la misma intransigencia el "centralismo democrático" en el seno

³⁶ David A. Shannon, *The Decline of American Communism. A History of the C.P. of the United States since 1945* (Harcourt, Brace, 1959).

³⁷ Al comienzo la idea es soviética, formulada en el Vigésimo Congreso. Pero fue abandonada por Krushev entre febrero y junio de 1956.

³⁸ Cf. *supra*, nota 18.

del Partido. Pero, en un sistema ortodoxo, los matices más pequeños asumen el carácter de una señal. Basta que en el Octavo Congreso del Partido italiano, en diciembre, Togliatti haya sacado del olvido la vieja antifona de la "vía italiana al socialismo", para que los camaradas franceses denunciaran a través de Roger Garaudy un peligro de desviación oportunista³⁹. Menos de un año después del informe secreto, pareciera que el efecto más claro de la desestalinización, en Occidente también, no ha sido una mirada más auténtica al pasado, sino una nueva disposición de fuerzas. Desde la muerte de Stalin, el comunismo está menos emancipado de sus mentiras que del puño de hierro que mantiene unidas sus diferentes ramas.

A través de ello revela una característica que será mucho más notoria treinta y tanto años después, a la hora de Gorbachev: su ineptitud para las reformas. Autoriza arreglos dentro de la ideología, para permitir concesiones a las diversidades nacionales en el movimiento. Pero, el rol que sigue jugando en su seno la ortodoxia "doctrinaria" limita el alcance real de estos arreglos junto con hacer absurdamente significativo el más pequeño matiz: de manera que el universo comunista quedó más dividido sin dejar de estar fundado sobre una mentira universal. De ahí en adelante hay un comunismo ruso y un comunismo chino, un comunismo germano-oriental y un comunismo yugoslavo, un comunismo italiano y un comunismo francés, etc. Hijos más o menos cercanos de una misma familia, todos reivindicando el mismo patrimonio y unidos por lo que los separa: una vez muerto Stalin, los "revisionistas" están casi en todas partes, es decir, en ninguna parte. Ello le ofrece una moratoria, e incluso posibilidades de rebote, al debilitamiento del mito central.

*

Cuando comienza este interminable trabajo de reparación, que va a mantener ocupada a la izquierda occidental hasta que desaparecen los regímenes comunistas, un escritor soviético escribió, en su país, el canto fúnebre. Ya lo he citado anteriormente*. Se trata de Vassili Grossman. En esa época nadie lo conocía en Occidente, donde sus libros no habían sido traducidos. Nadie sabrá tampoco, en ese momento, ni siquiera en la Unión Soviética, la profundidad de la crisis moral que lo apartará del comunismo e incluso de Rusia, entre 1952 y 1960. Porque el libro que él escribió en esos años, y que refleja su drama interior, sólo se publicará tardíamente y en Occidente, en 1980⁴⁰. De modo que Grossman no ejerció ninguna influen-

³⁹ Marc Lazar, *op.cit.*, Capítulo 3, p. 101.

⁴⁰ Vassili Grossman, *Vie et destin* (Lausanne: Julliard L'Âge d'homme, 1980).

*N. del E: Se refiere a otra sección del libro del cual forma parte este ensayo.

cia, ni intelectual ni política, sobre sus contemporáneos rusos u occidentales. Lo que lo hace importante, a mis ojos, tiene menos que ver con el reconocimiento postumo de su talento que con la transformación, al parecer tan rápida, de un autor soviético en escritor antisoviético: el primero de la posguerra, si se piensa en Soljenitsyne, que lo sigue muy de cerca y con gran brillo.

Vassili Grossman es un judío ruso, nacido en Berditchev, en el corazón del Imperio Ruso, en 1905. Después de realizar estudios técnicos en Kiev y luego en Moscú, trabaja algunos años como ingeniero antes de abocarse a su vocación literaria, animado por Gorki. Se incorpora al oficio en 1935, con una primera colección de relatos, entre los cuales hay uno titulado *En la ciudad de Berditchev*⁴¹, que había sido publicado en forma separada el año anterior. El título anuncia una historia judía, pero es todo lo contrario: en una de las viejas capitales del hasidismo, Grossman pone en escena, como para conjurar al genio del lugar, a una militante bolchevique, Vavilova, comisaria política del Ejército Rojo en el momento en que la contraofensiva polaca de 1920 amenaza a Ucrania occidental. Vavilova está embarazada y da a luz un Aliocha entre dos batallas, de ahí en adelante vive desgarrada entre su amor materno y su pasión por volver a entrar a la batalla. Los judíos sólo le dan a esta historia la importancia de un relato de color local: los berridos de las mujeres, la vacilación de los hombres cuando tienen que tomar partido, la estrechez familiar del *shetl*. La inspiración de la novela está en consonancia con el espíritu del régimen y con la de sus directivos: Grossman no es un escritor judío ruso, es un escritor soviético.

Es una situación bastante confortable, si se sacrifica la independencia. Es sólo una "situación": para todos los miembros de la Unión de Escritores la vida material es relativamente fácil. Grossman, por lo demás, no tiene nada de cínico; profesional de los temas del Partido, apóstol de la buena causa, él quiere ennoblecer estos temas obligados con un verdadero trabajo literario, inspirado en la tradición tolstoiana. La guerra civil, la guerra de intervención, la guerra ruso-polaca, la producción, los *kolkhozes*, la revolución, el heroísmo militar y civil de los bolcheviques: en el fondo y en la forma Grossman es un buen obrero del realismo soviético⁴². A la

⁴¹ Vassili Grossman, *La route. Nouvelles* (Julliard-L'Âge d'homme, 1987), pp. 11-26.

⁴² Su gran novela de preguerra, *Stephan Koltchouguine*, una trilogía de la cual sólo escribió los dos primeros tomos, relata la historia de un joven huérfano, obrero desde muchacho, que se hizo militante bolchevique clandestino y es deportado a Siberia en la Rusia de los zares. En el tomo que no escribió, él se iba a convertir en uno de los jefes del Komintern. Cf. Simón Markish, *Le Cas Grossman* (París: Julliard-L'Âge d'homme, 1983), pp. 46-47.

inversa de Soljenitsyne, no se dedicó a la literatura por rebeldía. El se instaló allí como en un oficio protegido que poco a poco será asediado por un espíritu de rebeldía.

La guerra debería haber sellado el espíritu soviético de este niño judío de los confines polaco-ucranianos. De hecho, ella comienza a hacerlo dudar de ese espíritu. Grossman sigue al Ejército Rojo durante cuatro años, en calidad de corresponsal del principal periódico del ejército, el *Krasnaia Zvezda*. Es uno de los hombres que ha conocido mejor ese lugar apocalíptico que fue el frente germano ruso, la terrible retirada del Ejército Rojo, Stalingrado y las sucesivas arremetidas de la contraofensiva que en dos años llevarán los estandartes soviéticos hasta Berlín. Junto con apreciar el patriotismo ruso, pudo evaluar los crímenes nazis a lo largo del territorio reconquistado. En una de sus crónicas de guerra trata de describir "el infierno de Treblinka"⁴³. El escritor llegó al sitio del campo nazi con el ejército soviético, a comienzos de septiembre de 1944, poco menos de un año después que los alemanes lo "cerraron" tratando de borrar cualquier huella. Pero él mira, sospecha, se informa en los alrededores y adivina la dimensión industrial del crimen. Su artículo, publicado en noviembre en *Znamia*, constituye uno de los primeros grandes textos sobre los campos de exterminio del Este polaco, Treblinka, Sobibor, Belzec, Birkenau⁴⁴. No hay ningún periodista autorizado que haya descrito mejor que Grossman el carácter de lo que estaba en juego en la guerra antinazi. Ningún escritor soviético pudo imaginar como él la desgracia judía ni tuvo el valor de hablar de ella.

Un texto un poco anterior lo da a entender. Publicado en 1943, el relato⁴⁵ transcurre durante el mes de junio de 1942 en una aldea de Ucrania,

⁴³ Una colección de crónicas de guerra de Grossman, consagradas a la batalla de Stalingrado, fue publicada en francés a partir de 1945, en las ediciones France d'abord: *Stalingrad, choses vues*. Paralelamente, en la misma época, apareció un folleto su largo artículo sobre Treblinka, *L'Enfer de Treblinka* (B. Arthaud, 1945). Últimamente, se puso a disposición del público francés una nueva colección más importante bajo el título *Années de guerre* (Ed. Autrement, 1993), con una nota final de Alexis Berelowitch. Lamentablemente, se le han suprimido los pasajes que hoy son juzgados como más "estalinianos". Este tratamiento postumo es tanto más injustificado cuanto Grossman puso en la guerra antinazi sus esperanzas de una liberalización del régimen soviético (cf. Simon Markish, *op. cit.*, pp. 54-56).

⁴⁴ Grossman "adivina" más que observa el infierno de Treblinka, puesto que el campo fue destruido por los alemanes después de la insurrección, el 2 de agosto de 1943, con los miembros de los Kommandos que hacen funcionar la máquina de la muerte. Su artículo es extraordinario, no tanto por la precisión documental como por su intuición horrorizada de lo que ocurrió en esos lugares convertidos en "naturales".

⁴⁵ La novela se titula "Le vieux professeur" ("El viejo profesor"), en *La Route. op. cit.*; pp. 169-198; y "Le vieil instituteur" ("El viejo maestro"), en *Années de guerre, op. cit.*, pp. 29-66.

como la que lo vio nacer a él, en el momento en que arriban los alemanes e imponen el régimen del ocupante. Cuenta la historia de la eliminación de los judíos de la localidad, conducidos al borde de una quebrada y ejecutados en masa un poco más tarde; el viejo profesor, el héroe de la novela, estoico y sabio como un rabino, les explica "lo que sucede en el mundo" a sus compatriotas que van a morir: "Los fascistas crearon un gran presidio universal, paneuropeo, y para hacerse obedecer por los presidiarios construyeron una enorme escala de la opresión. Los holandeses viven peor que los daneses, los franceses viven peor que los holandeses, los checos viven peor que los franceses; la suerte de los griegos, los serbios y los polacos es peor, pero aún peor es la de los ucranianos y los rusos. Esos son los grados de la escala. Mientras más se descende, más sangre, esclavitud y sudor hay. Y en lo más bajo de esta inmensa prisión de varios pisos hay un abismo al cual los fascistas han condenado a los judíos. Su fatalidad debe aterrorizar a toda la prisión europea, para que cada destino, por más espantoso que sea, parezca la dicha comparada con la suerte de los judíos. Y me parece que el sufrimiento de los rusos y de los ucranianos actualmente ha llegado a tal extremo que el tiempo les vino a demostrar que existe una suerte más atroz aún: 'No se quejen, estén orgullosos, sean felices de no ser judíos'"⁴⁶.

El argumento del viejo profesor vale lo que vale. Al menos muestra que Grossman es uno de los primerísimos escritores, en el mundo de aquella época, que se interroga sobre el genocidio judío: sobre la ferocidad de los verdugos pero también sobre la angustia de las víctimas. "¿Qué se puede hacer?" dice Mendel, el embaucador. Es el destino. Una vecina le dijo a mi hijo: "Iachka, no pareces judío, escápate de este pueblo". Mi Iachka le respondió: "Yo quiero parecer judío; adonde lleven a mi padre, ahí iré yo también"⁴⁷. Grossman es como este niño. Quiere "parecer judío", a pesar de la ortodoxia soviética⁴⁸.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 183.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 193.

⁴⁸ Algunos meses después de la publicación del "Viejo profesor", Grossman volverá sobre el tema de las masacres de judíos en Ucrania, en un ensayo del 12 de octubre de 1943, titulado "Ukraine" y publicado en *Krasnaia Zvezda (La Estrella Roja)*. En esta época, el escritor no habla más a través de fuentes indirectas. En el territorio reconquistado por la ofensiva del ejército soviético en el arco Urales-Koursk, pudo ver la masacres de judíos cometidas por los nazis en la margen izquierda del río Dniéper, especialmente en Babi Yar, cerca de Kiev. Pero sólo habla de pasada para no exponerse a la censura: porque la línea oficial es no poner de relieve los crímenes cometidos contra los judíos, con el pretexto de no alimentar en la U.R.S.S. la idea de una guerra conducida para defender a los judíos. Por el contrario, las informaciones sistemáticas sobre el genocidio judío serán publicadas en el periódico *Einikeit (Unidad)*, órgano del Comité Judío Antifascista, publicado en idioma yiddish y difundido en Inglaterra y en los Estados Unidos. Grossman hará publicar en noviembre-diciembre de 1943 un ensayo titulado "Ucrania sin judíos".

Sin embargo, no se convirtió en judío-ruso, como Babel. El quiere ser un escritor ruso, como Tcheckhov, como Tolstoi, que fueron sus modelos. Y el tema de su vida sigue siendo la grandeza del pueblo ruso, en medio de las pruebas más grandes de su historia. Grossman siguió al Ejército Rojo a Stalingrado, donde nació la obra que iba a ocupar el resto de sus días. Es un libro concebido sobre el modelo de *La guerra y la paz*, libro interminable, con cien personajes y con intrigas entrecruzadas, construido, sin embargo, en torno a una familia central que pone en escena el pueblo en guerra. La batalla de Stalingrado es para él la prueba de la verdad, y el título de su obra debería haber sido el de la villa mártir, pero tuvo que ser cambiado, por intervención del poder, a *Por una causa justa*. Título que es a la vez más opaco y más "soviético", con el cual las autoridades, después de la guerra, hacen volver a las filas a un autor que se ha convertido en sospechoso. En efecto, el gran manuscrito atraviesa un período difícil con la censura entre 1945 y 1952; primero publicado como extractos cuando aún no estaba terminado, luego es suspendido durante largo tiempo porque no se menciona lo suficiente a Stalin y se habla demasiado de los judíos⁴⁹. Finalmente, aparece en 1952, pero por partes; tuvo una buena acogida del público, pero también fue objeto de un violento ataque de la prensa, teleguiado desde arriba, a la manera soviética. El asunto es descrito detalladamente en los dos libros dedicados a Grossman sobre los cuales se apoya mi relato⁵⁰.

¿Se salvó el escritor con la muerte de Stalin, la cual ocurre inmediatamente después? Sí y no. Sí, si uno se imagina que, sin duda, le permitió evitar el Goulag. No, si uno quiere decir con eso que él, gracias a la publicación de su libro en 1954, se ha reintegrado a la literatura soviética. Porque él elige lo contrario. Aislado, se sumerge en la soledad. Cuando aparece, al fin, *Por una causa justa*, en la época de la "dirección colectiva", comenzó a retomar su obra. Con el pretexto de escribir un segundo tomo, consagrado a la batalla de Stalingrado propiamente tal⁵¹, escribe otra versión: mismo tema, mismos personajes, misma ambición, pero esta vez liberado de las prudencias y las concesiones, con un verdadero título tolstoiano, *Vida y destino*. "Como nos enseña la tradición rusa —dice Grossman a un amigo—, los dos sustantivos deben estar unidos por la conjunción y"⁵².

⁴⁹ Semion Lipkine, *Le destin de Vassili Grossman* (Lausanne: L'Âge d'homme, 1989), p. 28.

⁵⁰ Simon Markish, *op. cit.*, pp. 90-94; Sémission Lipkine, *op. cit.*, pp. 32-35.

⁵¹ El relato de *Por una causa justa* se sitúa entre junio y septiembre de 1942.

⁵² Sémission Lipkine, *op. cit.*, pp. 44-45.

¿Que fue lo que separó al Grossman de *Por una causa justa* del Grossman de *Vida y destino*? ¿El Grossman de posguerra —autor sospechoso ya, pero autor soviético todavía—, al revisar las revistas autorizadas para publicar su libro sigue transando con la censura; y el Grossman después de Stalin, que en apariencia ha ganado la partida, pero que entra ahora en un exilio interior, vuelve a escribir otro libro convertido en escritor ruso? *Por una causa justa* aparece finalmente, pero por entregas sucesivas, bajo Stalin. El manuscrito de *Vida y destino* es confiscado por la K.G.B., bajo Kruschev, en febrero de 1961⁵³. Contraste paradójico que dice todo sobre el trabajo de la libertad en Grossman y sobre las contradicciones del kruschevismo.

En realidad, el tema del libro indica bastante de dónde ha surgido el desencanto del escritor: en la guerra, y su cortejo de sacrificios y esperanzas. Al poner al servicio de la patria el coraje primitivo y estoico del pueblo ruso, se lo ha puesto asimismo al servicio de la libertad, porque el enemigo que hay que vencer es la Alemania de Hitler⁵⁴. A la vez que una cruzada antinazi, la guerra aparece de este modo como una redención democrática del régimen, conjurando los malos recuerdos en nombre de un mañana más libre. La esperanza que tienen Pasternak o Grossman no es diferente de la ilusión de Roosevelt respecto de Stalin: todos pensaron que la guerra contra Hitler tenía una lógica inevitable. Pero las cosas se dieron de otra manera, y el régimen de Stalin sale inalterado de su victoria. Y esto no es decir demasiado: a su panoplia de odio y de persecución, Stalin agrega a los judíos, o al menos a aquellos que salieron vivos del genocidio hitleriano. El antisemitismo soviético es más fuerte después de la guerra, y más alentado

⁵³ Grossman confió su manuscrito a varias revistas. De allí pasó a las manos de Souslov quien, cuando recibe al autor algunas semanas después de la incursión de la K.G.B., le asegura que debe "olvidar" su novela, y agrega: "Tal vez pueda ser editada en unos doscientos o trescientos años".

⁵⁴ Este sentimiento se expresa de manera muy sutil, invirtiendo el tradicional relato de Pasternak sobre la Rusia-Alemania en un reportaje efectuado sobre el frente, en septiembre de 1941, junto al Tercer Ejército Soviético, que acaba de publicar Orel. Este reportaje fue expurgado por la censura antes de aparecer en *Troud*, el periódico de los sindicatos, en noviembre de 1943. La cita se extrajo de un pasaje censurado: "Lo que impacta en el hitlerismo es la pérdida de la superioridad política de Alemania. La dignidad de la nación ha sido sacrificada, para jugar sólo un papel secundario. El país ha sido a la fuerza reducido a nada más que un comentario reaccionario de la historia rusa. Si alguna vez la Rusia revolucionaria tuvo necesidad de un espejo deformador que disfracara su rasgos en una mueca de odio o ignorancia, hélo aquí; Alemania estaba destinada a producirlo". Cf. Boris Pasternak, *A Journey to the Army*, traducido por Halina Willems, en *Novi Mir, A Selection 1925-1967* (Londres: Editions Michael Glenn, 1972) p. 247. He reducido el texto en inglés.

por el poder, que en ningún otro período de la historia de la U.R.S.S., y culminará con la gran campaña "antisionista" entre 1949 y 1953. ¿Cómo podría Grossman, ese ruso-judío testigo deliberado de la desgracia judía, estar autorizado a apropiarse de Stalingrado, ese monumento a la gloria del régimen estalinista?

De este modo, la guerra agravó la suerte de la nación. Ganada al precio de sus extraordinarias virtudes por un pueblo ingenuo que confió en Stalin, vino a fortalecer un poder totalitario comparable al vencido. ¡Los rusos, y los judíos rusos entre ellos, se equivocaron cuando renunciaron a odiar a sus jefes! La guerra fue un sacrificio inútil. Ese es el espíritu desesperado de *Vida y destino*, uno de los libros más tristes del siglo.

En efecto, en él se juzga la guerra con respecto a la esclavitud que permitió vencer, pero también sobre la que consolidó: una guerra admirable por el heroísmo simple que despliega el pueblo ruso y, sin embargo, sin salida, puesto que cualquiera de sus vencedores era deplorable: Hitler o Stalin. El dilema de Grossman es más insoluble que el de Stauffenberg⁵⁵. En el caso del joven aristócrata alemán, la elección está entre la derrota de la patria que, no obstante, será liberada, y su victoria que la hará definitivamente cautiva, con toda Europa, del aventurero nazi: elección dramática, pero posible. La vía de la libertad y del bien pasa por un calvario nacional, pero existe. Para el autor de *Vida y destino*, el cautiverio del pueblo ruso está sellado en las dos hipótesis, bajo Hitler y bajo Stalin. ¿Qué hacer de ahí en adelante? ¿Ayudar a Hitler?, por ningún motivo. Grossman comprende lo que hizo actuar a Vlassov, pero no lo aprueba. Las atrocidades cometidas por las tropas nazis en Rusia y en Ucrania hacen aún más imperioso el deber natural de combatir por la patria. Pero, al defender la tierra rusa, el pueblo aprieta el nudo corredizo que lo estrangula; aporta todas sus fuerzas a la dictadura, y corre el riesgo de exportarla a toda Europa... De modo que ninguna elección es buena, sólo hay una elección menos mala, pero mala también, pese a la valentía que la acompaña. Hay un pueblo que sufre, elegido por la desgracia de la época, condenado a ser atacado violentamente incluso por sus virtudes.

Esta desgracia constituye el telón de fondo de la novela, y es como el murmullo constante de los personajes, soldados y civiles. Al interior de ese orden todos han padecido tanto, que la guerra hace que sus sufrimientos, al menos, valgan la pena. El testigo de todo es una vieja campesina, Krysta Tchouniak, que un día acoge providencialmente en su *isba* al cho-

⁵⁵ Principal actor del complot del 20 de julio de 1944 contra Hitler.

fer Semionov, que ha sido evacuado moribundo de un convoy de prisioneros de los alemanes en Stalingrado. El enemigo lo estaba dejando morir de hambre. Ella recuerda que los suyos habían hecho lo mismo con ella. Había quedado viuda doce años antes: "El pueblo estaba lleno de gemidos dulces y quejumbrosos; los niños, como pequeños esqueletos, se arrastraban por la tierra, en los *isbas*, gimiendo. Los hombres, con los pies hinchados de líquido, vagaban sin destino, incapaces del menor esfuerzo. Las mujeres buscaban algo para cocer, todo ya había sido hervido, todo ya había sido devorado: ortigas, bellotas, hojas de tilo, zuecos, huesos viejos, cuernos que andaban tirados en los traspatios, pieles de oveja... Y los mozos gallardos que llegaban del pueblo iban de casa en casa, pasando delante de los muertos y los agonizantes, abriendo las bodegas, perforando los graneros, auscultando el suelo con varillas de hierro: buscaban y requisaban 'el grano que ocultaba a los koulaks'. Un día de verano sofocante, Vassili Tchouniak dejó de respirar. Justo en ese momento, los jóvenes del pueblo habían entrado de nuevo a su casa, y un muchacho de ojos azules, que pronunciaba las "r" como ruso, igual que Semionov, dijo, mirando el muerto: 'Estos koulaks resisten hasta reventar'"⁵⁶.

El otro año negro, la cúspide del terror antes de la guerra, es 1937, cuando hubo tantas y tan imprevisibles detenciones en el Partido Bolchevique: la depuración de todos los funcionarios superiores de la nación. *Por una causa justa* le concede a los bolcheviques un gran lugar, pero no a su parte maldita. En *Vida y destino* se vuelven a encontrar los mismos personajes, apesumbrados por la tragedia. El más complejo es Krymov, el secretario del Comité Regional de Stalingrado, veterano del Komintern y de la retórica oficial del partido (*langue de bois*), pese a que estuvo muy cerca de ser detenido en 1937-1938. Solitario, abandonado por su mujer, vuelve a encontrar un rol en Stalingrado, donde se siente un extraño porque el pueblo había renacido allí: "La gente tenía hermosas relaciones en Stalingrado. La igualdad y la libertad campeaban sobre esta ribera de arcilla regada de sangre"⁵⁷. Internacionalista abstracto, había perdido el uso de la forma de hablar de la nación. Finalmente, no puede escapar al arresto en plena guerra: signo que el reino de las denuncias sigue vigente en el Partido, y que la burocracia de Stalin no ha perdido nada de su poder absoluto. Es esa burocracia la que ganará la guerra, arropada en el nacionalismo, ocupando el lugar de los verdaderos vencedores.

⁵⁶ *Vida y destino, op. cit.*, p. 530.

⁵⁷ *Vida y destino, op. cit.*, p. 213.

De allí que el antisemitismo, objeto de un rechazo moral en todas partes del mundo después de la guerra, sobrevive e incluso prospera, promovido por el Estado, en la Unión Soviética de Stalin. Como patriota ruso, Grossman está obsesionado con la masacre de los judíos por los nazis: raro personaje, e incluso excepcional, en un país donde el idioma oficial sólo reconoce las víctimas del nazismo en general, y donde lo que existe de oposición "rusa" a los soviéticos tiende a reprochar a los judíos su participación en el movimiento comunista. Grossman considera el genocidio antisemita como el acontecimiento que marca la primera mitad del siglo, "período de exterminio total de grandes masas de la población judía, exterminio fundado en teorías sociales o raciales"⁵⁸, y agrega: "El mundo actual lo calla con una discreción bastante comprensible". Observación válida para casi todo el mundo, pero por excelencia en la U.R.S.S., donde el antisemitismo llega a su apogeo después de la guerra, bajo la misma forma estatal que tuvo en Alemania: "En los Estados totalitarios, donde la sociedad civil no existe, el antisemitismo sólo puede ser estatal. El antisemitismo estatal es el signo de que el Estado trata de apoyarse en los idiotas, los reaccionarios, los fracasados, en la estupidez de las supersticiones, la venganza de los hambrientos. En su primera etapa, este antisemitismo es discriminatorio... Luego el antisemitismo estatal pasa a la etapa de exterminio"⁵⁹.

De modo que el libro de Grossman está íntegramente estructurado en torno a la comparación de los dos totalitarismos, en guerra el uno contra el otro, privando así de una victoria al pueblo ruso, puesto que el enfrentamiento no contempla el campo de la libertad. Al combatir el comunismo, Hitler promete una servilismo parecido, quizá peor. Al combatir el nazismo, Stalin busca extender su poder absoluto. Ambos quieren destruir el instinto más noble del hombre, el de la libertad. Ellos lo condenan a un *destino* de esclavitud, en circunstancias que la vida humana consiste en ser libre: libre como los soldados que defienden Stalingrado.

De allí la importancia del tema de los campos de concentración, la institución común a ambos regímenes, mediante el cual Grossman vuelve a tratar en forma novelada el tema de Hanna Arendt (que al parecer no leyó). Su relato no deja de ir y venir de los campos de concentración alemanes a los campos soviéticos y vice-versa: del mundo de los zeks en la taiga siberiana al de los prisioneros, rusos y no rusos, enmarcados por los miradores nazis. Una tarde de 1943, detrás de uno de esos miradores, en el bloque especial donde están confinados los viejos bolcheviques, que ahora son

⁵⁸ *Vida y destino*, p. 197.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 459.

objeto de un interés especial de parte de la Gestapo, uno de ellos, un comandante soviético tomado prisionero en Stalingrado, no encuentra otra cosa para definir el sentido de la guerra más que el odio que siente el fascismo por el comunismo. Frente a sus camaradas, vuelve a esgrimir el argumento de Stalin: "Nuestro padre tiene razón, el odio de los fascistas nos debe alegrar. Nosotros los odiamos y ellos nos odian. ¿Entienden? Ahora piensen lo que significa encontrarse en un campo custodiado por los suyos. Prisioneros de los suyos. Esa sí que es una desgracia. Mientras que ahí, no es nada. Nosotros somos muchachos fuertes, ¡ya lo verán los alemanes!"⁶⁰.

Un poco más adelante en la obra, en el mismo campo, Grossman pone en escena la misma idea bajo una forma diferente, puesto que la comparación entre Hitler y Stalin ahora la traza un oficial nazi. El comandante del campo, Liss, un SS alto, macizo, ha hecho venir a su oficina a un viejo militante bolchevique, Mostovskoi, tomado prisionero en la época del zarismo, pilar del Komintern, incondicionalmente fiel, pero que había sido apartado antes de la guerra por haber simpatizado con Boukharine. Le habla del carácter intercambiable de sus roles: "Veinte horas de vuelo y usted se encontrará en casa, en la Unión Soviética, en Magadan, instalado en el sillón de un comandante de campo. Aquí, con nosotros, usted está en su casa, pero lamentablemente tuvo mala suerte... Cuando nosotros nos miramos, no sólo miramos un rostro odiado, es como mirarnos en un espejo. ¿Tal vez usted no se reconoce en nosotros? ¿No cree que nosotros hacemos lo mismo que usted? ¿El mundo no es acaso igual para usted que para nosotros? ¿Hay algo que lo pueda hacer dudar o detenerse?"⁶¹. De manera que la guerra librada por los nazis no tiene ningún sentido intelectual ni moral, pese a la sobreinversión ideológica de que es objeto. Sólo se nutre de los odios nacionales, por ambos lados, en circunstancias que en ella "se enfrentan dos formas diferentes de una misma esencia: el Estado Partido". Si la Alemania de Hitler sale victoriosa, quedará sola frente a los pueblos, sin socios para compartir el peso de este odio. Si resulta vencida, el nazismo continuará viviendo oculto en el triunfo del comunismo: incluso el odio a los judíos, Stalin lo podrá agregar a su cuenta.

Desconcertado ante la situación, por un instante Mostovskoi es presa del vértigo hacia donde lo lleva el enemigo. Vislumbra que para responder al discurso del oficial SS tendría que rehabilitar las ideas y los hombres que él también ha aprendido a detestar, volver a darle una dignidad filosófica a la moral y a la religión, darles la razón a los cristianos o a los tolstoianos, e

⁶⁰ *Vida y destino*, p. 40.

⁶¹ *Ibidem*, p. 371.

incluso a los mencheviques, en resumen, desautorizar a Lenin y a Stalin. Pero esta confusión momentánea pronto deja lugar a la realidad de la situación, que lo vuelve a llevar a su fe política, que constituye su base psicológica y moral. Mostovskiï piensa en la historia, que está de su lado. Pero encuentra su refugio más seguro en la relación amigo/enemigo, gracias a la cual puede volver a encontrar intacto su odio al adversario.

No creo que sea necesario interpretar esta escena de *Vida y destino* como una manera de ilustrar la equivalencia en el mal de dos regímenes cuyos ejércitos se enfrentan en Stalingrado. El autor coloca el discurso de la identidad en boca del oficial de la SS, quien lo manifiesta con espíritu de provocación y para sondear el estado de ánimo del adversario⁶²: lo que es una primera manera de relativizar su alcance. Además, y sobre todo, a los ojos de Grossman, la batalla de Stalingrado no enfrenta a dos enemigos igualmente detestables; por el contrario, los soldados rusos luchan por defender su tierra, socorrer a su patria, salvar la libertad: incluso los comunistas, puesto que gobiernan el país, están envueltos en esta causa justa, aunque fuese momentáneamente. El heroísmo del Ejército Rojo sirve a los valores morales y a la justicia, salvando a los bolcheviques de las consecuencias de su propia doctrina. De este modo se explica la paradoja aparente, según la cual el escritor ruso que ha sido el más obsesionado por la masacre de los judíos europeos entre 1941 y 1945 es también el que vuelve a trabajar constantemente sobre el paralelo entre el nazismo y el comunismo. Si el martirio judío está omnipresente en *Vida y destino*, desde la reconstitución de los ghettos hasta las cámaras de gases, es porque él define el crimen nazi como algo inaudito, y con ello le da su sentido más brillante a la lucha del pueblo ruso. Pero, lo que la masacre de los judíos tiene de particular no suprime lo que conservan de comparable tanto las filosofías del poder y de la negación de la libertad en los dos regímenes. La guerra justa del pueblo ruso no le quita nada al nihilismo bolchevique, que se disimula mejor que nunca bajo el odio al nazismo. Y la victoria del pueblo ruso anunciará también la hora de un cautiverio sin rescate. Los vaticinios de Liss son también las profecías *postfactum* del autor⁶³.

En Grossman hay algo de Soljenitsyne. El mismo amor por el pueblo ruso, la misma compasión por su desgracia injusta y su bondad traicionada, la misma condena radical del régimen soviético y de la ideología bolchevique,

⁶² *Vida y destino, op. cit.*, p. 444: "Liss sólo quería verificar algunas hipótesis con la esperanza de escribir un trabajo seguro sobre 'la ideología del adversario y sus líderes'".

⁶³ El argumento es desarrollado por Simon Markish, *op. cit.*, pp. 111-112.

el mismo sentido religioso, desapegado en uno y cristiano en el otro. Y Soljenitsyne es arrestado en uniforme, algunos meses antes del final de la guerra, como si su vida encarnase por adelantado el pesimismo absoluto de *Vida y destino*. Es más: a su llegada al Goulag, es recibido, junto con sus compañeros de detención, con el grito "¡Vienen los fascistas!"⁶⁴. Grito de alegría, porque significaba la libertad para los delincuentes de derecho común, amnistiados por Stalin en honor al término de la guerra. "Los de derecho común, que siempre nos habían odiado o despreciado, ahora nos contemplaban con amor, porque nosotros éramos su relevo. Y estos mismos prisioneros de guerra que en el cautiverio en manos de los alemanes habían aprendido que no había en esta tierra una nación más despreciada, más abandonada, más extranjera y más inútil que la rusa, ahora, cuando bajaban saltando de sus carros rojos y de sus camiones sobre el suelo ruso, descubrían en el seno mismo de este pueblo de rechazados que ellos eran la tribu más desafortunada, la más miserable"⁶⁵. De este modo Soljenitsyne escribe un poco la continuación de *Vida y destino*. Los héroes de Grossman, convertidos en los zeks del Archipiélago, están marcados con la infamia por el poder que ellos salvaron; y estigmatizados a través de la ideología del enemigo que derrotaron. Prueba de ello es que Stalin tuvo, más que nunca y contra toda evidencia, necesidad del fascismo después del fascismo, porque éste se convirtió en la figura indispensable de la mentira de su poder. Uno de los aspectos más profundos de *Vida y destino* es esta revelación sutil de la connivencia secreta que une al nazismo con el comunismo, incluso por la guerra.

Grossman murió poco después de la confiscación de su manuscrito. Falleció en 1964, pobre y desesperado, pensando en su obra perdida⁶⁶. De las seis categorías de entierro a las cuales podían aspirar los escritores soviéticos, él obtuvo a penas la quinta, gracias a los trámites de su amigo, el poeta Sémion Lipkine⁶⁷, y por consideración a lo que había sido antes de

⁶⁴ Alexandre Soljenitsyne, *L'Archipel du Goulag, 1918-1956, essais d'investigation littéraire* (París: le Seuil, 1974), Tomo II, p. 143 (3ª Parte, Capítulo 6, "Vienen los fascistas").

⁶⁵ *Ibidem*, p. 142.

⁶⁶ Sin embargo, tuvo tiempo para escribir *La paz sea con vosotros*, producto de un viaje a Armenia, que terminó en 1963, y un admirable relato, *Todo pasa*, terminado también en la víspera de su muerte y publicado a partir de 1970 en Occidente (en Francfort-sur-le-main). Ediciones francesas: *La paix soit avec vous, notes de voyage en Arménie*, prefacio de Simón Markish, (París: Ed. de Fallois-L'Âge d'homme, 1989). *Tout passe* (París: Julliard-L'Âge d'homme, 1984).

En cuanto a *Vida y destino*, un ejemplar de la novela escrita a máquina, que había escapado a la pesquisa de la K.G.B., llegó a Occidente en 1974 gracias a Andrei Sakharov, que había hecho microfilms y los hizo pasar "a Occidente", a Efim Etkind. El texto completo sólo fue publicado, en ruso y en francés, en 1980.

⁶⁷ Sémion Lipkine, *op.cit.*, pp. 123-126.

Vida y destino. Privilegio ínfimo y sin embargo excesivo, porque Grossman ya no era un autor soviético. El mundo descubrirá en él, veinte años más tarde, un gran escritor ruso de origen judío, que es también uno de los testigos más profundos del siglo. En el período inaugurado por el Vigésimo Congreso, gracias a él la novela rusa recuperó su tradición.

EPÍLOGO

Hay algo de accidental en la denuncia que hace Krushev de Stalin. Le imprime tanta pasión a su discurso, que uno siente que hay algo más que un mero cálculo político detrás del "informe secreto" al Vigésimo Congreso: se escucha la voz de un hombre que rompe un tabú y que, llevado por el escándalo de lo que está denunciando, pierde el sentido de su propio efecto. Ese día, en el transcurso de una tarde, Krushev abolió las leyes del lenguaje oficial (*langue de bois*).

No obstante, su discurso también se inscribe en una lógica de la necesidad o, si se prefiere, de la sucesión. En la historia de los regímenes fuertemente identificados con la vida de un hombre, no hay quienes hayan sobrevivido intactos a la muerte del único dueño de la autoridad. El caso de Stalin no es una excepción de la regla. Con un poder tan desmesurado como el suyo, la sucesión sobre una sola cabeza no es aceptable para ninguno de sus presuntos herederos. De ahí a declararla ilegítima, la distancia es tanto más fácil de franquear cuando la consigna de una "dirección colectiva" suena mejor en los anales del marxismo que las proclamaciones de devoción a un Guía. Si la doctrina sirve muy poco para interpretar lo que sucedió, ella es siempre indispensable para adueñarse del presente y del futuro.

Entonces, la partitura para lo que vendría después de la muerte de Stalin estaba escrita, en gran parte, de antemano, sobre una música clásica: cambio y continuidad. Lo que Krushev le aportó fue una habilidad muy poco frecuente en un *apparatchik* formado en la escuela del silencio y del temor, es decir: el sentido de lo dramático y el gusto por el riesgo. Pero, repentinamente, él le da a esta primera crisis de sucesión la anticipación de un fin. Denuncia el terror, del cual fue uno de sus brazos. Denigra a Stalin, a quien ha adulado. Ataca en forma demasiado brutal el pasado del régimen para no tocar su leyenda. Tuvo necesidad de desacralizar a Stalin para manejar en beneficio propio la sucesión del poder soviético; pero cuando decide asumir esta sucesión a través de la discontinuidad, cuestiona el fundamento ideológico. Por una acción de la autoridad suprema del movimiento, los comunistas de la U.R.S.S. y de todo el mundo fueron despojados de una parte esencial de su pasado, del cual, sin embargo, siguen siendo hijos. Nada volverá a ser como antes.

No es que el sistema haya temblado sobre sus bases dentro de la Unión Soviética. Las rivalidades entre los líderes no debilitaron en absoluto la dictadura del Partido sobre el país. La ejecución entre gallos y media

noche de Beria no provocó mayor reacción que las muertes de Zinoviev o de Boukharine, en la gran época de los procesos; la expulsión de Molotov, Malenkov, Kaganovitch, del Comité Central, en junio de 1957, ni la del Mariscal Joukov, en octubre, tampoco tuvieron impacto alguno en una "opinión pública" emergente. Y a partir de marzo de 1958, Krushev acumula sobre su cabeza, como Stalin, los dos cargos claves de Primer Ministro y Primer Secretario del Partido. Hélo aquí investido del poder absoluto, a través del control del Partido, y luego celebrado como un hombre de Estado de una inteligencia incomparable, cualquiera sea la naturaleza de sus iniciativas o de sus caprichos.

Lo novedoso de su gobierno no está, entonces, en una transformación de las instituciones políticas del régimen: el Partido Comunista sigue siendo el amo exclusivo y todopoderoso, la K.G.B. no tolera oposición alguna. Tampoco acepta las reformas económicas: la socialización de toda la producción, el intercambio en manos del Estado y la gestión burocrática de la economía siguen siendo las piedras angulares de la sociedad, como lo testimonia el fracaso de los grandes proyectos agrícolas del Primer Secretario. En fin, su política exterior descende en línea directa de la de Stalin: reforzar el campo del socialismo y, si es posible, extenderlo a costa del imperialismo, al precio de un formidable esfuerzo técnico en materia militar. O, en su defecto, de una verdadera ferocidad política: el Muro de Berlín, esta invención tan extravagante que uno creería que fue levantado en otra época de la humanidad, data de 1961. Krushev proclama en todo el mundo que él, más que nunca, es fiel a la ambición de todo bolchevique: enterrar el capitalismo.

¿Qué fue lo que le dio, de ahí en adelante, ese estilo iconoclasta a su acción y una fama tan duradera a su persona? Simplemente esto: él encarnó el fin de los asesinatos políticos y del terror masivo. Venció a sus rivales, no los eliminó; sin embargo éstos se tomarán su revancha en 1964, pagándole con su misma moneda. No hizo nada por reducir la arbitrariedad de la policía del Estado e incluso instituyó, en 1957, la persecución de los "parásitos", ofreciendo así un blanco para las denuncias y un pretexto para la K.G.B. Pero el país no volverá a ser sometido a represiones comparables con el martirio de los campesinos ucranianos, el terror de los años 1936-1938, ni la deportación masiva de los pequeños pueblos. Por otra parte, ¿qué más dice el informe secreto? Krushev no hace una profesión de fe liberal en él; no presenta ninguna idea política nueva; no imagina un socialismo distinto; cuando ataca a Stalin no ataca al sistema, ni siquiera sus métodos, simplemente ataca todo lo que el terror tiene de horroroso, universal y casi demencial.

La Unión Soviética, durante el gobierno de Kruschev, pasa del estado totalitario al estado policial. Utilizo estos dos adjetivos no tanto para definir con una precisión ilusoria dos estados de una sociedad política sino para marcar su evolución fijándole adjetivos. Es evidente que bajo Kruschev, y después de él también, la U.R.S.S. conserva sus características totalitarias: por ejemplo, la voluntad del Estado de controlar el pensamiento a través del lenguaje y de poseer un pueblo que no pueda expresarse sino a través del vocabulario y las consignas impuestas desde arriba. Sin embargo, aun cuando esta voluntad sigue siendo inseparable de la dictadura del Partido, puesto que se ejerce igual que ayer en nombre del marxismo-leninismo, ya no es obedecida universalmente. Permite que se escuchen, incluso en público, algunas voces extrañas que uno creía perdidas para siempre. Ha perdido el poder casi perfecto que había tenido sobre este vasto murmullo de autocelebración que sale de la U.R.S.S. después de más de un cuarto de siglo. Otros ciudadanos soviéticos comienzan a hacerse oír, para contar una historia diferente.

Para hacer de la U.R.S.S. un lugar absolutamente hermético, desde donde no puede salir ni penetrar nada que no sea conocido de antemano por su policía, Stalin había puesto especial cuidado en someter o eliminar a los intelectuales; había reclutado a Gorki y mandado asesinar a Mandelstam¹. Kruschev, por el contrario, necesita su apoyo. No sólo los deja resurgir, sino reaparecer con la desestalinización. Les deja un pequeño espacio público. Gorbachev hará lo mismo treinta años más tarde, en otras circunstancias, movido sin duda por intenciones parecidas y por un mismo diagnóstico sobre los medios. Ni uno ni otro tuvieron siquiera que elegir en una sociedad cuya resistencia estaba quebrantada. Por lo demás, muchos de los interlocutores de Gorbachev serán los que nacieron a la oposición bajo el régimen de Kruschev, con Sakharov a la cabeza. Gracias a ellos, la sociedad rusa vuelve a encontrar un hilo de voz y el camino para un renacimiento moral y político.

No es que exista una verdadera libertad de expresión y menos aún de prensa. Cuando Sakharov intenta, por primera vez, alertar a Kruschev sobre la creciente oposición a sus experiencias con la bomba de hidrógeno, a fines de los años 1950, es amonestado y emprende la ruta de los sospechosos. En esa misma época estalla el "escándalo" Pasternak. La novela *El doctor Shivago*, que había sido terminada en 1955, aparece en noviembre de 1957, pero en Italia². La Unión de Escritores, fiel intérprete de la voluntad del Estado, se

¹ Nadejda Mandelstam, *Contre tout espoir* (París: Gallimard), 3 tomos, 1972-1975; Vitali Chentalinski, *La Parole ressuscitée. Dans les archives littéraires du K.G.B., op.cit.*

² En las Ediciones Feltrinelli. Para todo el asunto ver *Le Dossier de l'affaire Pasternak. Archives du Comité central et du Politburo*, traducción del ruso al francés de Sophie Benech, prefacio de Jacqueline de Poyart (Gallimard, 1994).

opone a su publicación en Moscú. Antes de un año recibe el Premio Nobel. La consagración del libro en Occidente provoca en la U.R.S.S. una explosión de insultos en contra del autor, acusado de traicionar a su país en el momento en que él les entrega su historia. Es una campaña orquestada por la prensa y las organizaciones del Partido, tan poderosa que el desafortunado Pasternak debe rechazar el premio y declarar su sumisión en el *Pravda*³.

Sin embargo, lo siniestro que revela el "affaire Pasternak" sobre el mundo soviético no debe ocultar lo que anuncia de nuevo. Primero que todo, Pasternak vive, mientras que veinte años antes habría sido encarcelado, deportado y finalmente ejecutado; en seguida, su obra es publicada, en circunstancias que el manuscrito también habría sido confiscado y destruido; finalmente, su caso es discutido en el foro público, cuando antes habría sido enterrado. El torrente de barro que el Partido canaliza contra él está formado de pasiones bajas, pero poderosas: el igualitarismo y el nacionalismo. Enfrentado a posiciones valientes y desvelos por la libertad, él crea los gérmenes de un pequeño movimiento liberal, donde frecuentemente figuran algunos prisioneros del Goulag recién liberados. De modo que, pese a que el *affaire* Pasternak termina en forma triste, por la soledad del escritor en su país⁴, inaugura un nuevo período en las relaciones entre el régimen y la sociedad. La persecución, cuando ya no mata, hace visible lo que persigue. Cuando no destruye la literatura de oposición, hace que se lea. Krushev, por lo demás, hasta cierto punto tiene necesidad de esta literatura: lo que le da un nivel político incluso a las novelas o a la poesía. La denuncia del culto a la personalidad ha colocado a los intelectuales en el rol clave de testigos privilegiados, el que ya no cesarán de tener.

De allí un cambio importantísimo, aunque gradual, en la imagen de la U.R.S.S. que se forman los intelectuales de Occidente. En materia de literatura de la Unión Soviética, éstos sólo habían visto o conocido a los escritores partidarios del régimen y, generalmente, porque habían estado en misión junto a ellos. Gide mantuvo correspondencia con Gorki antes de ir a visitarlo⁵. Malraux, en la época en que era uno de los grandes personajes del antifascismo del Kominternien, entre 1934 y 1939, es objeto de las más

³ El 1º y el 6 de noviembre de 1958. Sobre el carácter de estos dos textos, en los que se mezclan las inevitables concesiones (el escritor teme ser expulsado de la U.R.S.S.) con la reafirmación de su integridad intelectual. Cf. Lazar Fleishman, *Boris Pasternak, The Man and his Polines* (Cambridge: Harvard University Press, 1990), Capítulo 12, pp. 296-300.

⁴ Pasternak morirá poco tiempo después, el 30 de mayo de 1960.

⁵ Cf. François Furet, *Le passé d'un passé d'une illusion*, Capítulo 8, pp. 333-335.

grandes atenciones de Koltsov y de Ehrenbourg⁶. No es exagerar cuando se dice que la opinión de cualquier intelectual soviético que sea antisoviético es ignorada; más bien, es casi impensable. El caso de Víctor Serge, una vez resuelto, no inquietó a nadie. El hecho que los intelectuales soviéticos fueran diezmados en los años treinta pasó casi inadvertido al oeste de Europa. La derecha no hablaba de ellos por falta de interés, y la izquierda tampoco lo hizo, por falta de lucidez.

Esta situación experimenta un vuelco con Pasternak, Sakharov, Soljenitsyne y todos los que les acompañan o les siguen. El intelectual soviético ya no es más un testigo del socialismo: es un escritor disidente. En este cambio hay que tener en consideración la situación nueva creada con la muerte de Stalin, el fin de su mito, el debilitamiento de la dictadura y la reaparición de voces individuales. Según la triste ley del género, en el momento en que los intelectuales soviéticos dejan de ser exterminados recuperan la posibilidad de ser enjuiciados. Pero, de ahí en adelante, su nueva calidad de hombres de pensamiento y pluma les otorga el privilegio de ser influyentes, algo que el terror les había arrancado en favor de los aduladores del régimen. He aquí que la imagen que habían tenido, de escritores o sabios perseguidos por sus ideas, cambia por la de luchadores de la libertad y de la democracia: figuras conocidas en Occidente, que fueron liberadas gracias al inicio de la desintegración de la mitología soviética, y a través de quienes, a su vez, se acelera y aumenta la desintegración. Pues, debido a este cambio, la crítica al régimen de Moscú se extiende a toda la opinión pública, incluso de izquierda. Kravchenko era sólo un funcionario que había abandonado su país. Pasternak es un escritor golpeado por la censura a quien su gobierno le impide ir a recibir el Premio Nobel. *El doctor Shivago*, prohibido en Moscú, fue publicado en Italia, y luego en toda Europa, por una casa editorial de extrema izquierda. La derecha anticomunista ya no tiene necesidad de librar la batalla en torno al libro. La propia izquierda obediente al comunismo toma la delantera.

Evidentemente, no hay que exagerar los hechos. Se trata de una acción del comunismo italiano, el más dispuesto al "policentrismo", y además es una iniciativa editorial en la cual el Partido no tuvo nada que resolver. La interminable novela de Pasternak, pese a que en casi todas partes fue recibida como una resurrección de la gran literatura rusa, también

⁶ Cf. *Ibidem*, p. 332.

Jean Lacouture, André Malraux, *op. cit.*, pp. 181-182, 197-198, 231-233.

hizo rechinar los dientes entre los comunistas, acostumbrados a los textos soviéticos más vigorizantes y poco dados a admirar la independencia del autor, puesto que ella es alabada por el adversario de clase. El escritor, es cierto, no esconde su pequeña satisfacción por el fracaso de octubre de 1917. Sin embargo, todo el asunto constituye mucho más un vuelco en la visión que Occidente tiene de la U.R.S.S. que una confirmación imprevista del informe secreto. Lo sorprendente de la situación es que, de ahí en adelante, la opinión occidental tiende a percibir la suerte de Pasternak a través de los términos en que Kruschev ha inculcado el despotismo estaliniano. Lo que hizo posible el regreso del poeta al escenario literario es, también, lo que hace escandaloso que se le vuelva a perseguir. La poca libertad que hay nuevamente basta para hacer sentir lo que el totalitarismo permitía ocultar: el abismo que existe entre el régimen soviético y la libertad. La denuncia de Stalin, en vez de disminuir la sospecha la hace universal; privó a la U.R.S.S. de su mentira inmunizadora y resucitó a los testigos. Si Stalin cometió tantos crímenes, ¿cómo se les va a creer a sus discípulos que fueron sus lacayos? En los tiempos del dictador, la desaparición de algunos escritores —Pilniak, Babel, Mandelstam— había pasado inadvertida en la opinión occidental. Bajo sus sucesores, la prohibición de una novela —premiada en Estocolmo, es cierto— se convierte en un escándalo universal.

La nueva visibilidad de la persecución impacta mucho más por cuanto, en el discurso pronunciado ante el Vigésimo Congreso, Kruschev parecía haber prometido ponerle fin, y porque él necesita un mínimo de apoyo de la sociedad para contrarrestar la hostilidad de sus rivales de la vieja guardia bolchevique. De modo que durante algunos años continúa la lógica que llevó a la denuncia frontal de Stalin, produciendo sus efectos en favor de los intelectuales, beneficiarios, testigos y actores a la vez de esta liberalización: si el hombre del informe secreto deja de avanzar en esa dirección, sus rivales obtendrán la garantía. Kruschev debió seguirlos en el asunto Pasternak, pero no tenía la intención de poner fin a la "desestalinización", que se había convertido en su título para gobernar el Partido y el país, y gracias al cual se produce en la opinión pública un renacimiento moral y literario. De ahí esta política zigzagueante, en que se alternan las concesiones con las represiones, según el estado de ánimo y la situación política del nuevo amo. Algunos años antes y después del Vigésimosegundo Congreso (1961), nacerá el *samizdat*, la literatura "concentracionista", la poesía de protesta, la lucha por los derechos cívicos, la reflexión libre sobre la experiencia soviética —Vassili Grossman, Varlam Chalamov, Evguenia Guinsbourg, Vladimir Boukovski, Alexandre Soljenitsyne, Andrei Sakharov. Ellos,

así, deben sobrellevar el peso de sus propias detenciones, estadias en hospitales psiquiátricos y condenas desmesuradas. La lucha sigue siendo, a corto plazo, extraordinariamente desigual entre un puñado de hombres y el régimen soviético. Pero, con la denuncia de Stalin, el propio Krushev puso en duda la legitimidad de las detenciones hechas en su nombre. De modo que, privada de su fundamentación ideológica, la represión se debilita, aun cuando le sigue siendo indispensable.

No existe un mejor testimonio sobre estos años que el de Soljenitsyne. En un libro de Memorias⁷, el escritor relata cómo descubrió y aprovechó la oportunidad de su vida. En 1958 tenía cuarenta años, lo suficientemente viejo como para haber escapado del Goulag. Fue identificado y detenido en febrero de 1945; la guerra no había terminado, llevaba el uniforme; le dan ocho años de campo de concentración por poco cooperador. La N.K.V.D. le ofrece la experiencia más importante de su vida: le permite agregar a su pasión de escribir el sentido de una misión providencial. Liberado en 1953, autorizado a volver a su hogar en 1956⁸, rehabilitado en 1957, la casualidad de la desestalinización viene al reencuentro de su talento. Sus primeros libros los escribió en secreto y él se siente ya el nuevo Tolstoi del Gulag cuando regresan los sobrevivientes y su desgracia ha dejado de ser tabú.

De este modo puede ingresar a la celebridad literaria por la puerta oficial, lo que le dará un brillo inesperado a su predicación antisoviética. Gran escritor, luchador incansable, personalidad profética, de cualquier manera pronto habría sido reconocido como tal. Pero que su gran voz haya encontrado una tribuna provisoria en una publicación del régimen, gracias a un gigantesco malentendido, es un regalo de las circunstancias. En el momento en que Soljenitsyne somete *Un día en la vida de Iván Denissovitch*⁹ a la revista *Novy Mir*, Krushev, expuesto a las intrigas hostiles de sus rivales, le dio un nuevo giro antiestalinista al Vigésimo Segundo Congreso, en el otoño de 1961. Algunos años antes, había autorizado la persecución de Pasternak, menos, sin duda, por el contenido de su obra que por la publicación del *Doctor Shvigo* en Occidente, y por la intrusión, a continuación, de un Premio Nobel en el sistema estrechamente vigilado de la literatura soviética. ¡Pero, esta vez interviene personalmente frente a *Novy Mir* para darle carta de ciudadanía al personaje del deportado en susodicha literatura!

⁷ Alexandre Soljenitsyne, *Le Chêne et le veau. Esquisse de la vie littéraire* (París: Le Seuil, 1975).

⁸ Soljenitsyne tuvo que purgar, después de esos ocho años de deportación, tres años más de exilio en el sur de Kazakstan.

⁹ Julliard, 1963.

Sin duda, lo que quiso hacer fue evitar que se repitiera el "affaire" Pasternak, en un momento en que necesitaba más que nunca el apoyo de los intelectuales. Pero se equivoca de hombre y de obra. El poeta, uno de los últimos escritores escapados de los hermosos días pasados, había retomado con *El doctor Shivago* la antorcha de la tradición novelesca; no había mostrado gran consideración por la revolución de Octubre, pero, en fin, había tenido cuidado de no abordar en su novela los tiempos más trágicos de la historia nacional. Este hijo del Antiguo Régimen poseía todavía los dones del *understatement*, que le daban una cierta prudencia. En cambio, Soljenitsyne sólo conoció la "construcción del socialismo" de la vida social. Alimentó un temperamento rebelde, cuya violencia no fue apaciguada por su reencuentro con una poderosa fe cristiana. El Primer Secretario, cuando buscaba un aliado, se encontró con el antisoviético más implacable del mundo. Al tratar de poner la literatura de su lado, repentinamente convirtió al deportado en el personaje más importante y casi en el único "héroe positivo" de las letras de la U.R.S.S. Sin querer, reemplazó el falso "hombre nuevo", que celebraba el Congreso de Escritores "Antifascistas" en los años treinta y cuarenta, por un héroe de verdad, viejo como el mundo, pero cuya condición se repitió con la historia del siglo: el perseguido, el prisionero, el deportado; en resumen: el *zek*. El público ruso aclama *Un día en la vida de Iván Denissovitch*. Súbitamente, Soljenitsyne se hace famoso en Rusia, antes de serlo en Occidente: circunstancia suficientemente rutilante como para que su celebridad adquiriese un carácter irrefutable, puesto que ella no es sospechosa de haber sido el producto de una intriga antisoviética. El libro del ex *zek* se beneficia del mismo privilegio que el informe secreto del Primer Secretario algunos años antes: el testimonio no es objetable en Occidente, si ha sido escuchado y aclamado en Moscú. Aún más, Kruschev, al denunciar a Stalin, tuvo el cuidado de limitar el daño y de separar los crímenes de su predecesor del principio en que se sustenta su poder. En cambio, Soljenitsyne le declaró la guerra al principio.

Pero el régimen no tiene nada que temer de uno de sus hijos predilectos. Sakharov es su físico más brillante, regaloneado desde muy joven por su utilidad, miembro de la Academia de Ciencias a los treinta y dos años, en 1953 es uno de los artífices de la bomba de hidrógeno soviética. Ahora bien, hélo aquí también comprometido a su manera en la desestalinización, a partir de 1957: igual que a sus colegas occidentales y norteamericanos diez o quince años antes, le inquieta el peligro que corre la humanidad por los ensayos nucleares y el riesgo de una guerra de esta naturaleza. A partir de esto, se encadenan una serie de notas confidenciales y de exabruptos que llevan a Sakharov a una oposición cada vez más abierta. "El problema

atómico, explicaría más tarde, siempre ha sido mitad científico mitad político. Naturalmente, abrió la vía a los asuntos políticos. Lo importante era haber abandonado el conformismo sobre uno y otro problema. Después de esta primera ruptura, todo salió en forma natural"¹⁰ El propio gobierno contribuye a esta evolución, y debido a la persecución, el físico se va sumando poco a poco a los pequeños círculos de la oposición intelectual. El le dará, junto con Soljenitsyne, una figura moral de otro tipo, pero no menos prestigiosa y no menos familiar para el mundo civilizado que la del escritor y profeta maldito: la del sabio que lucha por la paz y la libertad en nombre de la ciencia y del progreso.

Cuando en el otoño de 1964 Kruschev es destituido del gobierno por haberlo ejercido en forma demasiado imprudente, no está en poder de ninguno de sus sucesores el volver a la época en que la Unión Soviética formaba un territorio herméticamente cerrado, de donde sólo salía la voz del poder, repetida como un eco por decenas de millones de siervos. De ahora en adelante, es un Estado que no se puede calificar ni con palabras ni con lenguaje alguno, y que más bien, a falta de un calificativo mejor, se podría definir en términos cronológicos como "posttotalitario": lo suficientemente represivo como para llenar las cárceles y los hospitales psiquiátricos con aquellos que no piensan igual, pero incapaz, de ahí en adelante, de inspirar el miedo universal que es la condición del silencio universal. Lo que recupera de fidelidad al despotismo estalinista se estrella contra lo que debe conservar de la denuncia de Stalin. Lo que tiene de terrorista ya no goza del apoyo de ese dios misterioso que se llama "el espíritu de los tiempos". Los asesinos ya no creen; se han convertido en cínicos. Las víctimas ya no tienen miedo; se han convertido en objetadores.

La era de Breshnev, a partir de la mitad de los años sesenta, fue en términos materiales, sin duda, la menos desgraciada de la historia soviética de Rusia. Pero también fue la menos legítima. La Unión Soviética invadió Checoslovaquia y ocupó Afganistán. Se exilia, deporta y encarcela a los disidentes. Está en manos de una burocracia de ancianos corruptos. El matrimonio de la idea revolucionaria con su territorio se acerca a su fin. Había durado medio siglo.

En ese momento comienza el entierro de la idea comunista en Occidente, el que durará treinta años. Estará acompañado de una muchedumbre inmensa y bañado de lágrimas. Incluso las generaciones jóvenes participarán en el cortejo, tratando de darle, por aquí y por allá, aires de renacimien-

¹⁰ Andrei D. Sakharov, "How I came to dissent", *New York Review of Books*, 21 de marzo de 1974, pp. 11 a 17; y *Mémoires* (Le Seuil, 1990).

to. Me habría gustado seguirlo paso a paso, si al hacerlo este libro no hubiese adquirido una dimensión irracional. Me conformaré con marcar sus etapas.

*

Cuando la Unión Soviética deja de ser un ejemplo venerado, al extremo que sus disidentes comienzan a ser escuchados hasta por la izquierda europea —escuchados pero no aprobados—, la idea comunista explota varios territorios de reemplazo. Encuentra vitrinas de recambio, como se ha visto en el interior del viejo Imperio ideocrático estalinista, en los Estados emancipados no tanto por la muerte del déspota como por la denuncia de sus crímenes: ya sea que se liberen de la tutela de Moscú defendiendo a Stalin, como la China de Mao, o que conquisten un poco de independencia apostando demagógicamente al kruschevismo, como el primero Gomulka o el segundo Kádár. El informe secreto de 1956 abrió, inevitablemente, las dos vías que se van a desmultiplicar por sí solas: en materia de herejía ideológica, sólo el primer paso es el que cuesta y éste lo dio Krushev. Desde entonces, por lo demás, a través de los disidentes, la propia U.R.S.S. deja escuchar las voces discordantes, entre las cuales más de una sostiene ser de otro comunismo.

La idea comunista ganó en extensión lo que perdió en unidad. A través de los movimientos de independencia del Tercer Mundo avanzó, incluso, más allá de lo que constituía el legado de Stalin. En un momento dado, la extrema izquierda intelectual francesa creyó encontrar en el F.L.N. algeriano una especie de nuevo socio en una política de "escapismo revolucionario": una forma de aplicar el esquema leninista de 1914 a la situación creada por la lucha del nacionalismo algeriano contra la "burguesía" francesa. De manera más general, las luchas y guerras ligadas a la emancipación de los pueblos colonizados les darán una nueva juventud a las teorías del "imperialismo, etapa suprema del capitalismo", abriéndoles espacios nuevos, más distantes aún de lo que había estado Rusia en 1917 con respecto a Europa. En su época, esta distancia había sido zanjada por los efectos de la familiaridad producida por las circunstancias de la guerra y la idea de la revolución socialista. Medio siglo después, otros factores, de índole muy distinta, contribuyen a reducirla: la rápida universalización del mundo por el progreso tecnológico y el foro de las Naciones Unidas, el sentimiento de culpabilidad del hombre blanco, la simplificación bipolar del tablero político mundial. La teoría del imperialismo procede a designar, en el momento preciso, al principal eslabón del sistema capitalista, al enemigo onnipresen-

te de la emancipación de los pueblos: los Estados Unidos. Pueblo nacido de una revolución colonial, pero también hijo de la civilización europea, es en este segundo rol que los norteamericanos ofrecen a este leninismo tardío una imagen unificada del adversario.

El odio a los Estados Unidos le da forma universal al odio al capital. Pero ya no tiene un punto de apoyo privilegiado en la veneración o imitación de la Unión Soviética. Nutre a diversos movimientos o regímenes más o menos bien canalizados por la diplomacia soviética, a veces infiltrándolos, a menudo entregándoles ayuda material, pero no ya sometidos a la obligación de calcar el gobierno o el lenguaje de Moscú. Kruschev trató de reestructurar el "campo socialista" sobre estas bases más amplias, al precio de un debilitamiento ideológico que pagó por anticipado en el Vigésimo Congreso. La Unión Soviética ganó otro espacio político en el Tercer Mundo, pero con ello se arriesgó a ceder la demagogia revolucionaria a sus rivales. China es el primero entre ellos, como ya se vio. Kruschev integró, más o menos, a Tito a la familia, pero perdió a Mao Tse- Tung.

De pronto, el presidente chino es inducido, con toda naturalidad, a captar para sí la misma fascinación que ejerció Stalin. Las circunstancias han cambiado y al líder chino ya no le entusiasma tanto la gran moda del antifascismo. La historia de China, incluso la reciente, hasta en aquello que compartió con Occidente durante la Segunda Guerra Mundial, sigue siendo un misterio para la opinión pública de las democracias: éstas, por lo demás, nunca se han apasionado por lo que ocurre tan lejos de su alcance. Además, los partidos comunistas son muy prudentes. A diferencia del estalinismo, el maoísmo seguirá estando limitado a pequeños grupos de estudiantes e intelectuales incapaces de formar partidos. Sólo vuelve a movilizar en una proporción muy pequeña la pasión ideológica que ha declinado desde el Vigésimo Congreso soviético.

La China de Mao, como ya se vio, se alejó rápidamente de la "desestalinización". Vistió su conflicto de poder con la Unión Soviética con el antiguo lenguaje universal prostituido por Kruschev: el marxismo-leninismo, cuyo magisterio está vacante. Los huérfanos del estalinismo lo volverán a hablar en su versión china. Frente a los "revisionistas" del Kremlin, Mao vuelve a encarnar la fidelidad a la tradición: Trotski había acusado a Stalin de haber traicionado a Lenin, Mao acusa a Kruschev de haber traicionado a Stalin. A Mao, por lo demás, no le faltan títulos para la sucesión. Quiso, como Stalin, hacer una revolución dentro de la revolución: su gran "salto hacia adelante" se puede comparar con la marcha forzada de los primeros planes quinquenales, y su "revolución cultural" con "el socialismo en un solo país". Ambos quisieron destruir el Partido del cual seguían siendo los

jefes, Stalin a través de su policía y Mao con sus "guardias jóvenes". Ambos fueron los grandes maestros sucesivos de un catecismo marxista-leninista, presentado en fórmulas simples y sacramentales en dos grandes best-sellers mundiales: *Les Questions du léninisme* y *Le petit livre rouge*.

Este desplazamiento de la pasión revolucionaria de Stalin a Mao Tse-Tung fue enmascarado por el enfrentamiento entre la U.R.S.S. y China Popular, que inundó las décadas del sesenta y del setenta: la violenta hostilidad del Partido Comunista chino hacia la U.R.S.S. oculta todo lo que lo asemeja al detestado adversario, que le había proporcionado su lenguaje, sus pasiones y sus prácticas de dominación terrorista. El maoísmo es esta cosa curiosa, un estalinismo antisoviético, al cual Krushev le abrió las puertas, pero no le dio la sustancia. Mao combate a la Unión Soviética con el lenguaje que ella creó y que él desacredita pensando que él lo habla mejor: porque si de ahí en adelante "el imperialismo" tiene como vector principal "el revisionismo" de Moscú, ¿qué sentido pueden tener todavía las palabras de la ideología? Este es un signo del extraordinario poder que ellas conservan en la imaginación, en el sentido de que podrían resucitar en Occidente, en los círculos de estudiantes, pero esta vez al servicio de Mao. Pero ese fanatismo posee la exasperación de una herejía milenarista más que los rasgos de una religión de la historia. Representa el ocaso del marxismo-leninismo, no su renacimiento. Apuesta al estalinismo, al fanatismo de los grandes días, pero como una ilusión sobre una ilusión. Es un niño que habiendo llegado demasiado tarde a la tienda de las ideologías del siglo, como una imitación antisoviética del soviétismo, no ha nacido para durar.

En esa misma época, el "castrismo" constituye la otra encarnación de la idea revolucionaria en Occidente. Tiene en común con la China de Mao la presencia de un jefe carismático, figura del intelectual elegido por la historia, conduciendo un ejército popular a la victoria. Castro también tiene su "larga marcha", menos larga, pero más reciente: sólo conquistó el poder al mando de sus guerrilleros a fines de 1958. Es demasiado joven, demasiado exótico y demasiado principiante al comienzo para ser involucrado en lo contencioso que desune al universo comunista; no tendrá que sufrir como Mao los embates de Krushev, ni como Krushev los de Mao. Su marxismo tiene el encanto de los trópicos, en vez de la austeridad de las duras planicies euroasiáticas. El peregrinaje ideológico a Cuba casi se podría incluir en los programas de las agencias de viajes¹¹.

¹¹ Jeannine Verdès-Leroux, *La Lune et le caudillo. Le rêve des intellectuels et le régime cubain (1959-1971)* (Gallimard, 1989, colección L'Arpenteur); Paul Hollander, *Political Pilgrims. Travels of Western Intellectuals to the Soviet Union, China and Cuba* (Nueva York: Harper Colophon Books, 1981).

La imagen de Fidel Castro, reforzada por la del Che Guevara, viene a agregar entonces sus rasgos peculiares al caleidoscopio revolucionario que sucede al monolitismo estalineano. Igual que para Mao, la izquierda europea prepara un culto menor para el dictador barbudo, en una versión menos hierática, más ajustada a la dimensión del teatro cubano y a la suavidad de la vida occidental. Porque si el culto de Mao fue uno de los últimos estallidos del mesianismo comunista de tomo y lomo, el de Castro también permite inversiones menos puritanas y menos autoritarias. En París, para los discípulos de Althusser, la China de Mao encarna la utopía de un universo pobre, austero y justo. Cuba bajo Castro representa para los estudiantes californianos el paraíso latino del calor comunitario. ¡Qué lejos se está de los años treinta y del entusiasmo que suscitaban los planes quinquenales soviéticos! La idea del crecimiento económico ya no es nada comparada con la idea de la igualdad o la de la comunidad. Occidente es rico, cada día más, y está embelesado con el progreso económico y la sociedad de consumo. Contrariamente a los pronósticos unánimes del período entre las dos guerras mundiales, el capitalismo occidental, lejos de estar enterrado, vive sus días más gloriosos. La utopía comunista se replegó sobre la quimera de la pobreza; pero ésta sólo toca a los hijos de los ricos.

Una de las características de la época es este desplazamiento social. Se puede observar bajo su forma más visible en los países occidentales, donde los partidos comunistas conservan su influencia sobre una parte de los obreros —en Francia y en Italia— y donde no ejercen, por otro lado, mayor influencia sobre los movimientos estudiantiles, los cuales salen a buscar su inspiración lejos de la Unión Soviética. En efecto, éstos, cuando son ajenos a la tradición política marxista, no tienen razones para excluir a la Unión Soviética de su crítica de la opresión burocrática moderna. Y cuando vuelven a usar el marxismo para incriminar más precisamente al capitalismo, le buscan ropa nueva lejos del vestuario moscovita. Hasta el marxismo occidental se emancipa. Ahora está dedicado a una función menos peligrosa que la de una filosofía de Estado, que ya sólo sirve para denunciar a la sociedad burguesa y que se apoya más en Marcuse o Gramsci que en Jdanov o Casanova¹². La crisis del marxismo-leninismo le permite al marxismo, solo, sin apellidos, volver a aparentar una recuperación al precio de una interpretación ecléctica, según sea que conduzca a un radicalismo revolucionario o a la reivindicación más frecuente de un individualismo antiburgués. La agitación estudiantil de fines de los años sesenta hace

¹² Inmediatamente después de la guerra, Laurent Casanova era el encargado de los intelectuales en la dirección del Partido Comunista francés.

aparecer todos estos marxismos juntos como en una fotografía de familia, en la que ha desaparecido la unidad de la fidelidad común a una patria de elección. Lo que sucede es que el movimiento tiene por fuente y por centro algo mucho más difuso que el sentimiento de clase o una estrategia internacional: marca una nueva era política, donde la clase obrera pierde su rol mesiánico al mismo tiempo que la Unión Soviética es despojada poco a poco de su mito. La hora pertenece a una bohemia intelectual dividida entre el odio y el culto a sí misma, que más que invocar una sociedad modelo inculpa a la sociedad actual. El intento esporádico de volverse a encontrar con los batallones obreros de las fábricas sólo trasluce la supervivencia del pasado en el presente: los estudiantes encuentran las puertas cerradas. En realidad, la crítica del capitalismo y de la democracia burguesa ha cambiado de actores, de referencia y de registro.

De modo que en Occidente todo conspira para debilitar el mito de la Unión Soviética. Las sociedades europeas han entrado en una época de rápida transformación, impulsadas por esta misma economía capitalista que habían condenado a muerte hace un cuarto de siglo. Integran mejor a sus obreros que a sus estudiantes; debilitan las solidaridades de clase, junto con agudizar las expectativas y las frustraciones. De la época que acaban de vivir, guardan la idea comunista en el expediente de sus representaciones políticas, pero le han borrado la magia. Ya sea que ella sobreviva a sí misma en los viejos partidos del Komintern, testigos claves de otra época. Ya sea que se pasee al azar en pequeños grupos, como fue en su forma trotskista; pero tanto la pluralidad de los modelos que adopta como las políticas contradictorias que comprende expresan de manera muy parecida el agotamiento de la encarnación soviética. La U.R.S.S. es, más que nunca, una superpotencia militar en el mundo¹³ cuando ya ha perdido gran parte de su función utópica.

Ninguna de las imágenes de reemplazo la sustituirá verdaderamente en el orden mítico donde ocupó un lugar tan fundamental desde Octubre de 1917. El activismo maoísta sólo servirá de alimento a algunos grupúsculos terroristas, sin verdadero espacio de opinión. Castro envejecerá mucho más pronto

¹³ A fines de los años sesenta, la U.R.S.S. parece haber alcanzado y quizá sobrepasado a los Estados Unidos en materia de armamento nuclear. La política de "distensión" le permite, además, beneficiarse de importantes préstamos otorgados por las instituciones financieras occidentales, junto con mantenerse fiel a la interpretación bolchevique del término "distensión", es decir, éste no es otra cosa que un medio para aumentar las conquistas del socialismo a expensas del capitalismo. Lo que, por lo demás, ocurre durante la década del setenta en Vietnam, Laos, Camboya, Angola, y finalmente en Afganistán. En el momento (1972) en que Brejnev y Nixon sellan mediante un tratado su nueva "cooperación", la Unión Soviética y sus satélites están en el centro de la logística terrorista en el mundo.

que Octubre de 1917, el joven héroe revolucionario se convertirá en pocos años en un tirano estalinoide. El atractivo que aún conserva el comunismo en Europa se debe, por una parte, a que ha logrado mantener el brillo de los grandes años filosoviéticos: legado administrado por los partidos del ex Kominform con un cierto talento para adaptarse a las circunstancias. Ya no se trata de celebrar a la U.R.S.S. con aires triunfalistas, sino de proteger su imagen al precio de concesiones inevitables. La patria del socialismo ya no es más ese régimen ideal donde florecen juntos el progreso material y moral, la libertad y la igualdad. Es un país que ha conocido "el culto a la personalidad", cuyas consecuencias todavía no han sido superadas. Esta atenuación permite extenderle a Breshnev la bendición general en la cual debe permanecer envuelta la Revolución de Octubre, aun cuando sus herederos cometan faltas. Es bastante abstracta como para darle a los partidos comunistas la libertad mínima para retractarse, lo cual es indispensable para mantener la teoría principal, según la cual la Unión Soviética encarna el sentido de la historia, es decir, la superioridad esencial del socialismo sobre el capitalismo.

Este margen de maniobra permite salvar lo esencial y le concede, al mismo tiempo, un pequeño espacio a la idea de un comunismo menos autoritario, lo que podría darle mayor flexibilidad a la gestión de la economía y mayor libertad al debate político y al traspaso del poder. Así se dibuja una especie de utopía matizada, sacada de su forma pura y destinada a contener su declinación: algo que todavía sería un derivado del "género" soviético sin presentar un déficit en materia de libertades individuales¹⁴. Esta cuadratura del círculo filosófico —reconciliar el marxismo con la idea de los "derechos humanos"— es más insoluble aún en el orden histórico, puesto que la dictadura del partido único constituye el instrumento común de todos los regímenes comunistas existentes. Sin embargo, forma el fondo de esperanzas puestas en la relativa moderación del gobierno de Kádár en Hungría, antes de explicar el entusiasmo de Occidente por la "Primavera de Praga". Allí, la opinión pública prefiere la aparición tardía de las imágenes

¹⁴ La "distensión", cuyo símbolo engañoso fueron los acuerdos de Helsinki, favoreció la imagen de la U.R.S.S. sobre la vía de la libertad. El acta final de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, firmada en 1º de agosto de 1975 por treinta y tres países europeos, Estados Unidos y Canadá, consagra al mismo tiempo el *statu quo* territorial, el desarrollo de las relaciones económicas, y la libre circulación de las ideas y de las personas. Le dio un arma a los disidentes soviéticos en su lucha por los derechos humanos, pero no cambió en nada la despiadada represión que los golpeaba. El gran número de internados en los asilos psiquiátricos se remonta a aquellos años en que la opinión pública occidental creía ver, por el contrario, una liberalización del régimen. Cf. Vladimir Boukovski, "Plaidoyer pour une autre detente", *Politique Internationale*, otoño de 1985.

"liberales" del comunismo antes que el nuevo margen de independencia frente a Moscú: uno de los secretos de la popularidad de Dubcek en la izquierda europea, en 1968, es haber encarnado el resurgimiento de la libertad en el interior del partido único, sin dejar, de este modo, espacio para los nuevos partidos "burgueses". El episodio checo ilustra con claridad los límites en los cuales aún se sigue moviendo hasta el "revisionismo" más liberal. La intervención militar soviética no cambia, por lo demás, su naturaleza, puesto que la breve tentativa de "eurocomunismo", de los años setenta, sigue fundada sobre el proyecto de una versión "suave" del comunismo soviético. Suave, pacífico, occidental, por así decir, y sin embargo perteneciente a la misma familia, hija también de la cepa de Octubre.

Este es el ropaje bajo el cual declina la idea comunista en el horizonte de la historia; confeccionado con la doble preocupación de hacerla sobrevivir de otra manera y, sin embargo, manteniéndola fiel a sus orígenes. Habiéndose desembarazado del lecho del Procusto estalineano, ella perdió fuerza y ganó flexibilidad. Se resignó a perder aquello que era insalvable para conservar lo rescatable, para poder reunir a aquellos cuyos recuerdos los mantienen aún atados a la imagen antigua y a aquellos que desean rejuvenecerla. Unos y otros comparten al menos la misma hostilidad hacia los hombres que quieren deshonrar ese pasado o impedir su renacimiento. De allí que, si el comunismo se hizo bastante menos fanático por aquí y por allá, el anticomunismo, por el contrario, sigue siendo más que nunca una herejía que debe ser condenada.

Este viejo entredicho es desde sus orígenes el más fiel aliado de la idea comunista, porque prohíbe criticarla. Juega más o menos el mismo rol que el antifascismo en su versión kominterniana, garantizando a la experiencia soviética una protección mucho más sólida puesto que las razones son ajenas a su desarrollo y, por lo tanto, independientes de la observación. La inmunidad garantizada de esta manera a la U.R.S.S. había encontrado uno de sus puntos de apoyo en la lucha contra Hitler. Pero tenía una base más antigua, independiente de las circunstancias, y de gran importancia: desde 1917, cualquier crítica a la Revolución de Octubre era motivo para ser acusado de estar en contra de la emancipación obrera y del sentido de la historia. Y demás está decir que esta acusación fue un recurso constante de la agitación y propaganda comunista; desde Lenin hasta Breshnev, fue recalcada con la amenaza de la excomunión. Hoy día que ha desaparecido, es difícil imaginar cómo y por qué intimidó tanto las conciencias y los ánimos. Pero para hacerse una idea basta recordar la fascinación que ha ejercido sobre los hombres, en nuestro siglo, la deidad "historia". Ahora

bien, los comunistas supieron aprovechar ese encanto en beneficio propio, en nombre de la "clase obrera". De ahí su poder para prohibir.

Lo curioso es que ella sobrevivió a su debilitamiento e incluso encuentra ahí fuerzas y razones adicionales. Kruschev destruye el mito de Stalin, pero cree firmemente en la historia. Atacó la imagen de la Unión Soviética, pero extendió la del socialismo. La sociedad que debe suceder al capitalismo no ha perdido en absoluto su necesidad de contar con diferentes modelos, entre los cuales hay algunos que tienen que ser inventados todavía. Los estudiantes de París, Berlín o Roma, que en 1968 critican la burocracia soviética, piensan en otras versiones del socialismo. Incluso estos hijos de la abundancia lanzan el capitalismo a los basureros de la historia, igual como lo hizo, treinta y cinco años antes, la generación de la Gran Depresión. Durante el período de la crisis mundial sus padres habían sentido admiración por la Unión Soviética, pero, en la era de la prosperidad, los hijos ya no tienen este recurso. Sin embargo, ya que por razones inversas ellos sienten el mismo desprecio por la economía de mercado, la idea del socialismo, incluso estropeada por la Unión Soviética, les sirve para su rebeldía, puesto que se ha deshecho de sus malos pastores. En todas sus versiones, china, cubana, albanesa, italiana, checa, soviética, camboyana, sandinista, el comunismo conserva su privilegio histórico de ser el enterrador del capitalismo¹⁵.

Es por eso que la luz roja colocada frente al anticomunismo no perdió en absoluto, en esa época, su carácter obligatorio. Le dio forma a esta ortodoxia mínima que reúne, en torno a un rechazo compartido, pensamientos difusos y políticas soñadas. Evidentemente, los partidos comunistas velan alrededor de ella como si fuera una tradición obrera: disminuidos, envejecidos, pero de pie, fieles a su nave que se hunde y sacando todavía importantes dividendos de su capital mitológico¹⁶. Son bastante poderosos como para

¹⁵ La última manifestación de entusiasmo de una parte de la izquierda occidental con respecto al terror de inspiración neo estalinista (o neo maoísta) tuvo lugar a propósito de la revolución del Khmer-Rouge, entre 1975 y 1977.

¹⁶ Para quien quisiera formarse una idea de la idealización del pasado y del presente de la Unión Soviética, bastaría con consultar los manuales escolares de historia y geografía de enseñanza media y superior sobre el tema, sobre todo en Francia, durante toda la época de post guerra y hasta un período reciente. Cf. Diana Pinto, "L'Amérique dans les manuels d'histoire et de géographie", en *Historiens et Géographes*, febrero de 1985, N° 203.

Cabe notar, lo que no es sorprendente, que el entusiasmo de los autores de manuales relativos a la Unión Soviética retardan el advenimiento y la evolución de la vida intelectual. Es particularmente interesante en los decenios después de la muerte de Stalin. Cf. el informe presentado por Jacques Dupâquier en un Coloquio que tuvo lugar en el Senado, en 1987, sobre "la percepción de la U.R.S.S. a través de los manuales franceses". Citado en Jean-Francois Revel, *La connaissance inutile* (Pluriel, 1989) pp. 437-428.

pensar en recuperar, a plazo, a los herejes marginales del maoísmo y del castrismo, y bastantes débiles para dejar de discutir sobre los detalles.

Más que incondicionales de la revolución, en pocos años la agitación estudiantil dio origen a una vasta clase media de izquierda, hija de la democratización universitaria y de las ideas de 1968. El legado más contundente de los "acontecimientos" que tuvieron lugar en la Sorbonne, en la Universidad Libre de Berlín, en la Escuela Normal Superior de Pisa o en Oxford, no fue ni el maoísmo ni el castro-guevarismo, estrellas efímeras, sino un nuevo progresismo burgués, más amplio que el antiguo y con un espíritu diferente. Los ex jóvenes del sesenta y ocho pronto hicieron las paces con el mercado, la publicidad y la sociedad de consumo, donde nadan como peces en el agua, como si hubiesen tenido que denunciar las taras para adaptarse mejor a ellas. Pero quieren conservar los beneficios intelectuales de la idea revolucionaria en el corazón de su estructura social. Entre los autores que admiran, Marcuse, Foucault, Althusser, el totalitarismo es sólo el del orden burgués. En vano buscan ahí un análisis crítico del "verdadero socialismo" en el siglo XX.

Es cierto que en Francia los "nuevos filósofos" ponen término a esta inmunidad dándole, finalmente, carta de ciudadanía al concepto de totalitarismo aplicado a la historia de la Unión Soviética¹⁷. Pero, por una parte, el caso francés es único en Occidente y está ligado a la acogida excepcional que recibe allí la publicación de *El Archipiélago de Goulag*¹⁸. Por otra, el antiestalinismo tardío no impide el florecimiento de un "revisionismo" compensatorio, destinado a hacer revivir una tradición marxista leninista depurada. En esos mismos años en que Soljenitsyne tiene un éxito extraordinario con la edición francesa, la izquierda socialista utiliza como medio de su renacimiento la unión con el partido estalinista más antiguo de Occidente en torno a una ambición común de "ruptura con el capitalismo". Matrimonio anacrónico pero fecundo, puesto que llevó a la presidencia a Francois Mitterrand, arrinconado por un tiempo en el último programa neo bolchevique de la historia universal. El mito soviético muere entre los intelectuales, pero

¹⁷ André Glucksman, *La cuisinière et le mangeur d'hommes. Essai sur l'Etat, le marxismo, les camps de concentración* (Le Seuil, 1975). Bernard-Henri Lévy, *La Barbarie á visage humain* (Grasset, 1977). Cf. Pierre Rigoulot, *Les paupières lourdes op. cit.*, Capítulo 15, pp. 131-150.

¹⁸ La obra tuvo un tiraje de casi un millón de ejemplares, en las ediciones Seuil.

sobrevive en el público de una manera matizada, a través de la idea revisionista¹⁹, y, negativamente, por la condenación del anticomunismo.

No existe otro lugar donde este último fenómeno sea más visible, en la misma época, que en las universidades norteamericanas que forman un laboratorio privilegiado para el observador de este tabú, tan típico de las generaciones posteriores a la década del sesenta. Al unísono con el país, el anticomunismo es desde los años de pre guerra un sentimiento ampliamente compartido por los medios intelectuales de Estados Unidos. La revuelta estudiantil de los años sesenta, más larga y más vasta que en Europa, rompe este consenso de guerra fría. Los jóvenes mezclan su malestar por la sociedad de consumo con la denuncia de la guerra de Vietnam. De ahí en adelante tienen por blanco, al menos provisoriamente, su propio país, en una versión del escapismo leninista con frentes invertidos: los niños privilegiados de las universidades se encuentran del lado de la revolución y los sindicatos obreros del lado del orden. Las ideas y las pasiones de los primeros son mucho más complejas que el odio de clases en el cual el fundador del bolchevismo había creído ver, después de Marx, el motor de la acción revolucionaria, y del cual yo no me atrevería a esbozar siquiera un inventario. Lo que interesa para mis fines es que aparece, movido por una compasión histriónica respecto de Vietnam, un rebrote de ilusionismo sobre el mundo comunista. ¿Un rebrote? Mejor sería decir una nueva ola, diferente de la antigua, y que posee una superficie de opinión mucho más amplia.

Con el Vigésimo Congreso había naufragado lo que quedaba del Partido Comunista norteamericano después de la persecución de Mac Carthy. El activismo revolucionario que renace con la revuelta estudiantil ya no obedece a los soviéticos. Igual que en París, Roma o Berlín, las referencias han cambiado, ahora se trata de Mao, Hô Chi Minh, Castro, Guevara e, incluso, el tardío Ortega, el "sandinista" de Nicaragua. Pero estos resurgimientos de fanatismo exótico sólo llegan a unas pequeñas minorías y, además, pasan pronto. Por el contrario, la parte perdurable del movimiento estudiantil es haber reinventado una cultura política "radical", en cuyo tribunal Norteamérica es menos democrática que lo que se dice y la Unión Soviética es más de lo que sus adversarios admiten. Los filisteos de Was-

¹⁹ El mejor documento para medir este espacio de la bolchevización abstracta del partido socialista francés en esta época es el comunicado firmado en mayo de 1976 por una delegación del partido francés, dirigido por Mitterrand, y la dirección del Partido Socialista Obrero húngaro. Lo sorprendente no es el intercambio de cortesías, que está de acuerdo con la ley del género, sino el lenguaje que los reviste: "La delegación del Partido Socialista francés ha quedado favorablemente impresionada por los éxitos obtenidos en la construcción del socialismo por el pueblo húngaro bajo la dirección de la clase obrera y de su Partido".

hington han querido ver en ambos campos dos tipos de sociedades, tan distintas como la libertad lo es de la esclavitud y el bien del mal. En respuesta, los "radicales", cuando les llega el turno de subir a las cátedras universitarias, les enseñan a las generaciones que les siguen la responsabilidad que tuvo Estados Unidos en la guerra fría²⁰ y las circunstancias atenuantes que pudieron prevalecer en la Unión Soviética, por poco que la examinemos con una mirada fresca.

Es la hora de las ciencias sociales: ellas permiten dar a esta tentativa un aire de objetividad, ratificando de antemano la ambición del "dentista social" de descubrir las causas reales del funcionamiento social, ocultas bajo el interminable comentario que cada sociedad hace de sí misma. En este juego, el carácter ideológico de la sociedad soviética pierde su importancia, puesto que no le es peculiar. La Unión Soviética es una sociedad "pluralista", como todas las sociedades complejas. El adjetivo "totalitario", convertido en clásico desde Hannah Arendt, pierde su relevancia y su uso, con respecto no sólo a la Unión Soviética de Breshnev, sino a la de Stalin también. Tiene tanto menos sentido cuanto que, de ahora en adelante, se trata de estudiar a los actores sociales más que el Estado. Porque las ciencias sociales agregan a sus cualidades "científicas" la virtud democrática; ellas combinan el enfoque de "la infraestructura" y la preferencia dada al "little man": trabajan la materia social de abajo hacia arriba. Gracias a ellas, la U.R.S.S. entra en el derecho común de las sociedades.

El lector habrá reconocido en estas líneas los rasgos de un nuevo estilo de soviología, que ha ocupado el primer plano del escenario universitario en Estados Unidos y Europa occidental durante los últimos veinte años del régimen soviético. Como todas las escuelas historiográficas, ésta aporta cosas buenas y cosas malas, dependiendo de los temas y de los autores²¹. Yo no pretendo establecer una bibliografía crítica aquí, sino poner de relieve un espíritu común, frecuentemente afirmado como una solidaridad generacional, sobre todo en Estados Unidos, donde la crisis social y moral de los años sesenta fue la más profunda. Los mayores

²⁰ Cf. Francois Furet, *Le passe d'une illusion*, Capítulo 11, p. 457.

²¹ El libro más típico —no lo mejor— de esta "escuela", si el término no resulta excesivo, es el de J. Hough, *The Soviet Union and Social Science Theory* (Harvard University Press, 1977). De esta misma inspiración son, por ejemplo: Moshe Lewin, *The Making of the Soviet System* (Nueva York: Pantheon Books, 1985); Leon Haimson, *The Politics of Rural Russia (1905-1914)* (Bloomington, 1979). Stephen Cohen, *Rethinking the Soviet Experience* (Oxford University Press, 1985).

—Fainsod, Schapiro, Pipes, Ulam, Malia, Besançon, Conquest²² — son sospechosos de haber escrito una soviología de guerra fría. A los de menor rango, más propensos a incriminar a su propio país, les mueve un rechazo inverso al anticomunismo. Se trata de demostrar que el estalinismo no es sólo un período muy determinado, sino distinto de la historia del bolchevismo, por donde se le mire; hubo momentos espantosos en la historia que inauguró la Revolución de Octubre, pero ellos no condenan el conjunto de esta historia porque no es una consecuencia necesaria. Versión ilustrada de la idea, tan poderosa en la época, que el comunismo, incluso el de Breshnev, debe ser separado de los crímenes cometidos por Stalin; o, más aún, en forma más general, que el régimen fundado en octubre de 1917 es bueno pese a los desastres que ha provocado desde que nació, mientras que el capitalismo es malo pese a las riquezas que ha generado.

Por un curioso vuelco en las circunstancias, los profesores norteamericanos detestan el concepto de totalitarismo, después que ellos mismos lo elaboraron, ahora que los intelectuales franceses lo están estudiando después de haberlo ignorado. Pero son las universidades norteamericanas las que expresan el espíritu más general de los tiempos, legible también en Italia, en Inglaterra o en Alemania: aunque en los últimos decenios de su existencia la Unión Soviética perdió para siempre el extravagante privilegio de ser modelo universal, sigue protegida, casi en todas partes, por lo que aún queda algo de su promesa original. El fracaso de la ambición de octubre, reconocido por todos, no ha apagado completamente la idea comunista. Ésta ha encontrado otras patrias provisionales. Incluso en la propia Unión Soviética, su legado está resguardado por el brillo que conserva: su parte trágica se debe más a las circunstancias de su historia que a Lenin o Stalin. La sociedad moderna, por lo demás, que se ha batido en su nombre, se puede recuperar, aunque cuando haya salido de su pobreza no vuelva a encontrar la estrella que iluminó su

²² Entre los libros que han marcado el tono de esta soviología están: Merle Fainsod, *How Russia is Ruled* (Cambridge: Harvard University Press, 1953); *Smolemk under Soviet Rule* (Harvard University Press, 1958); Karl Friedrich y Zbigniew Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (Harvard University Press, 1956); Leonard Schapiro, *The Origins of the Communist Autocracy* (Harvard University Press, 1954); *De Lénine à Stalin: histoire du parti communiste de l'Union soviétique* (Gallimard, 1967); A. Ulam, *Les Bolcheviks* (Fayard, 1973); Robert Conquest, *The Great Terror* (Mac Millan, 1968); Alain Besançon, *Les Origines intellectuelles du léninisme* (Calmann-Lévy, 1977).

Después de haber estado a la cabeza del "gorbatchismo", que parecía validar la tesis de una Unión Soviética "pluralista" en marcha hacia la reforma, la escuela revisionista se puso a la defensiva por la implosión del régimen. Cf. "The Strange Death of Soviet Communism", en *The National Interest*, N° 31 (primavera de 1993), Segunda Parte: *Sins of the Scholars*, por Richard Pipes, Martin Malia, Robert Conquest, William Odom, Peter Rutland.

cuna. La patria del marxismo-leninismo también se encuentra protegida, paradójicamente, bajo la idea "revisionista".

Así, en este período, la imagen del comunismo en Occidente experimentó así una evolución contradictoria: frente a la declinación de la mitología soviética en su versión dura se produce una extensión de su versión blanda. Los tiempos de posguerra se han acabado, y la U.R.S.S. pierde para siempre su condición de país modelo que todos los partidos comunistas del mundo celebraban. Sus partidarios se han puesto menos exigentes y se conforman con un balance "globalmente positivo", junto con la esperanza de un mañana brillante. Al no ser sino la matriz imperfecta de un orden social mejor, el régimen soviético da menos pie a sus adversarios, sospechosos de pertenecer a una época pretérita de pasiones políticas. Por muy agotado que esté, más que nunca puede ahora servir de apoyo a las pasiones anticapitalistas o antiimperialistas. Si nadie está obligado, incluso los comunistas, a justificar o bendecir la más pequeña de sus acciones, la idea que les sirve de estandarte se encuentra más disponible universalmente. Liberada de su obligación de infalibilidad, la Revolución de Octubre recupera sus rasgos ajados, pero también rejuvenecidos.

Esta vuelta a la promesa original obra mucho más fácilmente porque desafía las inclinaciones políticas de las generaciones de estudiantes jóvenes, tan influyentes en la formación del espíritu público. En lugar de la lucha de clases, estas generaciones han colocado los Derechos Humanos en el primer plano del escenario público. Al hacer esto, anticipan el fin de la U.R.S.S., puesto que ellas pretenden someter el régimen nacido en octubre al tribunal de principios que Marx y Lenin habían denunciado como mentiras burguesas. Pero ellas no saben esto, porque lo que quieren hacer es algo totalmente diferente: quieren relanzar la confrontación de las ideologías acerca de lo universal y lo particular, a través de una demagogia de abstracción democrática. En ese juego los comunistas no están bien colocados, porque ellos van en contra de la corriente de su doctrina, y su balance en materia de derechos, incluso en las postrimerías del siglo, sigue siendo aterrador. Sin embargo, en el mundo de las finalidades morales formado por el universalismo de los Derechos Humanos, todavía pueden defender sus intenciones; encuentran una defensa contra su historia en el parentesco ideal que los acerca, en cuanto a los fines, a la utopía liberal y democrática. Hasta el fin, la Unión Soviética habrá cobijado su imagen en lo que ella quiso destruir. En vísperas de la implosión del régimen fundado por Lenin, sin duda hay una mayor condena universal del anticomunismo en Occidente que en los mejores tiempos del antifascismo triunfante.

*

El último episodio de la historia soviética es la máxima demostración de que el comunismo reformado, el socialismo con "rostro humano", es la forma más universal de inversión política cuya historia he intentado escribir. Gorbachev cierra la lista de gobernantes comunistas aclamados por Occidente.

La forma en que se desintegró la Unión Soviética, y a continuación su Imperio, sigue siendo un misterio. Lo más difícil es distinguir el papel que desempeñaron las voluntades o caprichos. Es más fácil establecer el rol que tuvieron los factores objetivos. El precio cada vez más alto del poder mundial, y sobre todo la carrera armamentista, terminó por agotar la economía soviética, a la cual había que darle tonicidad. Tal vez algún día los historiadores llegarán a decir que la política de Reagan fue, en este sentido, mucho más eficaz de lo que se le reconoce en la prensa internacional. Por lo demás, el descalabro en la Unión Soviética a fines de los años de Brezhnev había alcanzado un grado tal, que no sólo su poderío, sino que también su sanidad física y moral, sus abastecimiento, condiciones de vivienda, hospitales, en síntesis, la capacidad de las autoridades públicas para satisfacer las necesidades sociales elementales, estaban siendo cuestionados. Al extremo que uno de los observadores que previo, después de Amalrik²³, la crisis general del régimen fue un joven demógrafo, Emmanuel Todd²⁴, que en los años setenta descubrió que había aumentado la tasa de mortalidad infantil en la Unión Soviética.

Quizás las personas estaban viviendo un poco mejor que antes, lo que no es mucho decir tampoco, pero el régimen estaba prácticamente agotado, el Partido gangrenado por la corrupción, el cinismo, la ebriedad y la pereza generalizada. El derrumbe general, inducido por el colapso del Partido, es la vulnerabilidad propia de un sistema con un partido único todopoderoso sobre la sociedad. Sin embargo, este bolchevismo crepuscular podría haber sobrevivido otro poco todavía, quizá hasta el término del siglo. Porque si la gente ya no creía en él, todavía existía una policía importante,

²³ Andrei Amalrik, *L'Unione Soviétique survivra-t-elle en 1984?* (París: Fayard, 1970), reeditado como libro de bolsillo por Pluriel.

²⁴ Emmanuel Todd, *La Chute final. Essai sur la décomposition de la sphère soviétique* (Robert Laffont, 1976). El argumento también se encuentra en dos informes entregados por el demógrafo norteamericano Murray Freshback, en abril de 1978 (*Population and Manpower Trends in the USSR*) y en julio de 1983 (*Soviet Population, Labor Forcé and Health*). Estos informes están citados y comentados en Seymour Martin Lipset y Bence Gyorgy: *Anticipations of Failure of Communism*, contribución presentada al Congreso de la Asociación Norteamericana de Sociología, en Pittsburgh, en agosto de 1992.

vigilando que todos hablasen el idioma muerto de la ideología. Sakharov estaba bien custodiado en Gorki. Los hospitales psiquiátricos cuidaban a los disidentes.

Pero los sucesores de Breshnev —sobre todo Andropov, antes de Gorbachev²⁵— no quieren parecerse a él: lógica cuyos riesgos ya había advertido Krushev y punto débil de la dictadura del Partido desde la muerte de Lenin. En qué medida se mezcla esta vez un plan concertado de reforma, formando como un contrato tácito entre Andropov, luego Gorbachev y una mayoría del Comité Central, eso no lo sabemos. Esta historia queda por escribirse, y simplemente por conocerse, porque incluso en la víspera de su desintegración la Unión Soviética sigue envuelta en el secreto. Lo que sí es seguro, por lo menos, es que comenzó como una típica crisis de sucesión, por el ejercicio obligado de cada nuevo amo del Partido: tomar el control del régimen. Andropov o Tchernenko no duraron tanto en el poder como para convertirse en blanco de sus sucesores; todavía había que someter o eliminar a los hombres de Breshnev para erigirse en amo. Entonces Gorbachev hizo lo mismo que Krushev después de Stalin y que Breshnev después de Krushev: acumuló entre sus manos el máximo de poder.

Mas lo hizo de una manera inédita. Antes de él, el Partido era el único medio de poder. De vez en cuando el Secretario General podía oponerse a él, destruir el esqueleto para volverlo a armar, como lo hizo Stalin en los años treinta; pero nadie podía ser el amo de la Unión Soviética sin tener la autoridad absoluta sobre el aparato comunista. Cuando Krushev perdió esta autoridad, en 1964, cayó. Ahora bien, Gorbachev tomó otro camino para imponerse. No le bastó con remodelar las altas esferas del Partido para asegurar su reinado. Se apoyó en elementos externos al Partido. La liberación de Sakharov, en 1986, indica que cambió las reglas del régimen.

Táctica que, en el fondo, no estaba tan distante de la de Mao Tse-Tung cuando lanzó a los jóvenes contra el aparato del Partido: la idea era resucitar un entusiasmo comunista y, a la vez, debilitar a los dirigentes comunistas, sus rivales abiertos o potenciales en el Buró político. Pero las cosas se dieron de otra manera. Los comandos ya no responden. La modesta apertura hacia la sociedad y el relativo cese del terror policial dejan ver no un rebrote del comunismo, sino una vaga aspiración a la democracia, sobre la cual se apoyó poco a poco Gorbachev, tanto por elección propia como por la fuerza de las circunstancias. Krushev jamás cuestionó el monopolio

²⁵ A su muerte, el 10 de noviembre de 1982, Breshnev fue reemplazado por el Secretario General del Partido, Andropov, hombre de la K.G.B., rodeado de una fama de "modernizador". Pero Andropov muere el 9 de febrero de 1984. Le sucede Tchernenko, un viejo jerarca de estilo breschneviano, quien a su vez muere el 10 de marzo de 1985.

político del Partido. Su futuro sucesor infringe esta regla fundamental²⁶; amenazado igual que él de quedar en minoría en el Comité Central, reanima al Parlamento y se apoya en fragmentos de la opinión pública como los intelectuales. Pero al debilitar a sus adversarios también se debilita él mismo, destruye la fuente de su legitimidad, ofrece un terreno nuevo a rivales imprevistos y, al suprimir el temor a hablar, elimina el principio de la obediencia. Incluso el creciente desorden de la economía encuentra allí una de sus fuentes, en la medida en que es inseparable de la anarquía en el Estado: "Al suprimir el Terror —me dijo en esa época un miembro del Parlamento soviético—, Gorbachev eliminó la confianza". Palabras terribles, pero profundas, que demuestran el carácter frágil y ambiguo del primer y último "Presidente de la Unión Soviética", demasiado comunista para dar tanta libertad.

Sin duda es demasiado prematuro aún para saber exactamente qué es lo que quería hacer. La única respuesta segura es que Gorbachov no quería hacer lo que hizo. Porque no hay razón alguna para suponer que Gorbachev haya sido un anticomunista enmascarado o siquiera un mal comunista, antes y después de asumir el poder. Todo hace dar crédito bajo palabra a este hijo educado en el cerrado mundo del soviétismo cuando, durante todos esos años, no deja de predicar el renacimiento del comunismo a través de la reforma. Si él abrió el camino para la liquidación de los regímenes comunistas de Europa oriental, en el otoño de 1989, fue porque se negó a derramar sangre y no por una decisión deliberada. En la patria del bolchevismo, él sigue fiel a la idea original, que desea remozar y renovar pero no traicionar. Incluso el abandono del monopolio político del Partido se inscribe sin duda, a sus ojos, en una estrategia: reagrupar en torno a él, con los grandes comunistas, un gran partido del Presidente, que tendría a cada lado una derecha y una izquierda marginadas. Algo así como el Partido Revolucionario Institucional (PRI) mexicano, fiel guardián de una legitimidad revolucionaria perdida en la noche de los tiempos. Que el proyecto haya parecido insubstancial muy pronto, no significa que no lo hayan deseado.

Lo más extraordinario de la historia, por lo demás, no es que Gorbachev haya querido resucitar la idea comunista, sino que Occidente le haya creído y se haya entusiasmado con él. En cuanto a la popularidad del último gobernante soviético en Occidente, hay que considerar la prudencia de los gobiernos: ningún poder establecido ama las rupturas bruscas en las situa-

²⁶ La liberación de Sakharov, en 1986, fue el primer paso en esta dirección; el voto del Comité Central, en febrero de 1990, para poner fin al monopolio político del Partido, el último.

ciones y costumbres, y la U.R.S.S. desde hace mucho tiempo forma parte del mobiliario internacional que nadie quiere ver desaparecer, incluso entre los adversarios más constantes²⁷. Además, Gorbachev presiona por la distensión y la reducción de armamentos: la ayuda financiera de Occidente, que nunca le ha faltado a la U.R.S.S., se hace masiva cuando se trata ya no de atar cabos sino de impedir el final²⁸.

¡Pero si el deseo de ayudar es tan fuerte de parte de los Estados capitalistas, qué decir de la opinión pública occidental! Ésta celebra las palabras vagas pero prometedoras de *glasnost* y *perestroika*, que por fin prometen una Unión Soviética acorde con la obsesión de fines de siglo de los "derechos humanos": una sociedad que ya no sería tanto el paraíso de los trabajadores, como en los años entre las dos guerras (porque el mesianismo obrero ya no existe), sino un mundo de individuos protegidos contra la desigualdad y libres a la vez. La Unión Soviética de Gorbachev aún conserva de la Revolución de Octubre original la gracia de haber roto con el capitalismo, a lo que se agrega el redescubrimiento de los "Derechos". Esto que en el primavera de 1968, en Praga, se había llamado "el socialismo con cara humana", ahora está encarnado por la nación madre del comunismo, reunidos en una ambición que el Ejército Rojo habría destruido en el veinte años antes.

Así corren los últimos tiempos de la mitología soviética, envueltos en esta síntesis ficticia entre los principios del bolchevismo y los del pluralismo liberal democrático. Porque el bolchevismo es compatible con el nacionalismo, como lo demostró constantemente Stalin; e incluso devolviéndole cierta autonomía al mercado, como lo había imaginado Lenin —como solución provisoria, es cierto— con la N.E.P. Pero no tiene ninguna flexibilidad en materia ideológica y de libertad política; sólo puede reinar por la mentira y el medio. Incluso Kruschchev tuvo que matar a Nagy. Breshnev toleró a Ceausescu y a Kádár, pero no a Dubcek. Ahora bien, Gorbachev vuelve a tomar la partitura de Nagy y la de Dubcek, sobre un teatro más amplio, en el centro del Imperio: la reforma-renacimiento del bolche-

²⁷ Jacek Kuron, uno de los grandes disidentes polacos, convertido en Ministro, dirá un poco más tarde: "Yo percibo entre algunos de ellos (los hombres políticos de Occidente) una cierta nostalgia con respecto al antiguo orden mundial y de la Unión Soviética. Algunos incluso estarían dispuestos a reconstruir esta última para poder tener los comandos gubernamentales de nuevo", en *Polityka*, 26 de marzo de 1993. Traducido al francés en *Nouvelle Alternative*, N° 34, junio de 1994.

²⁸ La mejor descripción del "gorbachevismo" incondicional de los gobiernos y de la opinión pública en Occidente se encuentra en Jean-Francois Revel, *Le Regain démocratique* (Fayard, 1992), segunda parte.

vismo mezclada con los principios que el bolchevismo había querido destruir en Octubre de 1917. Quiere renovar el régimen comunista, y no dispone de otras ideas que las que pide prestadas a la tradición Occidental, ni de otros medios que los que mendiga a las grandes democracias capitalistas. Lo que hace contradice lo que dice querer hacer. Cuando la referencia a Occidente se convierte poco a poco en un pensamiento que comparte con Sakharov, uniendo nomenclatura y oposición intelectual, a la idea comunista no le queda nada más que lo que destruyó. Una sociedad ha sido destrozada hasta, e inclusive, en sus recursos de reconstrucción a la manera occidental, en circunstancias que no tiene otros a su disposición.

Los pueblos de las naciones de Europa Central y Oriental lo comprendieron de inmediato y rompieron su encadenamiento con Moscú para volver a encontrar lo más pronto posible las fuentes de su historia. Incluso en Rusia, Gorbachev es odiado aún más como líder comunista cuando comienza a aparecer como un político vendido a Occidente. Simula que todavía gobierna a su país, pero sólo la opinión pública occidental le cree, fiel a su constante credulidad frente a la Unión Soviética. Los rusos sintieron que él presidía una desintegración general, sin porvenir previsible, como para desmentir todavía una última idea del marxismo, según la cual las sociedades sólo mueren cuando están listos los elementos del relevo, formados en el seno del antiguo mundo. Aquí no ocurre nada parecido. El comunismo soviético muere por una descomposición interna, que Gorbachev sólo precipita, antes de que su rival Yeltsin se convierta en el liquidador. Nacido de una revolución, desaparece en una involución. Pero su último gobernante, detestado en Rusia, es venerado hasta el final por Occidente, que no se resigna a su caída, puesto que ésta acarrea, obligadamente, el fin de una ilusión que había llenado el siglo. La Unión Soviética se retira de la escena de la historia antes de haber agotado la paciencia de sus partidarios en el exterior de sus fronteras. Ella deja muchos huérfanos en el mundo.

El fracaso del régimen nacido en Octubre de 1917, y quizás aún más el carácter radical que tuvo, privan de hecho a la idea comunista no sólo de su territorio escogido, sino que también de todo recurso: lo que murió bajo nuestros ojos con la Unión Soviética de Gorbachev, abarca todas las versiones del comunismo, los principios revolucionarios de Octubre hasta su historia, e incluso la ambición de humanizar el rumbo en condiciones más favorables. Es como si se cerrara el camino más grande que se haya ofrecido a la imaginación del hombre moderno en materia de felicidad social. El comunismo jamás concibió otro tribunal que el de la historia, y hélo aquí condenado por la historia a desaparecer en cuerpo y alma. Podría haber perdido la guerra fría y sobrevivir como régimen. O dar nacimiento a

Estados rivales, sin morir como principio. O presidir el desarrollo de diversas sociedades, que lo podían haber conservado, no obstante, como referencia original. Uno puede imaginar otros destinos para él, donde se hubiera desgastado sin naufragar como cuerpo de ideas. Pero el que encontró no deja nada. Los regímenes comunistas han debido ceder el lugar en algunos meses a las ideas que la Revolución de Octubre creía haber destruido y reemplazado: la propiedad privada, el mercado, los derechos humanos, el constitucionalismo "formal", la separación de los poderes —toda la panoplia de la democracia liberal. En este sentido el fracaso es absoluto, puesto que borra la ambición original.

Pero esto no sólo alcanza a los comunistas y a los comunisantes. Más allá de ellos, obliga a volver a pensar las convicciones tan antiguas como la izquierda occidental e incluso la democracia. Comenzando por el famoso "sentido de la historia", por el cual el marxismo-leninismo había pretendido darle al optimismo democrático la garantía de la ciencia. ¿Si el capitalismo se ha convertido en el porvenir del socialismo, si es el mundo burgués el que sucede al de la "revolución proletaria", qué ocurre con esta seguridad con respecto al tiempo? La inversión de las prioridades canónicas desarma el encaje de las épocas sobre la ruta del progreso. La historia vuelve a ser ese túnel donde el hombre se introduce en la oscuridad, sin saber adonde lo llevarán sus acciones, incierto de su destino, desposeído de la seguridad ilusoria de un conocimiento de lo que hace. Privado de Dios, el individuo democrático ve temblar sobre sus bases, en este fin de siglo, la divinidad historia: angustia que tendrá que conjurar.

A esta amenaza de la incertidumbre, en su espíritu se agrega el escándalo de un porvenir cerrado. El hombre democrático está acostumbrado a poner una esperanza ilimitada en la sociedad, puesto que ésta le asegura que es libre como todos e igual a todos. Pero para que estas cualidades adquieran pleno sentido, todavía es necesario que un día pueda sobrepasar el horizonte del capitalismo e ir más allá del universo donde existen ricos y pobres. Ahora bien, el fin del comunismo lo lleva, por el contrario, al interior de la antinomia esencial de la democracia burguesa. Le revela, como si fueran de ayer, los términos complementarios y contradictorios de la ecuación liberal, los derechos del hombre y el mercado; a través de ella compromete el fondo mismo de lo que es el mesianismo revolucionario desde hace dos siglos. Se ha vuelto casi imposible pensar en la idea de *otra* sociedad y, por lo demás, nadie propone en este tema, en el mundo de hoy, ni siquiera un esbozo de un concepto nuevo. Aquí estamos condenados a vivir en el mundo en que vivimos.

Esta es una condición demasiado austera y muy contraria al espíritu de las sociedades modernas para que pueda durar. Por el solo hecho de

existir, la democracia fabrica la necesidad de un mundo posterior a la burguesía y al Capital, donde pueda prosperar una verdadera comunidad humana. Lo hemos visto a lo largo de todo este libro sobre el ejemplo de la Unión Soviética: la idea del comunismo no ha dejado de proteger en todas sus épocas la historia del comunismo, hasta el momento último en que la segunda, por simple y pura detención de su trayectoria, llevó a la primera a desaparecer, debido a que la había encarnado durante tanto tiempo. Pero, el fin del mundo soviético no hace cambiar en nada la búsqueda democrática de otra sociedad, y por esta misma razón podemos apostar a que este gran fracaso seguirá gozando de circunstancias atenuantes en la opinión del mundo y conocerá, quizá, una renovada admiración. No creo que la idea comunista pueda renacer bajo la misma forma en que murió: la revolución proletaria, la ciencia marxista-leninista, la elección ideológica de un partido, de un territorio y de un Imperio sin duda han terminado su trayectoria junto con la Unión Soviética. Sin embargo, la desaparición de estas conocidas figuras de nuestro siglo, más que clausurar el repertorio de la democracia, pone fin a una época. □